LIBRARY OF PRINCETON
1·26·53
THEOLOGICAL SEMINARY

BR 150 .B87 1956
Burgess, Paul, 1886-1958.
Los veinte siglos del
cristianismo

Los Veinte Siglos del Cristianismo

LIBRARY OF PRINCETON
JAN 26 1953
THEOLOGICAL SEMINARY

LOS VEINTE SIGLOS DEL CRISTIANISMO

por

Paul
Pablo Burgess

TERCERA EDICION

CORREGIDA, AUMENTADA E ILUSTRADA

Es Propiedad
(Copyright, 1951)

Impreso en (printed in) Mexico

INDICE DE CAPITULOS

			Pág.
Siglo	I.	Pablo y la Universalización del Cristianismo	13
Siglo	II.	Justino Mártir y la Helenización del Cristianismo.	25
Siglo	III.	El Teólogo Orígenes y la Síntesis del Cristianismo con ciertas religiones orientales ...	37
Siglo	IV.	Atanasio y la Controversia Cristológica ...	47
Siglo	V.	Agustín y la Controversia Pelagiana	57
Siglo	VI.	Gregorio el Grande: Principio de la Supremacía Romana	67
Siglo	VII.	Aidan y la Evangelización de los Anglosajones	77
Siglo	VIII.	Bonifacio y la Evangelización de Alemania	87
Siglo	IX.	Ansearío y la Evangelización de Escandinavia	95
Siglo	X.	Vladimiro y la Conversión de Rusia	103
Siglo	XI.	Hildebrando. El Ideal Papal de Poder Temporal.	113
Siglo	XII.	Bernardo de Claraval. El Punto más alto del Romanismo	121
Siglo	XIII.	Francisco de Asís. Volviendo a Jesús	131
Siglo	XIV.	Juan Wycliffe. Principios de la Decadencia del Romanismo	143

Pág.

Siglo XV. Savonarola. El Cristianismo y el Renacimiento 151

Siglo XVI. Martín Lutero: La Reforma Protestante ... 161

Siglo XVII. Gustavo Adolfo. El Cristiano como Guerrero 173

Siglo XVIII. Juan Wesley. El Pietismo Protestante 185

Siglo XIX. Jorge Williams. El Cristianismo Laico 195

Siglo XX. Juan R. Mott. Tentativas de Unión Cristiana 205

A mi madre:

de quien primero oí la mayor parte de lo que este libro contiene y cuyos hechos y palabras encaminaron mis pasos juveniles hacia Jesús, dedico esta pequeña obra como un homenaje.

Pablo Burgess.

Prefacio a la Tercera Edición

Treinta y tres años han trascurrido desde que por primera vez se dió a la luz pública el libro conocido bajo el título de "Los Veinte Siglos del Cristianismo". Al principio la venta era muy lenta, mas conforme el libro ha ido haciéndose conocido ha aumentado la demanda, de modo que parece que no ha terminado su misión con la primera edición ni con la segunda y nos proponemos sacar una tercera, ya que se van agotando los volúmenes impresos.

Nos alegramos por la oportunidad que esta tercera edición nos presta para corregir algunos pequeños errores de las primeras, como también para añadir uno que otro párrafo o nota, pues durante los años pasados hemos ido a ver muchos de los lugares en que sucedieron los hechos consignados en este libro, pudiendo así agregar algunos puntos de interés local que nos han llamado la atención.

Por lo demás hemos dejado el libro casi como estaba. La única crítica seria que hemos oído con respecto a nuestra obra, trata de los dos últimos siglos. Se nos ha dicho que alguno de los grandes misioneros como Hudson Taylor o Juan G. Paton sería un representante más caracterizado para el siglo diecinueve que aquel hombre de negocios que hemos escogido. Después de considerar esta objeción con atención hemos optado por dejar el capítulo como estaba, pues las Misiones han sido características del Cristianismo desde su principio, mientras las actividades laicas al estilo de aquellas desarrolladas por Jorge Williams, son cosa nueva y muy digna de notar en la historia de la Iglesia.

Es muy difícil hablar con certeza respecto al siglo veinte, pues es el siglo en que vivimos y no nos es posible contemplarlo con la perspectiva necesaria para formar un juicio imparcial. Reconocemos desde luego que Juan R. Mott no ocupa el lugar en el mundo cristiano que ocupaba hace algunos años. No sabemos cómo su obra se verá al fin del siglo. Pero si él ya no encabeza las tentativas para la unión cristiana, estas tentativas siguen siendo el fenómeno más significativo en la vida cristiana de nuestros días. Es imposible decir qué han de traer los cincuenta años que nos restan y por tanto quién quedará en la historia como el cristiano típico del siglo veinte. Mientras corren otros años más y se prepara la cuarta edición de los Veinte Siglos del Cristianismo, dejaremos a Juan R. Mott en el puesto que le acordamos en la primera edición.

Así lanzamos a la publicidad nuestra tercera edición enmendada y aumentada, con la oración que pueda contribuir con su grano de arena al hermoso edificio que llamamos Cristianismo y que todo sea para la honra de Aquel que nos hizo pueblo suyo, redimiéndonos con su sangre y haciéndonos juntamente ciudadanos con los santos.

Pablo BURGESS.

Quezaltenango, Julio 26 *de* 1950.

Introducción

El modo antiguo de escribir la Historia fué el de hacerla concentrarse en personajes sobresalientes cuyos hechos, por insignificantes que fueran, recordaba el fiel escriba, para quien el rey, emperador o general era un sér armipotente, cuya sola palabra hacía temblar a los reínos y cuyo capricho determinaba el curso de los hechos. Desde los historiadores que describían las hazañas de un Pepi o un Hammurabi hasta los que escribieron a mediados del siglo pasado, el método popular fué el de escribir la Historia como manifestación de la influencia personal.

Pero en tiempos más recientes ha habido una tendencia que desprecia al individuo al historiar los hechos, y mira los acontecimientos como resultado de leyes económicas y sociales en que el factor personal no ejerce ningún poder determinante. Esta tendencia se ve en su forma más exagerada en el "determinismo económico" de Carlos Marx y de su escuela, pero está presente en casi todas las historias modernas en una u otra forma.

Y en verdad la potencia de la influencia económica se ha hecho sentir en la historia. La cuestión de la comida es siempre la cuestión humana más fundamental. Pero al más cegado por los prejuicios de nuestro siglo le debe constar que orgullos de raza y religión, ambiciones personales de emperadores y reyes, o la sola gloria de conquista, que son todos factores personales, han contribuido con su parte para determinar la dirección del desarrollo histórico.

Tampoco podemos comprender la Historia si la miramos solamente como manifestación del egoísmo hu-

mano, en una o en otra esfera. El historiador imparcial reconocerá que el Altruísmo y el Amor han desempeñado también un papel importante. Si un Alejandro o un Napoleón, en busca de gloria personal, ha hecho sufrir a multitud de gentes, sembrando la semilla de odios y venganzas que se han propagado en el mundo de una a otra generación, otros por el contrario se han dado libremente al servicio de sus semejantes, y con su ejemplo han animado a los hombres a buscar la grandeza no en el mandar sino en el servir.

Entre estos últimos, él, cuya influencia benéfica se ha extendido más y cuyo ejemplo más ha animado y anima al prójimo, es un humilde carpintero que hace veinte siglos nació en una pequeña provincia del Imperio Romano. Pertenecía a una raza despreciada. No llegó a ser un gran general ni inventó una nueva máquina. Ni siquiera dejó escrita una sola palabra que hubiera llegado hasta nosotros. Se llamaba Jesús. La historia de su vida es bien conocida. Si alguno de mis lectores no está al tanto de sus pormenores, puede leerlos en el Nuevo Testamento, donde están consignados breve y claramente. Así es que no nos ocuparemos de repetir acontecimientos que están al alcance de todos. Basta con decir que este humilde artesano sabía que era Hijo de Dios. Una vida divina moraba en él. Tenía el poder de abrir las puertas del corazón humano, mostrando a los de su tiempo y a los de todos los tiempos, lo que es, y lo que puede ser el hombre. Se dedicó a aliviar los sufrimientos de sus prójimos y a enseñarles a conocer a su Padre, Dios. Sin embargo su enseñanza no fué atendida y él fué muerto. Pero la muerte no podía contenerle. Y tal como él se levantó con nuevo poderío y grandeza después de su muerte vergonzosa en la cruz, así su doctrina se ha levantado del desprecio en que se encontraba durante los primeros años de su propaganda. La personalidad y enseñanzas de Jesús luego se hicieron sentir en el Imperio Romano, y han continuado haciéndose sentir en expansiones siempre más grandes hasta el día de hoy cuando se puede afirmar

sin peligro de equivocarse que no ha habido otro individuo en toda la historia humana que haya conmovido tan hondamente las sociedades ni que haya tenido tantos discípulos conscientes ni a quien las multitudes hayan mirado con tanto afán y tanta esperanza.

Es verdad que han habido tiempos cuando el Cristo se perdía de la vista de los hombres y en que los que se llamaban cristianos estaban bien lejos de comprender la doctrina de aquel a quien reconocían por Maestro. Pero la influencia de Jesús nunca ha dejado de sentirse. Cuando el mundo parecía hundido en la obscuridad más negra, siempre quedaban algunas luces que conservaban el fuego sagrado, llevándolo a las generaciones futuras. No ha habido un siglo de los veinte que han transcurrido desde el nacimiento de Jesús, en que su influencia no haya surgido con nueva vida y en nuevas formas, en las personas y en las instituciones. Tenemos que maravillarnos al contemplar la adaptabilidad con que la doctrina y el espíritu de Jesús han llegado a influir en todas las diferentes circunstancias y edades de la Historia.

El día en que escribo estas líneas cumplimos cuatrocientos años desde que la autoridad que ejerce Jesús sobre el mundo, entró en una nueva época.

Hoy hace cuatrocientos años, Martín Lutero clavó sus noventa y cinco tesis en la puerta de la Iglesia del Castillo de Wittenberg, y así entró en el camino que había de devolver a la humanidad el conocimiento del Evangelio, haciendo que la inspiración de Jesús fuera más directa y potente. Sean los que fueren los motivos que contribuyeron a la Reforma Protestante, Jesús ha sido y es el centro y fuerza motriz del Protestantismo.

Por este motivo, en este día en que celebramos el principio del movimiento evangélico, me es sumamente placentero dar a la luz pública este humilde ensayo, que sin pretender ni la profundidad ni la originalidad, quiere mostrar que en medio de todas aquellas corrientes económicas, sociales, filosóficas y religiosas que se han unido en el Cristianismo oficial, Jesús mismo ha sido

siempre y sigue siendo fuente de un poder redentor, y que él en todos los siglos y ahora también, llama a hombres fuertes a su servicio, y por medio de ellos ilumina y redime a las multitudes.

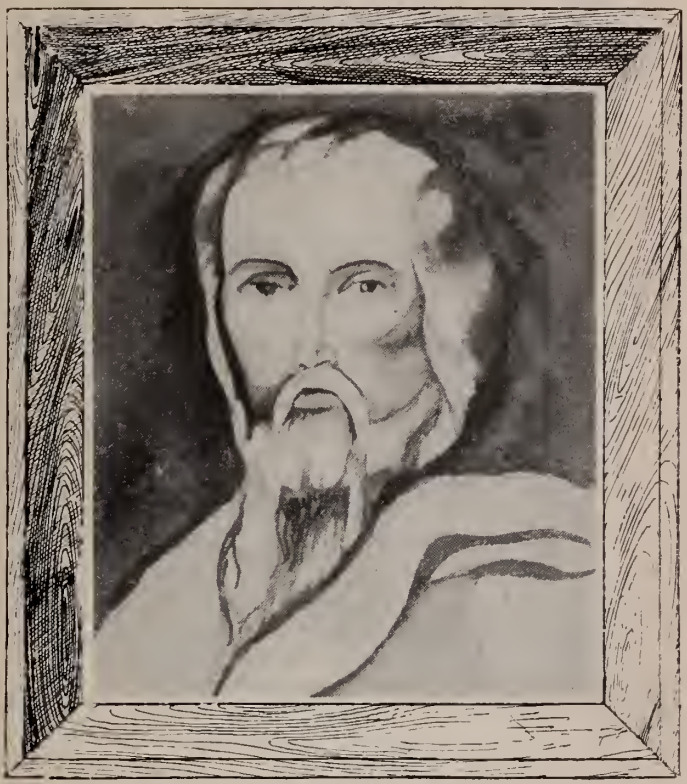
Sí, ¡Ahora también...! El mundo está hoy en medio de una crisis como tal vez nunca ha experimentado antes.

La guerra europea está trayendo cambios nunca soñados. No sólo reinos, sino también instituciones y costumbres, ideales y filosofías, están temblando y cayendo. Nuestros legisladores nos están llevando por nuevos caminos con una prisa que da vértigo. Pero a pesar de todo esto, el mundo entero se dirige hacia Jesús, como nunca antes. En su Evangelio se encuentran reconciliación con Dios, perdón y vida eterna para el individuo. También para la vida comunal se hallan en este mismo Evangelio los principios hacia los cuales el desarrollo social inevitablemente se mueve. Estos principios parecían locura en el tiempo de Jesús. Después fueron mirados como utópicos, pero hoy estamos aprendiendo que son eminentemente prácticos.

Pablo BURGESS.

Quezaltenango, Octubre 31 *de* 1917.

San Pablo



3 - 65

SIGLO I

PABLO Y LA UNIVERSALIZACION DEL CRISTIANISMO

La obra de Jesús ha sido acabada. El ha encargado a sus discípulos que prediquen su Evangelio a todas las naciones y ha retirado de ellos la inspiración de su presencia física. Esperando una manifestación especial del poder divino para empezar su obra, ésta les fué concedida en el día de Pentecostés y comenzaron a predicar el Evangelio, anunciando a Jesús como el Mesías esperado, el Hijo de Dios, muerto por los pecados del mundo, y resucitado para justificación de todo aquel que cree y se arrepiente. Tres mil personas creyeron en el primer día y su número fué aumentando ante el ardiente celo de los apóstoles.

Al principio los discípulos de Jesús no pensaban de sí, sino como buenos judíos. Asistían a las ceremonias del Templo y seguían todas las ordenanzas exteriores del judaísmo, como había hecho su Maestro. Los fariseos, por su parte, contentos de haber cortado la Cabeza, esperaban que los miembros de aquel cuerpo, luego dejarían de moverse; y así al principio no se opusieron a la actividad de los predicadores cristianos.

Pero cuando pasaron los meses y el número de los cristianos continuaba creciendo, y los fariseos se encontraron confrontados en las sinagogas con los representantes de la nueva secta, en quienes ardía un celo y claridad de razonamientos, contra los cuales se hallaron impotentes, pensaron ganar por la fuerza lo

que no podían por la razón. De conformidad con este pensamiento pusieron a los apóstoles Pedro y Juan en la cárcel. Después dieron muerte a uno de los abogados más elocuentes de la nueva doctrina, que se llamaba Esteban, y estalló sobre los cristianos una persecución de tanta fuerza, que muchos huyeron de Jerusalén a los vecinos pueblos a lo largo de Judá y Samaria.

Esta persecución, lejos de apagar el fuego, sólo sirvió para esparcirlo, porque donde quiera que llegó un creyente en Jesús huyendo de la persecución, formó al rededor suyo un nuevo grupo de cristianos. La persecución por los fariseos se extendía en pos de estos nuevos grupos, pero no pudo detener la marcha de tan poderoso movimiento.

Uno de los perseguidores más celosos de la nueva secta, se llamaba Saulo, o Pablo, para darle de una vez el nombre que había de inmortalizarlo. Era más o menos de la misma edad de Jesús, pero no era como éste, hijo del campo, sino nacido en Tarso, ciudad del Asia Menor, eminente por su comercio y por su universidad, donde se enseñaba la filosofía y la literatura griegas. Los padres de Pablo eran judíos por descendencia, pero a la vez ciudadanos del imperio romano, sin duda por servicios importantes hechos al mismo. El joven Pablo, de esta manera, unió en su persona los tres elementos más sobresalientes de la civilización de entonces: la cultura griega, la organización política romana y la religión judaica.

Desde muy niño Pablo ha de haber tenido un gran interés en las cosas de su religión. Las historias de los patriarcas y profetas habían llamado su atención juvenil, y la ley con la multitud de interpretaciones que a ella dieron los doctos escribas de su época, alimentó su sentido analítico de tal manera que, en posesión de los medios necesarios, resolvió dedicarse a los estudios rabínicos. Fué pues a Jeru-

salén, al colegio de los rabinos, a la edad más o menos de trece años. Entre sus maestros contaba a uno de los más célebres que el judaísmo ha producido en toda su historia, que es Gamaliel. Con los demás aspirantes al título de rabí, Pablo estudiaba principalmente las Sagradas Escrituras del Antiguo Testamento, en su interpretación tradicional, y estas Escrituras vinieron a ser su vida, y todo su anhelo el cumplir la ley de Dios en ellas revelada. En la nueva secta que predicaba que Jesús era el Mesías, veía un gran peligro para la religión de sus padres, y con todo el celo de su sér intenso, se opuso al nuevo movimiento. El había estado presente ayudando en el asesinato de Esteban, y después cuando la creencia en Cristo se había extendido a otras partes, pidió cartas al Sumo Sacerdote de los judíos, para perseguir a los discípulos del Crucificado, hasta los pueblos y aldeas más remotas donde pudieran refugiarse, pues la autoridad del Sanhedrín se extendía a todas las comunidades judaicas del imperio romano y éstas, si no tenían en verdad poder de vida y muerte sobre sus miembros, podían fácilmente hacerles sufrir de muchas maneras.

Así es que lo vemos llevando cartas que le autorizaban para aprehender y traer presos a Jerusalén a todos los partidarios de la nueva creencia que encontrara, acercándose a Damasco, ciudad capitalina de la Siria (*).

(*) Visitando Damasco, hace algún tiempo encontramos que a pesar del transcurso de los años y de los daños causados por las guerras, aún conserva recuerdos de la antigüedad. Entre lo mucho que puede carecer de autenticidad, "la calle que se llama la Derecha" (Hechos 9:11) parece ser la misma en que vivía San Pablo. El lugar donde se efectuó la conversión del apóstol, la posada donde se alojó, la casa de Ananías etc., etc., todos se muestran al turista.

Aquí mejor dejaremos a él mismo contar lo que le pasó. Dice: "Yendo por el camino, ví a medio día, una luz del cielo más resplandeciente que el sol, la cual brillaba en torno mío y de los que caminaban conmigo. Y caídos todos nosotros a tierra oí una voz que me decía en lengua hebrea: Saulo, Saulo: ¿por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el aguijón. Yo entonces pregunté ¿Quién eres, Señor? Y el Señor respondió: Yo soy Jesús, a quien tú persigues: pero levántate y ponte sobre tus pies, porque para esto te he aparecido, para constituirte ministro y testigo, tanto de lo que has visto de mí, como de aquello en que te apareceré". Llegando a Damasco, ciego por la luz que había visto en el camino, fué visitado por un cristiano de este lugar y luego recobró la vista. Entonces al restablecerse, empezó a predicar que Jesús era el Mesías y Salvador, valiéndose de su carácter de rabí para hablar en las sinagogas de los judíos. La sorpresa de éstos era natural al ver a Pablo, el acérrimo enemigo del cristianismo, que llegaba con el propósito de destruir la nueva secta en Damasco, predicando las doctrinas de la misma. Era un golpe duro para ellos, y determinaron hacerle callar a todo costo. Pero él, teniendo noticias de sus malévolos designios, escapó de la ciudad (*).

Así como Jesús, después de su bautismo se había ido al desierto, Pablo, después de su conversión, buscó las soledades de Arabia donde meditó en todas aquellas cosas que le habían acontecido. Su permanencia en Arabia fué de algunos años, pero no lo hemos de considerar como tiempo perdido, puesto que

(*) Los judíos habían logrado que el gobernador de Damasco diera orden de captura contra Pablo, pero los cristianos le ayudaron a escapar, bajándole en una espuerta de la ventana de una casa situada en la muralla. Se muestra esta ventana hasta el día de hoy.

fué entonces cuando en la comunión con Dios y en el uso de su pensamiento analítico y agudo, puso los fundamentos de la comprensión más profunda del Cristianismo que se haya manifestado en cualquiera época. Al fin llegó el día en que dejó la Arabia, y se fué a Jerusalén. Se puso en contacto con Pedro y los demás apóstoles oyendo de boca de ellos los pormenores de la vida de Jesús, y tomando parte activa en la predicación. Pero no fué bien recibido. Los judíos no querían oírle, porque le miraban como a un traidor, que había abandonado la religión que le había honrado con el título de rabí, y los cristianos por su parte tenían cierta desconfianza en la presencia de su antiguo perseguidor. Así no pasó en Jerusalén más que quince días, y se fué para Tarso, lugar de su nacimiento, donde quedó unos años retirado de la obra realizada por los demás apóstoles. Hasta esta época, casi todos los convertidos al Cristianismo, habían sido judíos, o por lo menos paganos que habían aceptado la religión judaica antes de recibir el cristianismo. Pero repentinamente en la gran metrópoli de Antioquía, unos paganos, sin nociones del judaísmo, dejaron su idolatría y aceptaron la fe cristiana. Los apóstoles que dirigían la obra en Jerusalén mandaron a Bernabé a investigar el nuevo movimiento. El se convenció que los nuevos creyentes eran en verdad cristianos, y se quedó en aquel lugar para dirigir la nueva iglesia. Bernabé había sido quien recomendara a Pablo a los apóstoles en su visita a Jerusalén, y le tenía un cariño especial. Así cuando se encontró encabezando la obra en Antioquía, llamó a Pablo que aún estaba en su retiro para que lo ayudase.

Pablo acudió gozoso al llamamiento. Esto fué en el año 44 después de Cristo. La iglesia de Antioquía creció en número y también en celo misionero. No contentos con anunciar el Evangelio a los ha-

bitantes de su pueblo, los cristianos de Antioquía comisionaron a Pablo y a Bernabé para que fueran a las regiones inmediatas a predicar el Evangelio de Jesús. Salieron estos dos con Marcos, el sobrino de Bernabé, y llegaron a la isla de Chipre. De ahí fueron a las regiones de Pamphylia, Pisidia y Licaonia.

Su método de propaganda era el de hablar en las sinagogas judaicas establecidas en los lugares que visitaron, donde Pablo como rabí, sabía explicar la verdad cristiana de una manera bien adaptada al entendimiento de los hijos de Israel. También en las sinagogas nunca faltaron algunos gentiles que, atraídos por el sabio rabí y su nueva doctrina, invitaron a escucharle a otros de los suyos.

Mientras que las autoridades de las sinagogas les dejaban predicar, se quedaban. Pero casi siempre, después de tres o cuatro predicaciones, les fué negado el uso de éstas y entonces Pablo y Bernabé con los judíos y gentiles que habían creído salían para fundar una iglesia cristiana.

Una vez bien establecida ésta, Pablo, y Bernabé se iban al pueblo más cercano donde se repetían estos acontecimientos.

Al fin regresaron otra vez a Antioquía, donde contaron a los hermanos los éxitos de su viaje, causando grande regocijo con su historia.

En este tiempo se presentó una dificultad que amenazaba seriamente la unidad y el progreso del cristianismo. Unos judíos cristianos llegaron a Antioquía, y predicaron que era necesario que los creyentes fueran circuncidados y que guardaran todos los ritos judaicos antes de poder recibir a Jesús como Salvador. Pablo y Bernabé enseñaron por el contrario, que lo único necesario para la salvación, era recibir a Cristo como Salvador y seguir sus mandamientos. En su

fondo esta cuestión se resolvía en la de si el cristianismo iba a ser una secta del judaísmo o una nueva religión universal. La discusión sobre este punto fué tan violenta, y el problema en sí tan importante para la vida del cristianismo, que se convocó un concilio para decidirlo. ¿Debe el creyente en Cristo hacerse judío antes de poder ser cristiano, o le será lícito pasar directamente del paganismo al seno de la iglesia cristiana sin la circuncisión y el cumplimiento de toda la ley ritual de Moisés? He aquí el problema que la naciente iglesia tenía que resolver.

El concilio se reunió en Jerusalén. Pablo y Bernabé defendieron con tanto celo y con tan buenas razones sus creencias y acciones, que los apóstoles y principales hermanos de la iglesia de Jerusalén se convencieron que la obra en Antioquía era de Dios, y así se decidió que el gentil podía volverse cristiano sin hacerse judío antes. El decreto de este concilio está recordado en el libro de los Hechos 15:23-29. Libra al cristianismo definitivamente y para siempre del particularismo de la religión judaica, y lo hace una religión universal, cumpliendo así el concepto de su fundador.

Sin Pablo el cristianismo hubiera quedado unido a la ley mosaica. Este ciudadano romano, nacido y crecido en ciudad griega, y de sangre y tradiciones judaicas, supo unir en un mismo movimiento los diversos elementos que constituían el mundo religioso de entonces, mostrando a los gentiles la necesidad que tenían de aceptar a Cristo, y persuadiendo a los cristianos que habían guardado todos sus prejuicios rabínicos, de que estos gentiles eran "hermanos" en la fe, y debían ser reconocidos como tales. La universalidad del cristianismo en que "no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, esclavo ni libre sino es Cristo el todo y en todos" (Carta

a los Colosenses 3:11) vino a ser el centro del pensamiento y del mensaje de Pablo, que guiaba toda su actividad, haciéndole merecedor del título "Apóstol de los gentiles" con el cual la Historia le reconoce.

Después del concilio en Jerusalén, emprendió un viaje extenso por el Asia Menor, donde fundó muchas nuevas iglesias cristianas. En este viaje llegó hasta Troas, cerca de los "Dardanelos" de hoy.

Allí soñó a un hombre que le decía: "Pasa a Macedonia y ayúdanos". Considerando aquel sueño como un llamamiento de Dios, pasó a Europa, y dejó iglesias fundadas en Filipos, Tesalónica, (la moderna Salónica) y Berea. De allí bajó a Atenas, el centro de la cultura antigua, donde a invitación de ciertos filósofos habló en el Areópago. (*).

Mas, aunque presentó el Evangelio en un discurso altamente filosófico, muy pocas de las personas cultas de aquella ciudad creyeron. Bien pudo Pablo soportar serenamente la persecución más severa, pero la indiferencia y el desdén de los atenienses, era para él peor que cárceles y azotes, y desanimado en extremo, dejó Atenas y se fué a Corinto. Esta era ciudad industrial y en cuanto a la moral era una de las más corrompidas en un imperio corrompido. Pero allí entre los artesanos y esclavos, logró lo que no había podido hacer entre los intelectuales de Atenas: es decir, formó una importante y floreciente iglesia cristiana.

Al dejar Corinto, el apóstol se fué a Efeso, desde donde tuvo que dedicarse principalmente a aconsejar y dirigir las iglesias ya formadas en el Asia Menor

(*) El Areópago era entonces un especie de corte o juzgado que, además de ver los casos criminales, tenía bajo su jurisdicción los distintos cultos de la ciudad y velaba por la enseñanza de la juventud. Hoy no se ve más en el lugar, que una colina de piedra con algunos restos de los cimientos de los orgullosos edificios que un día lo coronaban.

y en Grecia. Por medio de cartas y de visitas personales ayudaba a los nuevos grupos de creyentes a resolver los problemas que iban surgiendo en la vida cristiana. En las epístolas que llevan su nombre y están transcritas en el Nuevo Testamento, tenemos una revelación de las dificultades que las iglesias experimentaban. Sirvan las siguientes como muestras.

Los mismos cristianos judíos que habían estorbado la paz de la iglesia en Antioquía, predicando que había que guardar la ley de Moisés, empezaron a inquietar a las iglesias del Asia Menor, después de la ida de Pablo, y él, teniendo noticias de su actividad, escribió la carta "a Los Gálatas" para hacer claro que "la circuncisión no vale nada, sino lo que vale es la nueva criatura". En Corinto donde la iglesia se componía en su mayor parte de gentiles, muchos cayeron en malas costumbres, volviéndose fornicarios, borrachos, etc., y aún valiéndose de su religión para fomentar sus vicios. Pablo al tener noticia de estos trastornos, les escribió primero una carta y después otra, exhortándolos a la pureza de vida, y explicándoles de nuevo la significación del bautismo, la cena del Señor, la esperanza de la vida eterna y otras verdades cristianas. De este período data también la carta a los Romanos.

Cuando la escribió Pablo no había estado en Roma todavía, porque la iglesia de esa capital había sido fundada por otros cristianos. En esta carta saluda a esa iglesia, a la cual desea conocer personalmente, y da un resumen de su doctrina, exponiendo la relación que existe entre los judíos y los gentiles, o sea la ley y la gracia.

Esta carta es un tratado que toca algunas de las profundidades de la fe cristiana, de una manera única. Nos revela a un filósofo de primer orden pero más que a un filósofo nos revela a un alma que ha-

biendo pasado por todos los grados del desarrollo religioso, al fin halla su paz en Jesucristo.

Durante este tiempo la lucha principal que Pablo sostenía, era contra aquellos que se esforzaban por ligar el cristianismo al judaísmo. Estos lo acusaban de apóstata y renegado, de tal manera, que él al fin pensó demostrarles que aunque no predicaba el judaísmo para los gentiles, se reconocía a sí mismo como judío cristiano, y amaba su antigua fe. Así asistió a la Pascua en Jerusalén en el año 58. Su presencia en el templo fué causa de una gran irritación entre los judíos, para quienes Pablo, por más que con toda reverencia tomaba parte en sus actos religiosos, siempre aparecía traidor. Luego una turba de fanáticos se amotinó contra él, no tranquilizándose hasta que unos soldados romanos llegaron y se apoderaron del apóstol.

Le pusieron en prisión tanto por su propia seguridad, como por averiguar la causa del motín. Sabiendo el gobernador por boca de un sobrino de Pablo, que algunos hombres habían hecho voto de no comer hasta matar a éste, le mandó de noche a Cesarea, donde fué juzgado ante el rey Agripa. Se hubiera librado de la justicia si no hubiera apelado al Emperador, valiéndose así de su derecho como ciudadano romano; pero por haber apelado, fué mandado preso a Roma después de estar dos años en la cárcel de Cesarea. A pesar de un naufragio y de otros peligros más, se realizó al fin el deseo abrigado durante muchos años por Pablo, porque llegó a la capital del mundo de entonces.

Una vez en Roma, y mientras esperaba ser juzgado delante del Emperador, tenía el privilegio, aunque preso, de vivir en su propia casa alquilada encadenado siempre a un guarda romano. Pasó dos años así. De este período vienen sus cartas a los Filipen-

ses, los Colosenses y los Efesios, reunidos en el Nuevo Testamento. Ya no es el Pablo agresivo, el que habla en estas epístolas, sino Pablo "el anciano" madurado por sus muchas y diversas experiencias, y que desde su prisión aconseja e inspira en su fe a los hermanos que había conocido en los días de su libertad.

No sabemos con seguridad cuál fué el resultado de su proceso. Una tradición muy antigua dice que fué puesto en libertad y que llegó hasta España predicando el Evangelio, pero al fin cayó preso otra vez y pereció en la persecución neroniana del año 65. (*).

Las epístolas pastorales a Timoteo y Tito vienen de esta segunda prisión si es que la hubo. En una de estas epístolas (la segunda a Timoteo) encontramos las siguientes palabras escritas por el apóstol, al verse cerca de la muerte, como una apreciación de su propia carrera: "Yo, ya estoy para ser ofrecido en libación, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, el justo juez, en aquel día".

Con estos pensamientos y esperanzas dejó esta vida terrena Pablo, el genio religioso, el filósofo profundo, el hombre de sinceridad acrisolada, que salido de la estrechez del judaísmo a la libertad perfecta del Evangelio, libró al Cristianismo de las cadenas de la ley mosaica, y lo hizo una religión universal. (**).

(*) En Roma se muestra aún la celda donde se dice que el Apóstol pasó los últimos días de su vida en la prisión.

(**) La tradición señala el lugar llamado "Aquae Salviae" cerca de Roma como el lugar donde San Pablo sufrió el martirio y cuenta que cuando el hacha del verdugo cortó su cabeza, ésta saltó tres veces y en cada lugar donde tocó la tierra nació una fuente de agua. El lugar está marcado hoy por una iglesia llamada San Paolo alle Tre Fontane.

JUSTINO MARTIR

105 -161

SIGLO II

JUSTINO MARTIR Y LA HELENIZACION DEL CRISTIANISMO

Queda dicho que el apóstol Pablo murió en la persecución neroniana en el año 65 después de Cristo. Esta persecución no tuvo por objeto exterminar la nueva creencia, y la iglesia continuó creciendo en número y poder durante los años restantes del primer siglo.

En el año 70, una revolución fomentada por patrioteros de Galilea, trajo las legiones romanas contra la tierra santa. El general Tito, después emperador, atacó a los rebeldes, quienes se encerraron en Jerusalén, que después de ser sitiada por algunos meses se rindió.

El templo, orgullo de cada corazón judaico, fué destruído, y la práctica de los ritos mosáicos prohibida. (*).

(*) Desde entonces hasta el día de hoy el sitio del templo no ha sido empleado para los usos del culto israelita, habiendo servido sucesivamente para un templo pagano, una iglesia cristiana y ahora para dos mesquitas de los mahometanos que lo ocupan. Los judíos sin embargo no han podido olvidar que el lugar es de derecho suyo. (Juan 4:20). Todavía van a llorar la pérdida de su templo al pie de un alto muro que sostiene el area sagrada. Nunca hemos visto un cuadro más conmovedor que ese de una tarde de Nueva Luna en este lugar de lloro con trescientos judíos, hombres y mujeres de muchas nacionalidades lamentando en voz alta y confesando que por sus pecados estaban excluídos del lugar santo, ¡y de recordar que esto es práctica de sesenta generaciones de judíos!

Durante el sitio de Jerusalén los cristianos, recordando las palabras de Jesús en Mateo 24:16, habían logrado escapar de la ciudad y se juntaron en Pella en Transjordania donde continuaron observando los ritos judaicos juntamente con las enseñanzas de su Maestro por muchos años. Pero para la generalidad de los cristianos, la controversia que había ocupado tanto la atención de Pablo, era ya muerta. El cristianismo se constituyó como una religión universal, distinta de la judaica.

Aún el mismo sábado de los judíos fué dejado, porque los cristianos celebraron el domingo en honra de la resurrección de Cristo.

Los cristianos no perdieron, sin embargo, todo contacto con el judaísmo. En sus reuniones siguieron hasta cierto punto la costumbre de las sinagogas. Leían el Antiguo Testamento como se hacía en estas; pero leían también de las epístolas que los apóstoles habían dejado escritas. Hacían oración, y se exhortaban los unos a los otros a la fidelidad y el amor cristianos. El clero como tal no estaba claramente distinguido de los laicos aunque cada congregación tenía su presidente, (obispo) y sus ancianos, diáconos y diaconisas. Según el mandamiento de Jesús, se celebraba la Santa Cena con regularidad.

Habían unos llamados apóstoles, que andaban de lugar en lugar, predicando y exhortando, y ellos sirvieron para unir a los cristianos en sentimientos e ideas; pero no había ninguna organización central de las iglesias.

Durante el segundo siglo, los emperadores garantizaban el órden público eficazmente. En cuanto a la vida religiosa se notaba cierta decadencia de las antiguas creencias paganas. Sólo la gente ignorante y

los campesinos adoraban ingenuamente a los dioses del Olimpo. (*).

La gente culta, en su mayoría, había caído en el escepticismo, adoptando la filosofía de Epicuro. Algunos que no podían creer en las supersticiones populares, ni recibir tampoco el materialismo de los epicúreos, aceptaron la filosofía estoica. A pesar del cinismo prevaleciente, reflejado en los escritos de autores como Luciano, había un verdadero anhelo entre muchos de los espíritus más elevados, de una filosofía más completa que las entonces conocidas, y también un deseo ardiente de una expresión de las verdades religiosas más adecuada que la del paganismo popular.

Todo esto vemos en Justino.

Este nació en Samaria cerca del año 105, de padres paganos, y muy temprano se dedicó al estudio de la filosofía. No estudió en un sólo lugar, ni oyó los discursos de un solo maestro, sino que fué de ciudad en ciudad escuchando a los filósofos de más prestigio en aquella época.

El mismo nos dice: "Mi deseo ardiente de ser instruído en la esencia de la filosofía, no daba reposo a mi espíritu. Fuíme en busca de un pitagórico que gozaba de gran fama, para suplicarle me aceptara entre sus discípulos. Este estaba orgulloso de su saber. Esperaba tener mejor suerte entre los platónicos que gozaban de cierta fama y a los cuales me dirigí. Visité con frecuencia al que tenía la reputación de ser más docto entre todos ellos, con quien hice rápidos progresos en el conocimiento de su doctrina, con gran contentamiento mío, creyendo haber conseguido el cumplimiento de mis deseos. ¡Cuán equivocado estaba! Un día, a orillas del mar, observé que me seguía

(*) La palabra "pagano" EN SU ETIMOLOGIA quiere decir sencillamente campesino.

un anciano, cuya agradable presencia, dulzura y gravedad, me causaron una impresión extraordinaria. No tardamos en trabar conversación, la cual giró luego sobre los deseos que yo tenía de conocer la verdad". Entonces nos refiere cómo el anciano le habló de Dios, del alma, y de la venida de Jesucristo al mundo como enviado de Dios. Justino creyó el mensaje del anciano y aceptó desde entonces la fe cristiana.

Mirando en el Evangelio una filosofía más perfecta que las que se enseñaban en las escuelas de filosofía profana, continuó usando el traje, y siguiendo el método de los demás filósofos; pero en verdad era un predicador del Evangelio, siendo uno de los primeros en expresar el mensaje de Cristo en el lenguaje y con los conceptos de la gente ilustrada de su tiempo.

Esto hace de Justino el hombre más importante en el desarrollo del cristianismo durante el segundo siglo de su existencia. Mientras que la religión de Jesús hacía su propaganda principal entre los judíos, como en el primer siglo, había usado los conceptos del Antiguo Testamento. Pero ahora que su tarea se presenta como la evangelización del Imperio Romano, adopta el medio de pensar y de hablar popularizado por los filósofos griegos. Ya vimos que el apóstol Pablo dió el ejemplo de este proceder en el discurso que pronunció en el Areópago de Atenas. La misma tendencia se nota en la epístola a los Hebreos y sobre todo en el Evangelio de San Juan, escrito a fines del primer siglo.

Justino no estaba solo en su esfuerzo de justificar el cristianismo ante la razón y la filosofía. Ignacio y Policarpo, Ireneo y especialmente Tertuliano trabajaron en el mismo sentido y por su método merecieron el nombre de "apologistas" que la historia les da.

Algunos creyentes modernos miran en esta síntesis del cristianismo con el helenismo un paso hacia atrás, que ha traído sobre la iglesia infinidad de males. Pero si recordamos que Jesús miraba en su doctrina un espíritu vivificante y no una letra muerta, reconoceremos en esta síntesis la influencia del mismo fundador del cristianismo. Si esta religión iba a ser una religión universal, como Jesús lo había pensado, y como Pablo se había esforzado en mantenerla, era necesaria esta nueva expresión de las verdades cristianas en los conceptos de la filosofía griega. Los filósofos de aquel tiempo miraban con desprecio al cristianismo como una abominable superstición. Las autoridades civiles estaban empeñadas en suprimirlo. Así es que Justino y los otros apologistas tuvieron que demostrar a los filósofos que el cristianismo era en verdad la mejor filosofía, y a las autoridades, que ayudaba al Estado en lugar de oponérsele.

Pero no todos los filósofos griegos que fueron atraídos al Evangelio, lo comprendieron con tanta claridad como Justino. En su mayoría ellos no habían sido instruídos desde niños en el Antiguo Testamento como los judíos que habían creído en el primer siglo. Tampoco habían conocido personalmente a los apóstoles del Señor como los primeros gentiles convertidos. Ellos aceptaron el cristianismo como filósofos y con orgullo intelectual empezaron a formar sus propias teorías acerca de Cristo. Porque aspiraban a un conocimiento muy profundo de las verdades cristianas, se les dió el nombre de "Gnósticos", del griego **gnosis**, "conocimiento".

De los muchos que formaron parte de este movimiento, sólo podemos mencionar a Marción, porque él fué, con toda probabilidad, la causa de la selección hecha por la Iglesia de entonces de los libros que te-

nemos en el Nuevo Testamento, como los inspirados y autorizados por Dios.

Marción era un hombre muy sincero y dió testimonio en su vida del poder del Evangelio. Creyó en la justificación por la fe de todo corazón. Atraía a un gran número de discípulos y cuando vió que los cristianos en su generalidad no aceptaban su enseñanza, fundó una secta distinta de la iglesia cristiana, cuya secta continuó su existencia hasta doscientos años después de su muerte.

Sus diferencias de los demás cristianos provenían del hecho que él rechazaba en un todo el Antiguo Testamento, diciendo que siendo éste una ley, no podía tener por autor al mismo Dios que vemos en Jesucristo, el cual es pura gracia. Tampoco quiso recibir como divinos algunos otros de los escritos que forman parte de la Biblia que conocemos, porque no reconocía como inspirados divinamente a más libros que el Evangelio de Lucas y las Epístolas de Pablo, menos las de Timoteo y la dirigida a Tito.

Hasta entonces los cristianos habían usado el Antiguo Testamento, reconociéndolo como la Palabra de Dios, y a la vez que aprovechaban los escritos apostólicos sin haber formulado definitivamente el canon o lista autorizado de estos últimos. El hecho de que Marción sí formuló su lista obligó a los demás para que hiciesen igual cosa. Lo que los cristianos procuraban saber con certeza para reconocer un libro, era si en verdad venía de un apóstol. La mayor parte de los libros del Nuevo Testamento fueron reconocidos desde luego. En algunas listas encontramos libros no reconocidos hoy y respecto a algunos que reconocemos hoy como la epístola a los Hebreos, las cartas conocidas como de Santiago, Judas, II Pedro, II y III Juan, y el Libro del Apocalipsis, había todavía dudas; algunos cristianos recibíanlos como inspirados y otros no. La cues-

tión no fué decidida definitivamente sino hasta 200 años después, pero ya había llegado el tiempo en que se reconocía la existencia de un Nuevo Testamento, inspirado por Dios y con igual autoridad que la del Antiguo.

También en cuanto a la naturaleza de Cristo, los gnósticos y Marción tuvieron ideas muy diferentes de la mayoría de los cristianos. Marción no pensaba de Cristo como de un hombre. Era para él un Dios más grande que el mismo Jehová. Justino se opuso a esta idea. El creyó como los cristianos de todas las edades han creído, que Cristo es verdadero hombre y no que sólo tuvo esta apariencia. También tenía la fe cristiana que reconoce que en el hombre Jesús vemos el Logos, la Palabra, Dios mismo, que en una crisis histórica se encarnó para salvación de los hombres. Para aclarar esta idea Justino pone el ejemplo de una llama de fuego que a pesar de su unidad puede multiplicarse habiendo combustible de qué aprovecharse. Así era Dios para Justino.

Consideramos pues, la gran importancia de este filósofo para el desarrollo del cristianismo en el siglo segundo. Por un lado defendió esta religión contra los intelectuales paganos y contra las autoridades hostiles, que miraban a los cristianos como trastornadores del orden, odiados por el pueblo por no mezclarse en sus placeres. Por otra parte tuvo que defender el cristianismo verdadero, contra los que equivocadamente se llamaban cristianos, quienes pensaban más en exponer sus propias ideas que en predicar la revelación de Dios en Cristo. Contra los unos y contra los otros tenía que usar la lógica y el método de la filosofía griega. Siendo este método el medio para defenderse, luego lo usó el cristianismo para expresar sus doctrinas. Así fué trasplantándose el Evangelio de Jesús, del barco de los pescadores de Galilea a la

sala de los filósofos griegos, como dice un profesor alemán. Si comenzó entre los pobres y esclavos, luego pudo dominar el pensamiento de los más sabios.

Un fenómeno notable del cristianismo del segundo siglo fué su rápido desarrollo. Hablando de esto Justino dice: "No hay una sola raza de hombres, ya sean bárbaros o griegos, o de cualquier otro nombre, nómadas errantes o pastores viviendo en tiendas, entre los cuales no se hagan oraciones y acciones de gracias en el nombre del crucificado Jesús".

Este rápido crecimiento y el hecho que los cristianos tenían una organización fuerte entre sí, hizo que fueran muy temidos por los gobernantes y aunque Justino y otros defendieron su fe procurando recomendarla al poder civil, hubo varias persecuciones de los cristianos por parte de éste durante el segundo siglo.

El cristianismo no fué reconocido como una religión verdadera después de separarse de la religión judaica, y así aunque el gobierno romano reconocía a todos los dioses de los países conquistados por él, no reconoció el cristianismo, antes bien, persiguió a sus fieles como ateos. Siempre daba oportunidad a los cristianos para sacrificar a los dioses y así salvar sus vidas, pero muchos no queriendo dar culto a imágenes ni dioses falsos, fueron muertos. Nos han llegado las historias de muchos de los mártires de esta época, y podemos ver los sepulcros de algunos en las catacumbas de Roma. (*).

Sin embargo, no todos los creyentes fueron mártires. Algunos negaron ser cristianos para salvar sus vidas, pero pasada la persecución solicitaban ser

(*) Las catacumbas son cavidades subterráneas usadas por los cristianos de los primeros siglos para enterrar a sus muertos. Sirvieron a veces como refugios para los perseguidos también. Son verdaderas minas para el arqueólogo.

recibidos nuevamente como miembros de la Iglesia, y ésta tuvo que resolver lo que debía de hacer con ellos. Como regla general los recibió de nuevo; sólo que al renegar por segunda vez la fe aceptada, los excomulgó definitivamente.

Ante las persecuciones del segundo siglo, Justino procuraba convencer a las autoridades de que el cristianismo nada tenía que ver con la magia (que era contra la ley) y que eran falsas las acusaciones de crímenes cometidos a nombre de la religión como parte del culto, y que al contrario, el cristianismo era consecuencia natural de la filosofía verdadera.

Aparentemente hubo una buena oportunidad para que Justino y los demás apologistas cristianos, lograran la tolerancia para su religión de parte del gobierno imperial, cuando el conocido filósofo Marco Aurelio fué coronado emperador en el año de 161. El era estoico y hombre de conducta intachable. Hubiera sido adepto de la verdad cristiana, si no hubiera despreciado tanto toda excitación, especialmente el entusiasmo religioso, y si no sintiera un odio tan profundo contra el dogma de la inmortalidad, que era creído con tanta firmeza por parte de los cristianos. Así, en lugar de convencerse por las razones de Justino y los demás apologistas, ordenó que las persecuciones continuaran.

Justino, a pesar de su traje de filósofo, fué acusado con otros seis cristianos, entre ellos una mujer. El juez le preguntó: "¿A qué estudio te aplicas?" —Justino respondió entonces: "Emprendí el estudio de toda ciencia y erudición, fijándome por último en la doctrina de los cristianos".

—"¡Desgraciado!", le dijo el juez, "¿son éstas las ideas que profesas?, ¿dónde os juntáis?"

—"Cada uno se junta donde quiere y donde puede: el Dios de los cristianos no está limitado a un lu-

gar; es invisible, pero llena los cielos y la tierra; los fieles pueden adorarle en todas partes''.

—''Pero tú, ¿dónde congregas a tus discípulos?''

—''Habito los baños de Timoteo, bajo de la casa de un tal Martín. Si alguno ha venido a buscarme, le he comunicado la doctrina de la verdad''.

Los demás compañeros de Justino, declararon igualmente ser cristianos. El juez les amenazó con la muerte, y dirigiéndose a Justino, le preguntó: ''¿Suponéis que si fuerais azotados y vuestras cabezas cortadas subiríais al cielo para ser recompensados?'' Y Justino le contestó: ''No lo supongo, lo sé y estoy plenamente convencido de ello''.

Entonces el juez mandó a los acusados que sacrificasen a los dioses, pero Justino respondió, ''Quien es discreto no abandona la piedad para servir la impiedad''. Pero el juez le dijo: ''Si no obedecéis seréis castigados sin misericordia''. Entonces los prisioneros llenos de fe y del Espíritu de su Señor crucificado, replicaron en alta voz:

—''Haced lo que queráis, nosotros somos cristianos y no ofrecemos sacrificios a los ídolos''. Oído lo cual el juez dictó la siguiente sentencia.

—''Que los que se han negado a obedecer las órdenes del Emperador y no quieren sacrificar a los dioses, sean apaleados y decapitados según la ley''. Y efectivamente, los prisioneros después de azotados se les condujo al suplicio, donde murieron glorificando a Dios. Así terminó la carrera de Justino mártir, fiel testigo del poder de Cristo.

Pero las persecuciones no pudieron impedir que la Iglesia creciera. La sangre de los mártires fué como siempre, la semilla de la Iglesia. La religión pagana impotente ante el empuje de la nueva verdad, veía alejarse a sus adeptos, dejando abandonados sus antiguos ritos. Las escuelas filosóficas existían todavía pero siempre proponiendo teorías más fantásticas.

El orden antiguo no había muerto aún. Iba a sobrevivir cien años; iba a tener sus triunfos aparentes, iba a matar a millares de cristianos. Pero el cristianismo se había definido como filosofía y como religión. Para cada uno de los que se le oponía, tenía respuestas e ideas claras y consecuentes contra el poder de las costumbres, de la superstición y del poder civil. El resultado no pudo ser otro que la victoria para el cristianismo.

ORIGENES

185 - 254

SIGLO III

EL TEOLOGO ORIGENES Y LA SINTESIS DEL CRISTIANISMO CON CIERTAS RELIGIONES ORIENTALES

Después del martirio de Justino en el año 166, no hubieron otras persecuciones de importancia, sino hasta treinta años más tarde. El cristianismo crecía por todos lados. Antes de terminar el segundo siglo, se establecieron iglesias cristianas en Arabia, Armenia, Persia, y en todas las partes del Africa que tocan el Mar Mediterráneo. España y Francia tenían ya muchas congregaciones cristianas lo mismo que las ciudades del Rhin en Alemania. La fe cristiana había sido recibida también por algunos de los **bárbaros** de la gran Bretaña.

El cristianismo tenía una historia de doscientos cincuenta años tras de sí y se había extendido por el mundo conocido de entonces. Estos hechos produjeron cambios que si bien no se dejaron sentir de un momento a otro, son clarísimos cuando se mide el tiempo por siglos. Como agrupación pequeña, el cristianismo había podido exigir una disciplina muy estricta entre sus miembros. Esto era más difícil cuando la Iglesia iba abarcando todo el mundo. Así sucedió que en la época que nos ocupa, el reconocimiento de la separación entre la Iglesia y el Mundo con sus placeres y vicios no fué tan marcado como al principio. Los hijos que nacieron de padres cristianos y crecieron como tales, no tenían la misma experiencia viva del poder redentor de Jesús, que sus padres habían

sentido cuando dejaron sus ídolos para servir al Dios viviente; se acercaron luego a los paganos, tanto en su modo de vivir como también en sus convicciones íntimas. La esperanza de la Segunda Venida de Cristo que era tan viva en los primeros años, ahora después fué más y más olvidada. Entre todos los cristianos solamente los llamados **montanistas**, una secta relativamente pequeña, mantuvieron esta doctrina en su vigor primordial.

Como pasa con todos los movimientos revolucionarios, así el cristianismo poco a poco se dejaba influir por el ambiente cultural en que existía a la vez que guardaba con toda tenacidad las fórmulas exteriores que desde el principio le habían distinguido.

En el año 185, a un cristiano de Alejandría, (*) Egipto, llamado Leonidas, le nació un hijo a quien le puso por nombre Orígenes. El padre como buen cristiano quiso instruir a su hijo en la misma fe que él profesaba y con este fin le enseñaba diariamente un trozo de la Biblia. El niño se mostró muy apto, y luego empezó a preguntar tantas cosas de Dios y de la Biblia, que el padre no pudo darle más explicaciones, y le reprendía por ser demasiado curioso. Pero abrigaba la esperanza de que el Espíritu Santo había escogido al niño como un instrumento especial para proclamar la santa verdad.

La paz que los cristianos habían gozado durante el reinado del Emperador Cómodo, fué algo estorbada

(*) Alejandría, nombrada así por Alejandro el Grande, ha ocupado el mismo sitio a través de los siglos, y la ciudad moderna conserva muchos recuerdos de su antigua gloria entre los cuales sobresale el llamado "Pilar de Pompeyo" una columna alta que tiene más de dos mil años de ocupar el mismo sitio y fué seguramente visto muchas veces por los héroes cristianos que describimos aquí. Por lo demás las arenas entre las cuales se halla la ciudad no tienen nada de emocionante para el autor.

en el reinado de su sucesor Séptimo Severo, por haber prohibido éste bajo severas penas la conversión de súbditos suyos que no eran todavía cristianos, a esta fe. No sabemos si Leonidas fué encontrado haciendo propaganda del cristianismo, pero se supone que sí porque en el año 202 fué detenido. Su hijo Orígenes no contaba más que diecisiete años entonces pero quiso acompañar a su padre a la cárcel. La madre se resistió a esto con todo el ingenio que una mujer puede usar para obtener sus fines, y cuando vió que su hijo no desistía de su plan, ni por súplicas ni por amenazas, le escondió la ropa para impedir por este medio su salida de la casa. Entonces Orígenes escribió a su padre estas palabras: "sobre todo no desfallezcas por nosotros".

Aquel padre fué un testigo fiel de Jesucristo. Selló su fe con su sangre, pues lo mataron aquellas autoridades y confiscaron sus bienes.

El joven Orígenes por esta causa se vió obligado a ganarse la vida con su personal trabajo y encontró colocación como profesor particular en la casa de una noble y rica señora cristiana.

Había en Alejandría entonces una escuela catequista cristiana de mucha fama.

El sabio Clemente (de Alejandría) dirigía dicha escuela siguiendo el método que Justino había popularizado en el segundo siglo, usando la filosofía griega como una ayuda para enseñar y defender el Cristianismo. Acostumbraba decir: "Somos semejantes a los agricultores que riegan las tierras antes de sembrarlas. Con las aguas de la ciencia griega, regamos lo que es terrestre, para que la simiente espiritual que después arrojamos, tenga nutrición preparada". Esta escuela pues, se distinguió por la profundidad de sus especulaciones teológicas, y no cabe duda de que

era el centro de la vida intelectual del cristianismo de entonces.

El celo y perspicacia del joven Orígenes llamó la atención de las autoridades eclesiásticas de su ciudad y el obispo le dió el cargo de maestro en la Escuela Catequista ya mencionada.

Al mismo tiempo que enseñaba clases bíblicas en esta escuela, recibía instrucción en filosofía con un maestro muy conocido entonces, llamado Amnio Saccas.

Puesto que los maestros de la Escuela Catequista prestaban sus servicios sin remuneración, Orígenes para estar libre y trabajar sólo en este puesto, vendió su hermosa biblioteca, herencia de su padre, por una pensión diaria de más o menos diez centavos oro, que le bastaban para sus necesidades.

La influencia de las filosofías y religiones orientales, que miraban en el cuerpo algo malo en sí, y que enseñaban un ascetismo estricto, se había hecho sentir ya en la iglesia cristiana. Debemos hacer constar que esta actitud no provenía de Cristo mismo. El nunca enseñó que la vida material era cosa mala en sí. Por lo contrario él tuvo reputación de ser "comilón y bebedor de vino" que si esto no ha de tomarse al pie de la letra, pues la acusación salió de boca de sus enemigos, a lo menos demuestra lo que encontramos en otros ejemplos de los Evangelios, es decir, que Jesús no vivía una vida retraída, sino entraba de lleno en la vida social, gozando las alegrías y sintiendo los pesares del pueblo. Es de las religiones orientales, sobre todo de la religión de Zoroastro, de donde el cristianismo de esta época tomó las ideas monásticas que tan honda huella araron en los siglos que siguieron. Arrastrado por estas poderosas corrientes de su tiempo, vemos a Orígenes desplegando celo monástico, para alcanzar la santidad de vida. "No usaba más que

un vestido, y éste era tan delgado que no le abrigaba del frío. Iba descalzo, ayunaba a menudo, dormía en el suelo, y dando una interpretación demasiado literal a las palabras de Jesús, (Mateo 19:12) se hizo "eunuco a causa del reino de los cielos". Más tarde dijo: "haberse arrepentido de haberlo hecho".

Orígenes sostuvo su puesto en la Escuela de Alejandría, ganando gran fama por su erudición, hasta el año 216, en el cual hubo otra persecución contra los cristianos, y él se vió obligado a huir. Dirigióse a Jerusalén, donde el obispo Alejandro lo recibió con los brazos abiertos como también lo hizo Teoctisto, obispo de Cesarea en Palestina. Ambos obispos habían sido sus compañeros de estudio. Aunque Orígenes no era ministro ordenado, su reputación era grande en las iglesias orientales, por lo cual los obispos le invitaron a que hiciera en público y a su presencia, una exposición de las enseñanzas de las Escrituras. El obispo de Alejandría, Demetrio, al enterarse de esta novedad, no supo disimular ni el desagrado, ni la envidia que le produjo, y manifestó su disgusto por el hecho inaudito de que un lego pronunciara discursos sobre asuntos religiosos ante dos obispos, al mismo tiempo que mandaba a Orígenes que regresara inmediatamente a Alejandría. Obedeció éste el mandato, reconciliándose después con su jefe por lo que pudo continuar desempeñando sus funciones de instructor. El incidente que acabamos de narrar muestra con claridad el grado de desarrollo de la organización de la iglesia cristiana de entonces. Se ve que el clero se había separado de los legos, pero que la distinción jerárquica no era todavía de gran importancia para muchos, y aunque cada obispo tenía gran poder para dirigir la marcha de la obra en su propia jurisdicción, no había aún ninguna organización central

ni mucho menos algún jefe reconocido por toda la iglesia.

Orígenes mantuvo su residencia en Alejandría hasta alcanzar cierta edad, pero no se dedicó a la enseñanza exclusivamente, sino también hizo viajes, visitando en Roma, en Grecia y en Palestina a sus hermanos en la fe. También pasó algún tiempo como misionero en Arabia.

En el año 228, uno de los viajes lo llevó a Grecia, probablemente con el objeto de entablar discusiones con algunos gnósticos. Aprovechó este viaje para visitar a sus amigos, los obispos Alejandro y Teoctisto, de los cuales recibió la ordenación, (como presbítero). Al enterarse Demetrio de ello, protestó indignado de una ordenación que consideraba irregular, porque pretendía que había de conferirla el propio obispo del candidato. Apenas había regresado Orígenes cuando Demetrio le citó a que compareciera ante un concilio compuesto de eclesiásticos egipcios, que le condenaron a ser depuesto de su cargo sacerdotal, lo separaron de su cátedra y lo expulsaron de Alejandría. (*).

Refugióse en Cesarea sin que le fuese posible evitar la persecución. Otro sínodo condenó sus libros

(*) Parece extraño a mentes occidentales modernas que la sola palabra de un concilio cristiano bastara para desterrar de Alejandría a un hombre non grato cuando el poder civil romano era hostil a esta religión. Es difícil para nosotros entender cómo la religión en el Oriente se identifica con la comunidad. Mas esta unión se ve muy marcada hasta el día de hoy en el Cercano Oriente. Las iglesias no son solamente comunidades de creyentes, sino que desempeñan muchas funciones que nosotros hemos traspasado al poder civil. Matrimonios, divorcios, herencias y muchas otras cosas semejantes quedan en el dominio de la iglesia. Un cristiano como Orígenes naturalmente no cabía en la sociedad pagana, y cuando la comunidad cristiana lo expulsó no tenía más remedio que irse.

y lo excomulgó. Al poco tiempo esta lucha que había comenzado con la envidia que Demetrio tuvo a Orígenes, cosa poco edificadora especialmente entre los ministros de Jesús, se volvió una controversia dogmática. Las iglesias de Palestina, Fenicia, Arabia y Grecia tomaron la parte de Orígenes, mientras que las iglesias de Roma y de Egipto, se manifestaron como partidarias de Demetrio.

La verdad es que Orígenes, aunque hombre sincero y sumamente celoso por la pureza evangélica, había sido demasiado sugestionado por la filosofía y religión de los orientales. Tuvo muchas opiniones que hoy se encuentran poco representadas, aunque el espiritismo moderno ha resucitado algunas de ellas. Por ejemplo, aunque él reconoce a Cristo como Hijo de Dios, en el Padre, con el Padre y del Padre, no piensa de Jesús como Dios mismo, sino separado y subordinado. También Orígenes representa la opinión de que siempre ha habido un número fijo de espíritus, y que estos habitan primero un cuerpo, y al morir éste, otro. También era de opinión de que al fin, después de haber trasmigrado muchas veces cada alma, sería salvada, y que ninguna al fin se perdería. En cuanto al modo en que Cristo hizo la reconciliación de los hombres con Dios, Orígenes muestra gran discernimiento, y puede compararse bajo este concepto, al Apóstol Pablo y a San Anselmo, quienes han penetrado en este misterio más profundamente que la mayoría de los teólogos y filósofos.

Al juzgar estas enseñanzas de Orígenes debemos recordar que la doctrina ortodoxa no se había definido aún y por tanto no había una norma reconocida por medio de la cual poder medirla. Muchos de estos puntos no son claramente expuestos en el Nuevo Testamento. Por otro lado las religiones orientales estaban de moda y su influencia sutil se hacía sentir

en todas las clases sociales. Isis, Marmo, etc. eran dioses ya más populares aún que los mismos del panteón romano. Si bien la iglesia cristiana supo rechazar algunos de los errores de estas doctrinas, otros se incorporaron en su sistema monástico y quedaron como partes integrantes del cristianismo histórico hasta el tiempo de la reforma. Pero a pesar de haberse dejado enredar en estos sistemas erróneos no podemos menos que reconocer a Orígenes como nuestro hermano por la sencillez y la sinceridad de su fe en Cristo como Redentor.

Aunque había sido expulsado de Alejandría por sus herejías vivió en paz muchos años en Antioquía. Conforme fué envejeciendo, parece que olvidó sus opiniones especiales que lo separaron del partido ortodoxo, sumergiéndose en el estudio de la Biblia, y bajo este punto de vista sus esfuerzos son colosales. Hasta su tiempo, el estudio del hebreo entre los cristianos había sido desatendido. Ya tenía cierta edad cuando empezó el estudio de esta lengua. La traducción griega de la Biblia que se usaba entre los cristianos de entonces se llamaba "de los Setenta". Es muy desigual y no da a veces el sentido primitivo; ni siquiera está de acuerdo consigo misma, porque unos manuscritos dicen una cosa y otros otra. Para hacer más claro el sentido del original, Orígenes compuso su obra más conocida que se llama la Héxapla. Tiene seis columnas: en la primera está el hebreo del Antiguo Testamento; en la segunda, el hebreo escrito en letras griegas; en las otras cuatro, cuatro variaciones de la traducción usada entonces. Esta es la primera obra de su clase, y Orígenes con justicia, puede llamarse padre de la crítica bíblica.

Aunque Orígenes había visto a su padre morir por causa de su fe, y aunque él mismo fué molestado algunas veces por la misma causa, casi se puede decir

que vivió hasta los sesenta y cinco años, sin haber visto una persecución fuerte y general de la iglesia cristiana. El período de su vida es un período de tranquilidad y crecimiento para la iglesia. Algunos de los emperadores fueron hasta amigos del Evangelio, como Alejandro Severo (222-235) que puso una imagen de Cristo entre las de otros sabios, en el templo de su palacio. También el emperador Filipo y la emperatriz se mostraron a los cristianos bastante amigables, y algunos aseguran que aceptaron la religión cristiana. Esto parece poco probable, mas sí es cierto que Orígenes les escribió muchas cartas explicando el cristianismo, y que ellos no recibieron mal sus argumentos.

Pero en el año 249, Decio levantó una revolución con éxito contra Filipo, y como éste se había mostrado amigo de los cristianos, y creyendo Decio que los cristianos eran partidarios de Filipo, empezó una persecución formidable. Ser cristiano bastaba para ser condenado a muerte. Ordenóse que se procediera a hacer minuciosas investigaciones acerca de todos los sospechosos, y comenzando en Roma, la persecución se fué extendiendo por todo el Imperio. Muchas personas que habían abrazado la causa del cristianismo en tiempos de paz y tranquilidad no tuvieron valor de morir por su fe y regresaron al paganismo. Cipriano, obispo de Cartago, describe la corrupción en que había caído la iglesia así, "El Señor ha querido probar a los suyos. La regla divina de conducta había sido corrompida por tan larga paz y fué preciso un severo juicio de Dios para despertar nuestra fe vacilante; cada uno procuraba aumentar su fortuna; los fieles murmuraban unos de otros; se celebraban matrimonios mixtos. Los sacerdotes y los ministros no poseían ya, ni piadosa abnegación, ni sana doctrina, ni caridad, ni disciplina". Muchos negaron a Cristo,

pero Orígenes con un gran número de verdaderos cristianos fué de otro carácter. Después de haber hecho una valiente profesión de fe, fué encerrado en una mazmorra y cargado de hierros. Le ataron una cadena al cuello, pusieron sus pies en el cepo y para mayor crueldad, le obligaron a tener las piernas abiertas, posición agravada por los tormentos que imaginaban sus verdugos, amenazándole a menudo con quemarle vivo, si no abjuraba. Si bien es cierto que salió vivo de este lugar, los padecimientos que sufrió precipitaron su muerte, ocurrida en el año 254 a la edad de sesenta y nueve años.

En el siglo tercero vivieron muchos cristianos distinguidos, pero ninguno como Orígenes descubrió tantos nuevos horizontes en los varios ramos de la teología cristiana, y ninguno representa tanto en su vida lo mejor del cristianismo de este siglo. Así queda él en la Historia como el representante de la época.

ATANASIO

296 - 373

SIGLO IV

ATANASIO

Y LA CONTROVERSIA CRISTOLOGICA

Para poder tener un fondo en qué pintar el cuadro de Atanasio, cristiano típico del cuarto siglo, sigamos nuestra crónica narrando los acontecimientos del siglo tercero después de la muerte de Orígenes en 254.

Los diez años, entre el 250 y el 260, fueron de fuerte persecución para la Iglesia Cristiana, pero desde entonces ella gozó de paz por espacio de una generación. Este lapso fué un tiempo de crecimiento en influencia y número de creyentes.

En el año 284 Diocleciano vino a tomar el mando como emperador. El no mostró ninguna hostilidad contra la iglesia al principiar su reinado. Prisca su esposa y Valeria su hija eran cristianas. En el ejército y en el gobierno había ya muchos iniciados en esta fe.

Los templos ya no alcanzaban para las personas que querían asistir a las ceremonias cristianas y había que hacer nuevos y más grandes. Pero la fe y la caridad de las iglesias, como sucede casi siempre, cuando hay prosperidad material, disminuyeron. Dice Eusebio: "Nos envidiábamos unos a otros y nos insultábamos recíprocamente; nos hacíamos la guerra con palabras tan afiladas como dardos y lanzas, y en muchas ocasiones poco faltaba para que fuéramos a las manos. La hipocresía y la disimulación llegaban al colmo".

El partido pagano siempre existía, y celoso por el poder de los cristianos, esperaba una ocasión propicia para librarse definitivamente de ellos. Creyó ver esta ocasión cuando Galeno, enemigo acérrimo del cristianismo se casó con la hija del Emperador Diocleciano. Este último ya anciano y débil, persuadido por el yerno de que los cristianos formaban un peligro para el Imperio y el Gobierno, empezó a proceder con energía contra los que se profesaban discípulos de Cristo. El 23 de febrero de 303 empezó una terrible persecución, quemando biblias, destruyendo templos y matando creyentes. Todos los cristianos que ocupaban cargos en el estado debían abjurar so pena de degradación. Los demás perdieron sus derechos civiles, no pudiendo así presentar demanda de ninguna clase delante de los tribunales. Se autorizó el uso de la tortura en los interrogatorios. Un esclavo cristiano ya no podía comprar su libertad como había podido antes. La persecución fué tan generalizada que el remedio antes practicado de huir de un lugar a otro ya no podía librar a los cristianos esta vez. Todo el clero cristiano fué encarcelado, y todos los creyentes recibían orden de parte de la autoridad civil de entregar sus libros y de sacrificar a los dioses paganos. Como en semejantes ocasiones que se habían presentado anteriormente, muchos llamados cristianos tuvieron miedo de morir por Cristo, mientras otros sufrieron el martirio, gozosos de poder dar su vida por el nombre de su Salvador.

A los pocos meses de haber empezado la persecución, Diocleciano murió, quedando su yerno Galeno como Emperador en su lugar. Continuó la guerra de exterminio contra los cristianos con todo vigor por un tiempo aunque cesó en el Occidente después de tres años. En el Oriente al contrario los años 311 a 313 fueron los más sangrientos de todos. Una verdadera

multitud pereció allí entonces, fiel a Cristo hasta la muerte.

Atanasio nació en el año 296, probablemente en Alejandría. No sabemos nada de su familia ni de su juventud, aunque una tradición dice que el obispo Alejandro lo miró, imitando en su juego el rito del bautismo, y por esta razón, llamándole a su casa, lo tuvo consigo. Lo cierto es que Atanasio fué ordenado muy joven, y que cuando primero lo vemos, está en relaciones muy íntimas con Alejandro.

Podemos imaginar el gozo de nuestro héroe, como el de un joven de 16 años, cuando en el año 311, Galeno, bajo el peso de una terrible enfermedad, y viendo que era inútil perseguir más a los cristianos, publicó un edicto que firmó juntamente con Liciano y Constantino, poniendo fin a las persecuciones, y exigiendo de los cristianos que elevaran oraciones a su Dios por la prosperidad y el bienestar del imperio, en lugar de sacrificar a los dioses paganos.

Galeno no tardó en morir, y su sobrino Máximo Deza quedó como emperador. El determinó seguir las persecuciones; pero en 313 Liciano y Constantino vinieron al poder como emperadores. Ellos señalaron el principio de su reinado por ratificar el edicto de tolerancia y la última persecución de la iglesia cristiana por el imperio romano terminó.

En el año 324, Liciano murió y Constantino quedó como único emperador. Se dice que antes de cierta batalla él había tenido la visión de una cruz sobre la cual estaban las siguientes palabras: "Con esta enseña triunfarás" y que el mismo Cristo le decía que para salir victorioso, debía hacer sus estandartes en la forma de una cruz. Lo cierto es que esta enseña fué adoptada por los ejércitos de Constantino, y que cuando él quedó como único emperador, extendió la tolerancia de la iglesia, decretada en 313, en un patrona-

to de la misma que hizo del cristianismo la religión del estado. Hizo leyes protegiendo a los cristianos contra los judíos; reconoció el domingo como día feriado, prohibiendo todo negocio público en dicho día, y dió dinero de la tesorería nacional para edificar nuevos templos cristianos.

Mientras el cristianismo recibía estos favores del Estado, se desarrollaba en él mismo una situación crítica. En el año 318, el obispo Alejandro, padre espiritual de Atanasio, había predicado un sermón sobre la Trinidad. Un presbítero de Alejandría, llamado Arrio, había refutado las conclusiones del obispo en dicho sermón, y así comenzó una controversia que había de dividir la iglesia cristiana durante muchos años. Arrio conceptuaba al Hijo de Dios como una criatura sin algunos de los atributos de la Divinidad. El obispo se esforzó en convencer a Arrio de su error, pero con poco éxito. Después de tres años de argumentación, vió más bien que las ideas de éste eran recibidas por más personas cada día, y llamó un sínodo al cual concurrieron cien obispos, de Egipto y otras partes. Este sínodo excomulgó a Arrio, quien fué entonces a Palestina. La controversia fué más y más aguda.

Así, en el año 325, el emperador Constantino, que un año antes, había hecho del cristianismo la religión del estado, se vió obligado a llamar un concilio de toda la iglesia para determinar de una vez, cuál era la verdad con respecto a la naturaleza de Cristo, pues temía por el buen orden de su imperio si esto no fuera hecho. Trescientos veinte obispos vinieron a este concilio que se reunió en Nicea. También hubo gran número de diáconos, presbíteros y otros funcionarios eclesiásticos.

Atanasio asistía en compañía del anciano obispo Alejandro de Alejandría. De los muchos que tomaron

parte en la discusión, el joven diácono Atanasio, por su elocuencia, su conocimiento y su celo, luego fué reconocido como campeón de los opositores de Arrio. El resultado de ese concilio fué el credo siguiente: "Creemos en un solo Dios, Todopoderoso, Creador de todas las cosas visibles e invisibles, y en un Señor Jesucristo, Hijo unigénito de Dios y engendrado del Padre: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero; engendrado, no hecho, consubstancial al Padre; por quien todas las cosas fueron hechas, tanto en el cielo como en la tierra, el cual descendió de los cielos por nosotros los hombres y por nuestra salvación; se encarnó y habitó entre los hombres, sufrió y resucitó al tercer día, subió a los cielos de donde vendrá para juzgar a los vivos y a los muertos; y en el Espíritu Santo. En cuanto a los que afirman que hubo un tiempo en que no existió, y que antes de ser engendrado no era, y que el Hijo de Dios ha sido creado de la nada, o que es de otra esencia que el Padre, o que fuera creado, o que estuvo sujeto a la mutabilidad: a todos estos la iglesia católica los anatematiza".

Dieciciete obispos se negaron a aceptar la decisión de la mayoría, pero al saber que el emperador había dado su aprobación al credo, solo dos rehusaron aceptarlo. Este credo siempre ha llevado el nombre de Atanasio, siendo él, si no su autor, a lo menos su principal abogado.

No cabe duda que este credo expresa la verdad revelada en las Sagradas Escrituras mejor que las enseñanzas de Arrio. El cristianismo histórico siempre ha aceptado el credo de Nicea y ahora últimamente el 1600 aniversario de su promulgación sirvió como ocasión para la reunión del congreso más representa-

tivo de cristianos que ha habido desde la separación de Oriente y Occidente. (*).

Sin embargo tenemos que confesar que la manera de llevar a cabo este concilio no honraba siempre al Señor cuya deidad estaba tan celoso en defender y que si bien le debemos las gracias por haber definido la naturaleza metafísica de Cristo, siempre quedará en la historia manchado por haber a la vez excomulgado a todos los cristianos orientales por el simple hecho de no dejar de celebrar la Pascua de la Resurrección según el cómputo judío, pues los del concilio de Nicea habían adoptado la costumbre romana.

Poco después del concilio de Nicea, el obispo Alejandro mandó llamar a Atanasio. No encontrándose éste, otro del mismo nombre se presentó delante del obispo, pero sin hacerle caso, Alejandro repitió el nombre, diciendo: "Piensas escapar, pero esto no puede ser". Todos miraron en Atanasio el sucesor lógico de Alejandro y así fué elegido obispo de Alejandría por el pueblo y el clero, llegando a la edad de 30 años a ser uno de los eclesiásticos más poderosos del mundo.

Sus primeros años como obispo pasaron tranquilamente. El cristianismo había llegado a Abisinia, y Atanasio ordenó al primer obispo de esta región, que se llamaba Frumentio. Pero estos años de paz y trabajo positivo en la administración de su diócesis y de las misiones iban a terminar luego.

Los amigos de Arrio, poco después del concilio de Nicea, persuadieron al Emperador que aquel había cambiado en sus opiniones, y Constantino mandó a Atanasio que recibiese a Arrio otra vez en la comunión

(*) Este congreso se reunió en Estocolmo, Suecia, y todos los cuerpos cristianos fueron representados, menos la iglesia romana.

de la iglesia. Pero Atanasio rehusó. Tres años después el emperador le llamó a un concilio en Cesarea pero otra vez Atanasio se negó. Sus enemigos eran activos en este tiempo, acusándole de irregularidades eclesiásticas, y aún de homicidio; y al fin, en el año 335 fué depuesto de su cargo de obispo por un concilio en Tiro, como resultado de las intrigas de estos.

Desterrado de su amada Alejandría, se fué hasta Treves en lo que es ahora Francia, lejos de todo lo que había conocido hasta entonces.

Allí encontró buenos amigos entre los que ocupaban los puestos civiles y eclesiásticos, y siempre sabía de los acontecimientos en Alejandría por medio de cartas que sus amigos le mandaban. Arrio había sido admitido de nuevo a la comunión de la iglesia e iba a aprovechar su derecho por primera vez después de su excomunión, cuando murió repentinamente.

El Emperador también murió a los dos años de haber quitado a Atanasio su puesto, o sea en el año 337.

El había establecido el cristianismo como religión del estado, pero siempre había buscado la manera "de servir a Dios de una manera tal que no desagradara al diablo". Siempre había retenido el título, y ejercido los oficios del pagano Pontifex Maximus. Mató a su hijo y a su esposa, y nunca fué recibido definitivamente como miembro de la iglesia, sino hasta un poco antes de su muerte, cuando fué bautizado. Por supuesto un hombre de esta índole, aunque hubiera tenido mil visiones de una cruz, tenía que ejercer una influencia degeneradora sobre la iglesia, "protegiéndola" y mezclándose en sus asuntos.

Al morir Constantino, su hijo Constancio ascendió al trono imperial en el Oriente. El restituyó el obispado de Alejandría a Atanasio, quien fué recibido con júbilo por el clero y el pueblo. Pero no había

de quedar en Alejandría más que dos años esta vez. Las intrigas en contra de él y en pro del arrianismo siguieron y fué destituído de su puesto de nuevo en 339 y tuvo que irse a Roma, donde quedó varios años.

Atanasio era ascético. La iglesia romana no se había interesado en el ascetismo todavía. Pero teniendo mucha confianza en Atanasio por su fe ortodoxa en la doctrina de la Trinidad, le escucharon con simpatía cuando abogaba por el ascetismo. Así es que él puede considerase como padre del sistema monástico que después echó tan fuertes raíces en Europa.

No podemos seguir todos los detalles de la lucha entre los arrianos y los ortodoxos en estos años. Es una historia poco edificante. Basta decir que en el año 346 Atanasio recibió su obispado otra vez y que desempeñó sus funciones como obispo hasta el año 355, cuando los partidarios de Arrio, teniendo el poder otra vez lo quitaron y lo desterraron. Pasó seis años en el desierto de Egipto, meditando y escribiendo sus obras teológicas más importantes.

En el año 361 ascendió al trono un nuevo emperador que se llamó Juliano. No era cristiano, aunque había sido educado en la fe cristiana. Le gustaban los ritos de los paganos tanto más, porque se consideró víctima de la persecución de los cristianos. Se propuso como objeto principal de su gobierno, el restablecer la religión pagana y el suprimir el cristianismo. Abrió los templos paganos ya cerrados, y mejoró los decaídos; quitó la enseña de la cruz de los estandartes, y de los edificios públicos. Hizo otra vez de la religión pagana, la del estado. Con el deseo de provocar las disenciones en la iglesia cristiana, hizo volver a todos los obispos desterrados por su predecesor. Así fué que por un emperador pagano, Atanasio fué llamado de su retiro, y puesto otra vez a la cabeza de la iglesia de Alejandría.

El empezó desde luego a trabajar para la unidad de los cristianos ante el paganismo renaciente. Estaba logrando su objeto y en esta hora de crisis toda la iglesia miraba hacia Atanasio, como el que había de unirla y fortificarla para la lucha contra sus enemigos. Lejos de retroceder, Atanasio pudo ver algunos de los pocos paganos que habían quedado en Alejandría recibiendo el bautismo cristiano a pesar de la oposición del emperador. Este, viendo un peligro para sus planes en Atanasio, le quitó de nuevo de su puesto, después de que lo había ocupado sólo ocho meses. Los esfuerzos de Juliano para destruir la religión cristiana fueron vanos, y después de un corto reinado, él murió en una batalla contra los persas, diciendo, según cuenta la tradición: "Oh Galileo, tú has vencido".

El emperador siguiente recibió el cristianismo, y puso a Atanasio otra vez en su puesto de obispo de Alejandría. Quedó tres años esta vez, pero en 366 fué desterrado de nuevo, para regresar después de unos meses a ocupar su puesto hasta su muerte en 373. Cinco veces su obispado le había sido quitado, y cinco veces restituído.

En su vida vemos reflejado como en un espejo, el siglo IV. En su juventud había visto las persecuciones más fuertes contra los cristianos y los muchos que murieron antes de sacrificar a los dioses paganos. Sin embargo, en su vejez casi alcanzó el decreto de Teodoro, que perseguía el paganismo con el mismo rigor que éste había usado contra el cristianismo 75 años antes. Casi no hay acontecimiento histórico de importancia en este siglo, en el cual él no toma parte.

Era una edad en que el cristianismo se volvía más y más cosa de creencia y no de fe y vida, y él en el espíritu de su siglo luchaba con toda la energía de su sér para conservar la creencia verdadera. En

este sentido es uno de los más grandes héroes del cristianismo en cuya herencia los cristianos de todos los siglos desde entonces hemos entrado.

SAN AGUSTIN

354 - 430

SIGLO V

AGUSTIN
Y LA CONTROVERSIA PELAGIANA

Mientras Atanasio luchaba aún con los arrianos, nació en Tagaste, Numidia, (Africa del Norte) en el año 354, un niño a quien sus padres le pusieron el nombre de Agustín. Su padre, Patricio, era aún pagano cuando su hijo nació, mas su madre Mónica era cristiana, una creyente cuya devoción, paciencia y oración constante por su esposo y su hijo le han señalado como un modelo de santidad femenil en todos los siglos.

En sus "Confesiones" escritas cuando ya había entrado en cierta edad, Agustín nos da muchos detalles de su juventud. Dice que aunque no recuerda su niñez, sabe que lloró, que mamó, que sonrió y que creció. Llegó el tiempo en que tenía que ir a la escuela y se fué. Le gustaba jugar más con los otros niños que dedicarse a sus estudios. Dice que muchas veces pedía a Dios que evitara que el maestro le pegase, y cuando no se lo concedió, se maravilló de que Dios no tuviera misericordia de él; olvidando que él mismo tenía el remedio en la mano con aplicarse a sus tareas.

También nos cuenta que a los doce años le acometió una grave enfermedad, que le llevó al borde del sepulcro, y que viendo el inminente peligro de morirse, quiso recibir el bautismo, creyendo que si se muriera sin él, sería para condenarse. Pasado el peligro de la enfermedad, pasó también el deseo del bautismo.

Recuerda como a los 16 años con otros compañeros robó el peral de un vecino, no tanto por comer

las peras sino más bien por molestar al dueño. En este hecho reconoce su naturaleza propensa al mal. En este mismo año, el décimo sexto de su vida, se fué a Cartago, en Africa, con objeto de estudiar la Retórica.

Cuando tenía 17 años su padre murió. Este había aceptado la religión cristiana como catecúmeno hacia dos años y fué bautizado unos momentos antes de morir. Agustín estando en la flor de su juventud y sin una fe viva en Dios, se entregó a gozar "la gran vida" dando rienda suelta a sus pasiones.

A los 19 años, todavía estudiante, leyó por casualidad una obra de Cicerón, llamada "Hortensius". Este libro que exhorta a una búsqueda seria de la verdad, hizo volver los sentimientos de Agustín de las vanidades del mundo a un estudio serio de los problemas de la existencia.

Empezó a leer la Biblia, pero no encontró en ella en esta época lo que anhelaba. Las Escrituras le parecían por una parte demasiado sencillas, y por otra, demasiado obscuras. Pensaba que contenían buenos cuentos para niños, pero nada útil para el hombre de inclinaciones filosóficas.

Siempre en busca de la verdad se dirigió a la secta de los maniqueos, que le llamaron mucho la atención por sus interpretaciones aparentemente profundas de las verdades sencillas de la Biblia. Se consideraban los elegidos de Dios. En ellos se nota en una forma extrema la síntesis del cristianismo con las religiones orientales, ya explicada en el capítulo sobre Orígenes. Para dar una idea de sus extravagancias puede citarse lo siguiente: decían que la Divinidad está presa en lo material. Un higo, por ejemplo, puede tener multitud de ángeles aprisionados en él. Si lo come una persona cualquiera, los ángeles quedarán siempre encerrados en la materia, pero si al-

gún miembro de la secta de los maniqueos comiera el higo, libra por este hecho a los ángeles encarcelados, quienes salen al aire en su respiración.

La madre de Agustín que en este tiempo estaba en Cartago con su hijo, se horrorizó de que este hubiera aceptado semejantes ideas. Se fué a hablar con un predicador cristiano de su confianza, esperando que él pudiera convencer a Agustín del error de las doctrinas que había aceptado. El sabio pastor le contestó que sería mejor dejar a su hijo sin hablarle mucho, porque estando lleno su pensamiento acerca de las nuevas ideas, la controversia sería sólo para asegurarle más en ellas; que continuara ella orando por él y que al fin tendría que dejar sus errores, porque vería que no le ofrecían la paz de su alma.

Así sucedió. Se suscitaron cuestiones y dificultades en el maniqueísmo que Agustín no pudo resolver. Comunicando sus dudas a otros adeptos de la secta, tampoco ellos supieron disiparlas. Sin embargo no se retiró de esa creencia, esperando una oportunidad de hablar con el afamado obispo de la secta maniquea, un tal Fausto.

Pasaron unos diez años, durante los cuales Agustín terminó sus estudios en Cartago y empezó a ejercer su profesión de profesor de Retórica. La muerte de un amigo íntimo, también maniqueo, pero quien a la hora de la muerte regresó al cristianismo católico, sirvió para quebrantar aún más su fe en esa doctrina.

Más o menos a la edad de 25 años, con miras de mejorar su situación económica, Agustín dejó la ciudad de Cartago y se fué a establecer a Roma. Allí daba clases de Retórica como había hecho en Cartago. Pero le iba mal y después de algún tiempo se fué a Milano, donde ejerció la misma profesión de antes. También se interesó mucho en este tiempo por

el estudio de la filosofía griega, especialmente la platónica, de donde se convenció del error de los maniqueos y se separó de ellos definitivamente.

Estaba en Milano entonces el gran predicador cristiano, Ambrosio. Agustín empezó a oír sus predicaciones. Al principio su interés era el de juzgar su estilo, y como profesor de Retórica, aprovechar lo que el gran orador cristiano le podía enseñar de su arte. Pero poco a poco el interés de Agustín cambió. Ya no era tanto la manera de hablar de Ambrosio en lo que se fijó, sino en el contenido de sus discursos. Empezó a buscar una base firme para su fe, ya que el maniqueísmo no le había satisfecho. Movido por las predicaciones de Ambrosio, determinó estudiar las Sagradas Escrituras de nuevo y compró una copia de la Epístola a los Romanos.

Un poco después un amigo lo vino a visitar y viendo esta epístola sobre la mesa, empezó a hablar del Evangelio y del nuevo movimiento iniciado por algunos cristianos para unirse en comunidades, a fin de meditar en las cosas divinas y de dedicar sus vidas enteramente al servicio de su Señor. Dijo también cómo algunos de sus propios amigos acababan de dejar puestos de importancia en la corte del emperador para entregarse al servicio de Dios de esta manera. Contó también que las prometidas de estos jóvenes habían seguido su ejemplo dedicando su virginidad al mismo servicio de Dios.

Agustín nunca antes había oído semejante cosa. Como hemos dicho ya, el ascetismo no había sido introducido en Italia sino hasta la venida de Atanasio, y las congregaciones monásticas estaban todavía en sus principios en la época que describimos.

Poderosamente conmovido Agustín por la historia que su amigo le relató, se fué a su jardín donde luchaba consigo mismo como en una agonía. No que-

ría dejar sus malas costumbres, pero no tenía paz tampoco en seguirlas. Su principal lucha era contra el pecado de la fornicación. No podía pensar en dejarlo. Era más duro aún porque con las nuevas ideas que su amigo le había infundido, le pareció que al entregarse al servicio de Dios debía seguir la vida del celibato. Tiró de sus cabellos, se echó en tierra, lloró. Al fin, en un rincón del jardín bajo una higuera, decía: "Mañana me voy a entregar al Señor". Pero una voz interna que pensaba ser la de Dios, le contestaba; "¿Y por qué no ahora?" Mientras que aún luchaba, oyó de repente una voz como de un niño en el sitio próximo a su jardín, que cantaba: "Toma, lee". Conceptuando esta voz como un mandamiento divino, se levantó y entró en la casa, y tomando la epístola que estaba sobre su mesa la abrió a la suerte. Las primeras palabras que vio eran las de Pablo a los Romanos 13:13 y 14: "No en glotonerías y borracheras, no en lechos y disoluciones, no en pendencias y envidia, mas vestíos del Señor Jesucristo y no penséis en la carne para cumplir sus deseos".

Agustín dice: "No quise leer más, ni había necesidad, porque luego al terminar este versículo y como si fuera mi corazón inundado por la luz de paz, todas las tinieblas de la duda desaparecieron para no volver jamás". Comunicó su gozo a su amigo Alipio, el cual juntamente con Agustín dedicó su vida al servicio de Cristo. Acabándose su contrato como profesor de Retórica, no procuró renovarlo. Fué al campo, a la finca de un amigo, donde quedó algún tiempo y después recibió el bautismo juntamente con su amigo Alipio y un hijo suyo, fruto de sus amores ilícitos.

La madre de Agustín se llenó de gozo inmenso al ver este cambio en el corazón de su hijo. Mientras que éste era todavía pequeño, todo el deseo de ella había sido el de ver a su esposo convertido al cristianis-

mo. Dios le había concedido su petición como hemos ya visto. Pero siempre le había quedado la pena de ver a su hijo, que amaba más que a su propia vida, lejos del redil de Cristo. Había continuado en oración paciente y fué inquebrantable, pidiendo a Dios la conversión de Agustín que al fin se verificó. Realizada esta conversión su mayor placer consistía en conversar con él de las cosas divinas, y un día, poco después del acontecimiento referido, a continuación de una de estas pláticas, se indispuso mucho y después de una corta enfermedad sucumbió. Parecía que ya no tenía para qué vivir habiendo logrado el objeto de sus oraciones.

Agustín quedó algún tiempo en compañía de unos amigos, retirado de la vida activa, bajo un régimen semejante al monástico, pero sin hacer votos, ni sujetarse a reglas fijas. Al fin el obispo Valerio de Hipona lo llamó, pues quería ordenarlo como presbítero. Agustín no quiso, pensando que los pecados de su juventud eran tantos que le descalificaban, pero al fin, obedeciendo el gran deseo del obispo y de todos los cristianos de aquel lugar del Africa, consintió y fué ordenado. Poco después, habiendo muerto Valerio, Agustín le sucedió como Obispo de Hipona.

Eran aquellos unos tiempos en que la religión cristiana estaba amenazada todavía por las herejías de los que querían tener el nombre de cristianos, pero sin hacer caso de algunos principios fundamentales que la Sagrada Escritura fija como necesarios para este sistema. Hemos visto ya a los maniqueos y cómo Agustín salió de sus errores. Después de convertirse éste al verdadero cristianismo, no dejó de predicar y de escribir libros en contra de aquellos. También en su tiempo se levantaron otras dos sectas; la donatista y la pelagiana.

La primera tal vez tenía más razón que la iglesia

católica, a la cual representó Agustín, aunque ahora las dos parecen bastante equivocadas.

Los donatistas exigían una disciplina más estricta que los católicos, y aseguraban que el bautismo de un sacerdote indigno no valía. También ellos eran de opinión que le estado no se mezclara en cosas de religión. Habían bastantes de esta secta en Hipona y sus luchas con los católicos crecieron a tal punto, que el obispo de los donatistas prohibió a sus miembros, vender pan u otras cosas a los creyentes católicos. Agustín escribió muchos libros para convencerlos, y al fin se arregló un gran debate entre 286 obispos católicos y 279 obispos donatistas. Agustín era el principal orador de los católicos y Petileano de los donatistas. La cuestión principal era, si en la parábola del "Trigo y la Zizaña" de Jesús, el "campo" era todo el mundo como decían los donatistas, o si era solamente la Iglesia, como los católicos sostenían. El resultado fué una victoria para los católicos y un concepto de la Iglesia más material y menos espiritual que el que los donatistas tenían, y también una disciplina menos estricta. Agustín que había comenzado esta controversia en un espíritu de amor y tolerancia, mas al ver que no se convencían sus adversarios por sus razones, se acordó de las palabras de Jesús que se refieren a obligarlos a entrar y, pena nos da relatarlo, se valió del brazo poderoso del estado para hacer de los donatistas miembros de la iglesia católica.

En la controversia que Agustín tuvo con Pelagio nos sentimos más de acuerdo con él, y le damos las gracias por sus esfuerzos en pro de la doctrina pura y sin mácula.

Pelagio era un monje de Inglaterra, hombre honrado que siempre había vivido una vida muy tranquila y muy moral, sin conocer como Agustín las espesas tinieblas del pecado, y sin que, como éste, tuviera que

sostener luchas para entrar en la vida cristiana. El representaba la opinión de que el hombre por su propio esfuerzo puede cumplir con la ley de Dios y alcanzar la vida eterna. Para él la culpa de Adán no alcanza a sus descendientes, sino que cada hombre al nacer tiene la misma oportunidad que Adán había tenido para cumplir la ley de Dios en toda su extensión, y creía que antes y después de Cristo, había habido bastanes hombres perfectos. Como en todas las controversias, muchos tomaron parte en pro y muchos en contra de la nueva opinión. Unos concilios y sínodos la aprobaron y otros la condenaron.

No tenemos lugar para seguir la controversia en todos sus detalles. Basta decir que Agustín fué el que más que ningún otro, supo contestar las doctrinas erróneas de Pelagio. Agustín como Pablo, había sentido que sólo la gracia de Dios había obrado su conversión y mientras que Pelagio se maravillaba de la dignidad y poder del hombre, Agustín adoraba la omnipotencia y gloria de Dios. Pelagio tenía una mente clara pero era demasiado racionalista, careciendo de la experiencia y sabiduría más profundas que viene de un contacto personal con la gracia de Dios, obrando en la vida y haciendo nacer la nueva criatura en Cristo.

La Iglesia quedó convencida por Agustín, y así teóricamente, a lo menos, aceptó como su doctrina la salvación por la gracia y no por las buenas obras. Una ironía de la historia es que la misma Iglesia que entonces rechazaba la salvación por las buenas obras volvió, después a hacerla una parte de su doctrina, aunque en otra forma.

Esta es la última de las controversias doctrinales en la Iglesia de Occidente. La Iglesia se había orientado, definiendo la doctrina cristiana hacia estos erro-

res, pero muchas otras nuevas cosas, extrañas al cristianismo de Jesús habían entrado en ella ocultamente.

El obispo de Roma hasta esta época, había sido considerado como un obispo cualquiera, pero de ahora en adelante, se le arroga más y más importancia, especialmente en el Occidente. Cerca del año 400 da su primer decreto en concepto de obispo supremo, y este fué el de prohibir al clero el matrimonio. Los monasterios empezaron a ocupar un lugar principal en la vida de la Iglesia. También empieza el culto a María, pero de una manera no muy pronunciada. Pelagio considera a María como perfecta, y aún Agustín dice que ella es sin otra mancha que la del pecado original.

Es cierto que al leer la vida de Agustín, vemos que en varios puntos este sabio está bastante lejos del cristianismo de Jesús. Pero en su experiencia y en lo más importante de su doctrina, vemos a un cristiano verdadero, a un hermano nuestro en la fe de Jesucristo. Sin peligro de exagerar podemos decir que él es el cristiano más insigne que hay entre el Apóstol Pablo y los grandes reformadores del siglo dieciséis. (*).

Este fiel siervo de Dios murió en el año 430. Los primeros treinta años de su existencia, vivió para sí mismo; los últimos cuarenta, para Cristo, dejando una memoria imperecedera que ha inspirado a multitudes a una nueva vida en su Señor en todos los siglos desde su época.

(*) Los restos mortales de San Agustín se guardan en un hermoso sarcófago en la Iglesia de S. Pietro in Ciel d'Oro en Pavía cerca de Milano.

GREGORIO I "EL GRANDE"

540 - 604

SIGLO VI

GREGORIO EL GRANDE: PRINCIPIO DE LA SUPREMACIA ROMANA

Desde la muerte de Agustín en el año 430 hasta el nacimiento de Gregorio en el año 540, hay más de un siglo; un siglo de caos político y de corrupción creciente en la Iglesia. Fué entonces cuando vinieron los godos y los vándalos de sus hogares en el norte helado, innudando a Europa y al Africa del norte cual un diluvio. El Imperio Romano acostumbrado al lujo y a la comodidad, y degenerado por el vicio, no pudo oponer resistencia efectiva a estas hordas de bárbaros. Ya en el año 410 la ciudad de Roma, la reina del mundo hasta entonces, fué saqueada por Alarico. Los bárbaros establecieron sus reinos en Francia, España y Africa. El imperio romano se hacía más pequeño cada día. En el año 455 los vándalos saquearon a Roma por segunda vez, y en 476 el alemán Odoacre tomó el gobierno, aboliendo hasta el título de emperador.

Mientras que el Imperio Romano se desmoronaba, la iglesia cristiana aumentaba su influencia constantemente. Muchos de los bárbaros habían sido ya convertidos al cristianismo y por lo tanto respetaban los templos y sacerdotes cristianos, y sobre todo al obispo de Roma. Aún los bárbaros paganos guardaban cierto respeto ante el papa. Se ve por ejemplo que a súplicas del papa León I (440-461) el huno Atila desistió de su plan de tomar la ciudad de Roma. Aunque este papa no pudo evitar ya el mencionado sa-

queo de la ciudad por los vándalos en 455, sí logró que se perdonasen las vidas de sus habitantes.

Pero no sólo aumentaba la iglesia su poder sobre las tribus semisalvajes que devastaron a Europa en esta época, sino también sobre los mismos habitantes de Italia. Los siglos de propaganda empezaban a llevar su fruto. Las creencias y prácticas paganas se iban extinguiendo, y el pueblo se volvía hacia el cristianismo. El año 404 fué testigo de la última lucha de gladiadores, (*) cuando un monje cristiano con un crucifijo en la mano corrió entre los combatientes llamándoles a pensar en el amor de Cristo y a desistir de práctica tan brutal. Los gladiadores mataron sin misericordia al monje, pero nunca después hubo otro combate gladiatorio en Roma.

La filosofía pagana decaía no tanto por ser probada falsa por los apologistas cristianos, como porque no traía a los hombres ningún mensaje dominante en medio de los trastornos de la época. La necesidad que se hacía sentir no era de meditaciones abstractas sobre la naturaleza y fin del hombre, sino de seguridad y consolación. En el "Así dice Jehová" de la iglesia cristiana encontraron los hombres de entonces la paz para sus atribuladas almas.

Pero la misma iglesia que dominaba más y más a los habitantes del imperio romano y a los bárbaros que iban venciendo a estos, seguía alejándose, lenta, más seguramente, de su Señor. Algunos ejemplos bastarán para mostrar las tendencias de la época.

(*) Los gladiadores eran hombres enseñados a luchar entre sí con espada, red u otro instrumento en la arena pública para la diversión del pueblo. Por lo general el gladiador vencido perdía la vida. Los cristianos desde el principio habían protestado contra estos juegos brutales y persuadieron a Constantino a que decretara su abolición en 325. Mas como vivían en el sentimiento popular no se logró su supresión definitiva sino hasta el año señalado en el texto.

La antigua costumbre de rogar a Dios por los santos y mártires que iban a ser probados por el nombre de su Señor se cambiaba por la de orar a ellos. Cada año se celebraba con más animación y se daba más importancia a las fiestas religiosas como la Navidad, la Epifanía, la Pascua de la Resurrección, etc.... La manera de celebrar el culto también se modificaba. La sencillez de la Santa Cena dió lugar poco a poco a la celebración de la misa. La virgen María empieza a asumir cierta importancia desconocida antes en la historia de la iglesia. Fué en este siglo cuando por primera vez surgió la opinión de su virginidad perpetua. También en este siglo comienza el uso de las imágenes en las iglesias.

Esta costumbre se propagó con mucha dificultad. La mayoría de los eclesiásticos no querían admitirla, pero el pueblo acostumbrado al uso de imágenes en el paganismo, no podía desprenderse de ellas, y el clero, mayormente en el oriente, cedía al fin al clamor de la muchedumbre, bautizándo las imágenes paganas con nombres cristianos. En este tiempo también se instituyó la confesión privada y fué designado un sacerdote para oír de los fieles sus pecados e imponerles penitencias. Esta costumbre tampoco ganó popularidad muy luego por los muchos abusos que se unieron a ella.

La controversia sobre la naturaleza de Cristo había seguido, y en el año 451 se reunió un concilio en Calcedonia que definió la divinidad verdadera y la humanidad verdadera de Jesús, y que afirmaba que estos dos elementos existían en él "sin entremezcladura, sin trasmitación, sin división ni separación".

En la organización eclesiástica vemos que el desarrollo comenzado anteriormente sigue sin interrupción. Todavía el obispo era elegido por los miembros de sus diócesis. León I. dijo: "Aquel que debe ser

colocado por encima de todos, debe de ser elegido por todos'', y así era. La iglesia de Roma no era reconocida todavía como suprema en el oriente. El obispo de Roma era considerado como un patriarca a la par del obispo de Jerusalén, Antioquía, etc. Pero esto no les gustó a los obispos de Roma. Ellos reclamaron que la iglesia de Roma era apostólica en su origen y que todas las iglesias del occidente no eran más que ramas de ella. Las iglesias orientales no negaron que la iglesia de Roma fuera apostólica, pero sí negaron que el obispo de Roma tuviera derecho de mandar a los otros obispos. Pero León I, insistió en los derechos de los obispos de Roma como sucesores de San Pedro, y citó todos los pasajes de la Biblia que hablan de Pedro como jefe e interlocutor de los apóstoles en sus relaciones con Cristo. Pero de más importancia que sus reclamos fué la sabiduría con que manejó los asuntos de la iglesia, tomando para ella funciones que el imperio romano había tenido, y sugestionando y dirigiendo el mundo cristiano de entonces.

Es de notarse en este tiempo, como hecho representativo de la época, la conversión de Clodoveo y los francos.

Este era un rey pagano, mas casado con una princesa cristiana, quien le invitaba con paciencia y constancia a abrazar su religión. El hacía caso omiso de sus ruegos, mas en una batalla que se libró entre los francos y los alemanes, estos últimos iban de triunfo, y Clodoveo se veía en peligro de perder no sólo su reino, mas su misma vida. Entonces recordando las exhortaciones de su esposa ofreció al Dios de los cristianos que si le concedía la victoria en esa batalla, le reconocería y le seguiría. Fué así en efecto, pues de repente hubo un cambio en el desarrollo de la batalla que favoreció a Clodoveo y los francos

derrotaron al enemigo. Fiel a su promesa Clodoveo se fué a la ciudad de Reims donde fué bautizado con tres mil de sus soldados en la Noche Buena de 496.

Se comprende fácilmente que acontecimientos de esta naturaleza si bien ganaron muchos prosélitos para la religión cristiana, no dejaban de tener también efectos bastante lamentables para la misma, pues dieron lugar a que muchísimas personas no plenamente convencidas de la verdad de Cristo, abrazaran una causa a la cual las conveniencias o aún la misma fuerza bruta las hacía pertenecer. Esto dió por resultado inmediato que los bárbaros aportaron a la religión cristiana, costumbres paganas. Se ve por esta circunstancia que se facilitaría la costumbre de adorar imágenes, de comprar obispados al rey y la corrupción moral tanto del clero como del pueblo.

Mientras este caos reinaba en el Occidente, el Imperio del Oriente, con su capital en Constantinopla, seguía su existencia, pues aunque tenía que luchar también contra los bárbaros, supo mantener sus posesiones y su independencia, debido indudablemente a que sus emperadores fueron unos hombres de mucha astucia en la política. Entre estos merece especial distinción, Justiniano, que reinó desde el año 527 a 565. Codificó todas las leyes romanas, guardándolas así para la posteridad, a lo cual se debe que se le ha llamado "Legislador de la Civilización". Su general Belisario supo rechazar los ataques e incursiones en su reino, manteniendo así la integridad territorial.

Así se presentaba la situación en el estado y en la iglesia, cuando nació Gregorio en el año 540. Pertenecía a una familia cristiana de Roma, siendo bisnieto del papa Féliz II. Heredó muchos bienes por ser vástago de una familia rica y noble. Sus padres dispusieron prepararle para la carrera política. Obediente a sus deseos hizo sus estudios con este fin y efectivamente llegó a ser senador y después, en el

año 575, prefecto de la ciudad de Roma. Pero como la vida política no le gustó, se retiró de ella, empleando todas sus riquezas para fundar monasterios de los cuales dejó establecidos no menos de seis en la isla de Sicilia y uno en la misma Roma. En este último, el famoso monasterio de San Andrés, el mismo Gregorio entró tomando los votos y viviendo la vida tranquila de un monje. Tenía entonces 35 años. Pero no iba a continuar esta clase de vida mucho tiempo. A los pocos meses de haber entrado en el monasterio fué llamado (en 579) por el papa de entonces Pelagio II, para desempeñar una misión delicadísima yendo como representante de éste ante la corte del emperador de Constantinopla. Había de durar en este puesto siete años. Mostraba un respeto casi servil ante el emperador pero era a la vez muy firme en sostener los derechos de la iglesia romana, quedando como resultado de sus gestiones que el mismo emperador concedía muchos derechos al papa y las relaciones entre ambos llegaron a ser de las más cordiales.

En el año 586 Gregorio volvió a Roma y fué hecho abad de su monasterio. Era muy querido por los monjes a la vez que muy estricto en la disciplina. Se dedicó a estudios de las Sagradas Escrituras y durante este tiempo terminó su comentario sobre el libro de Job comenzando en Constantinopla, e hizo nuevos comentarios sobre Los Reyes, Los Profetas, Proverbios y Cantares.

En el año 590 el papa Pelagio II murió y Gregorio fué llamado a ocupar el puesto vacante. Fué el primer monje que había recibido esta honra y no la aceptó sin muchas vacilaciones. Aunque su reinado no dilató más que catorce años, ejercía el puesto con tanta habilidad que se le ha llamado el "Padre del Papa-

do", habiendo seguido éste durante mil años los principios generales asentados por él.

La lucha milenaria entre la iglesia y el estado era aguda en su tiempo. La religión cristiana había venido a ser la religión oficial de Francia, España e Italia, y todos estos países cayeron bajo la jurisdicción del obispo de Roma o sea el que actualmente se reconoce como papa. En el tiempo de Gregorio, el estado no dejaba a la Iglesia en libertad para elegir a sus propios obispos, y cuando moría uno de ellos, inmediatamente el rey vendía el obispado al que más dinero diera por él. Gregorio se opuso con toda su energía a esta práctica, y mientras vivió logró detenerla hasta cierto punto.

La controversia sobre quién era el obispo universal del cristianismo continuó en tiempo de Gregorio. Con verdadera o fingida humildad él se llamaba "el ministro de los ministros de Dios". En sus relaciones con las iglesias de Africa y las del oriente no pretendía el derecho de supervisión o autoridad. Mas cuando el obispo de Constantinopla reclamó para sí el título de obispo universal, Gregorio se opuso, lo grando desvanecer las pretensiones de éste. Creía que el obispo de Roma tenía derecho de corregir faltas y ejercitar autoridad sobre todas las iglesias y por su prudencia y firmeza en sostener esta doctrina ayudó mucho para establecer el absolutismo papal.

Gregorio se interesó mucho en las misiones. Se dice que su interés por éstas, vino del hecho siguiente: algún tiempo antes de ser elegido papa, de casualidad pasó por el mercado de los esclavos de Roma y vió unos cautivos de Inglaterra. Sus caras rubias y su pelo claro tan diferentes de los otros esclavos que venían de Grecia y de la Africa le llamaron la atención. y él para satisfacer su curiosidad, preguntó al que estaba vendiéndolos, de qué nación eran. El dueño le

dijo que eran anglos. "Ud. tiene razón", dijo Gregorio "porque tienen una cara angélica, y a los tales les conviene ser coherederos de los ángeles de los cielos". No mucho después Gregorio fué elegido papa y no olvidó a los esclavos de Inglaterra, sino mandó a un sacerdote llamado Agustín, con unos cuarenta monjes más a Inglaterra para enseñar la fe cristiana en 596.

Los ingleses recibieron a los monjes con favor, escuchando atentamente la historia que los misioneros les narraban, y habiéndo sido convencidos de la verdad de ella, quemaron los templos de Woden y Tor, y fueron muchos bautizados. El camino había sido preparado por Berta, esposa del rey Kent, que era cristiana.

Es de advertir que esta conversión solamente se operó en el reino mencionado, quedando el resto de la Inglaterra anglosajona, en su primitivo estado de paganismo.

También por este tiempo entraron unos misioneros a Alemania, pero fueron perseguidos y tuvieron que dejar de trabajar allí.

Las misiones de estos tiempos son diferentes de las primeras de la iglesia cristiana. En la época a que nos referimos, los misioneros buscaban la conversión de la nación entera, convirtiendo primero al rey. También la conversión no consistía tanto en recibir a Cristo como salvador del pecado, sino en aceptar ciertas doctrinas y costumbres. También el cristianismo era entonces, sinónimo de la civilización. La iglesia tuvo que destruir las creencias y prácticas que halló y en su lugar puso ideas mejores. Donde antes había ignorancia, fundó escuelas, y donde habían costumbres bárbaras, las suprimió. Acerca de la esclavitud hemos de manifestar, que si no la abolió la Iglesia, por lo menos tuvo grande influencia en el mejoramiento de la condición del esclavo. Varios

grandes hombres cristianos, entre ellos Gregorio mismo, invirtieron muchísimo dinero para libertar esclavos.

Gregorio era un gran partidario de la enseñanza de la doctrina por medio del sermón, y no solamente él mismo era un gran predicador de la Palabra de Dios, sino que encarecía a todos sus subordinados, obispos y presbíteros el aprendizaje y práctica de la predicación. A este respecto destinó una obra llamada "Ayuda del Predicador" que escribió en esa época. Gregorio era también poeta y músico, y aunque no todo lo que se llama música gregoriana procede de él, no cabe duda que ejercía su influencia sobre la liturgia de la Iglesia Romana y que algunas partes de "El Oficio" en uso hoy día en la iglesia vienen de él.

En la administración de los bienes de las iglesias dejó establecido el principio que la cuarta parte de las entradas eran para el papa, otra cuarta parte para el clero que administraba, otra cuarta parte para los pobres y la que quedaba para reparaciones de los templos. El papado se había hecho de grandes extensiones de terreno en este tiempo y los arrendatarios no estaban conformes con las condiciones en que trabajaban. El talento de Gregorio logró que quedaran satisfechos los arrendatarios y a la vez que los terrenos produjeran mayores entradas para el papado, dinero que Gregorio usó principamente para socorrer a los pobres, pues guardaba la mayor sencillez y aun austeridad en la corte papal.

En general podemos decir del siglo sexto, que es un siglo en que el cristianismo fué corrompido aún más que antes, y en que la iglesia se levantó sobre las ruinas del imperio romano. Quedaba mucho de bueno en la iglesia todavía: Cristo era el centro como antes; la iglesia mostró un celo misionero y abrigaba en su

seno a muchos fieles cristianos. Era la institución que ofrecía mayor esperanza que cualquiera otra de ese tiempo: los monasterios brindaban un refugio contra los bárbaros, y por esto hubo un creciente movimiento de los mejores elementos de la sociedad hacia ellos. Se acercaba la edad oscura en que la Iglesia y los monasterios fueron las únicas instituciones que daban un poco de luz. Desde este siglo hasta el décimo, el cuadro se vuelve cada vez más sombrío. En los próximos capítulos veremos los pocos puntos de luz que hay en este lapso.

AIDAN

(?) - 651

SIGLO VII

AIDAN Y LA EVANGELIZACION DE LOS ANGLOSAJONES

Al hablar del siglo séptimo de la era cristiana, se nos presenta el extraño fenómeno de que el hombre que más influencia ejercía sobre el cristianismo en este tiempo, y cuyo nombre se repite con más frecuencia en las historias de la época referida, no era cristiano. Era el profeta de una nueva religión que había de luchar durante muchos siglos con el cristianismo y que aún en el día de hoy muestra muchas señas de vida y de crecimiento. Nos referimos a Mahoma.

Para entender el crecimiento tan rápido y el poder que ejercía y que ejerce el mahometismo, tenemos que recordar que la iglesia cristiana se había alejado muchísimo de la fe sencilla enseñada por su Señor. Había en las ciudades y entre los filósofos y prelados del siglo, muchos verdaderos cristianos. Pero en el campo y los desiertos, el paganismo apenas había sido bautizado con el nombre de cristiano, y las costumbres y las supersticiones de antes habían quedado sin cambio alguno. En la Arabia por ejemplo donde el mahometismo nació, el vulgo cristiano conceptuaba la doctrina de la Trinidad en tal forma que decía que constaba de Dios el Padre, de la virgen María la Madre y del niño Jesús. Los árabes que se llamaban cristianos eran tan idólatras como sus vecinos paganos, y en su moralidad no iban mucho más allá de las costumbres crueles de su pueblo que ordenaban la muerte de las hijas que venían sobrando, practicaban la venganza de sangre y el exterminio del enemigo.

Mahoma nació en la Meca, centro del culto pagano de los árabes por ser el sitio donde se encontraba la famosa piedra negra, llamada "Kaaba" que aún hoy es objeto de miles de visitas cada año. El año de su nacimiento fué como por 570 de nuestra era. Fué hijo póstumo y aun su madre falleció cuando tenía pocos años, quedando él así en la completa orfandad y bajo el cuidado de un abuelo.

Criado en la pobreza, se casó a los 25 años con una rica viuda a quien servía de mayordomo. Era de temperamento nervioso y sufría desde su juventud ataques epilépticos, en los cuales veía visiones y oía voces.

Cuando tenía 40 años o sea en el año de 610, se creía llamado por Dios mismo para ir como profeta suyo a anunciar las dos grandes verdades que sólo un Dios había y que Mahoma era su profeta. Tres años después empezó su actividad pública, predicando y organizando sus creyentes. Se nota cierto cambio en él conforme crecía su poder. Primero toleró el judaísmo y el cristianismo con la esperanza de que los judíos le recibieran como su Mesías esperado, y los cristianos como Cristo venido por segunda vez. Después habiendo crecido notablemente el número de sus discípulos, no sólo obligaba a los paganos que venían en su contra a aceptarle como el profeta de Dios al vencerlos, sino mataba judíos y cristianos con el objeto de regalar sus terrenos y demás bienes a los seguidores de él mismo, y por fin declaró la guerra santa contra todos aquellos que no le reconocían como profeta del Altísimo. Esto se nota especialmente después de su "hégira" o fuga de la Meca a Medina en 622, que vino a ser la crisis de su carrera y la fecha desde la cual el mahometismo data su era.

Parece que las doctrinas de Mahoma y su persona, vinieron a buen tiempo para unir las diferentes

tribus de la Arabia en una nación formidable. Cuando en 632 murió Mahoma en medio de sus preparaciones para una campaña vigorosa contra la Siria, toda la Arabia había dejado a sus ídolos antiguos y le reconocía como profeta de Dios.

El Korán, libro dictado por Mahoma en sus éxtasis, contiene en resumen las doctrinas principales que enseñó éste, que son las siguientes:

1o.—Dios es uno, todopoderoso y sabio, y todos debemos obedecerle.

2o.—Todos los acontecimientos han sido predestinados por él y no pueden cambiarse por nada.

3o.—Hay dos clases de ángeles, los buenos y los malos.

4o.—Dios ha dado su revelación en las Escrituras.

5o.—Dios ha mandado varios profetas para enseñar a los hombres, de los cuales los más grandes son: Adán, Moisés, Jesús y Mahoma. Este último es el Paráclito prometido por Jesús.

6o.—Dios juzgará a todos los hombres recompensándolos o castigándolos según los hechos cometidos en la vida.

Además el Korán enseña las virtudes de la honradez, la humildad, el valor y la temperancia. Por otra parte permite la poligamia y la esclavitud y exhorta a la propagación de la fe por medio de la espada. Recomienda como virtudes principales la oración, las limosnas, los ayunos y la peregrinación a la Meca.

Durante la vida de Mahoma su religión no se extendió más allá de la Arabia, pero después de su muerte, sus discípulos siguieron la guerra santa. En 637 Jerusalén cayó en poder de ellos; en 639 toda la Siria había sido conquistada y en 641 Egipto cayó también en sus manos. El espíritu intolerante de los

discípulos "del Profeta" destruía la civilización cristiana donde quiera que iba. (*) Un ejemplo puede bastar para ilustrar una multitud de acontecimientos. La famosa Biblioteca de Alejandría contenía todos los escritos más importantes de la antigüedad, habiendo adquirido en sus volúmenes la sabiduría destilada de los siglos pasados. El general mahometano que había tomado la ciudad, preguntó a su jefe qué debía de hacer con todos estos libros. La respuesta es muy conocida: "Si estos libros están de acuerdo con el Korán, son superfluos; si no están de acuerdo con el Korán son viciosos. En todo caso son inútiles y hay que destruirlos". De conformidad con esta orden fueron repartidos entre los baños de la ciudad y sirvieron de combustible para varios meses, yéndose así en humo tesoros literarios de inestimable valor.

Desde Egipto, poco a poco en este siglo séptimo del cristianismo, los mahometanos se apoderaron de toda el Africa del Norte, hasta que a fines del mismo quedaron en plena posesión de esta parte de la tierra. Hicieron varios ataques contra Constantinopla, pero el imperio del oriente resistió con eficacia sus ataques hasta setecientos años después. En los lugares conquistados no lograron convertir a todos los habitantes como se ve en el hecho de que en Persia existe todavía una iglesia cristiana, la nestoriana; en Egipto otra, la cóptica, lo mismo que en la Siria y en otras regiones sojuzgadas por los ejércitos del Profeta. Pero sí lograron convertir a grandes multitudes y más importante aún, lograron cambiar toda la cultura y forma de gobierno de los países conquistados haciéndolos al modelo mahometano.

(*) El fanatismo mahometano se dirigía contra toda clase de imágenes. Da tristeza en Egipto encontrar las grandes estatuas que los Faraones dejaban por todos lados, destrozadas por las manos iconoclastas de los discípulos del Profeta.

Pero mientras el cristianismo perdía los lugares consagrados por el recuerdo de la presencia de Jesús en ellos, mientras millones de los creyentes le desconocían por seguir a Mahoma, mientras él mismo se corrompía cada día más, el espíritu de Jesús obraba todavía en el mundo y testigos fieles se levantaron a llamar la atención de las multitudes para volverlas hacia el Dios que habían conocido los primeros apóstoles.

Vimos en nuestro último capítulo cómo a fines del siglo sexto, Gregorio el grande había mandado misioneros cristianos a Inglaterra y cómo ellos habían empezado la conversión de los anglosajones al cristianismo. Pero ya había desde antes una iglesia cristiana en Inglaterra entre los habitantes aborígenes, los celtas, quienes habían sido empujados al interior de la isla por los invasores anglosajones. El cristianismo siendo religión de los celtas, había sido despreciado por los invasores, pero los celtas habían guardado su creencia en él.

Esta iglesia celta no era rama de la iglesia romana, sino había tenido un origen independiente. Se distinguía de la iglesia romana en la forma de tonsura que usaban los sacerdotes y en el tiempo en que se celebraba la Pascua de la Resurrección. Naturalmente, cuando los anglosajones empezaron a convertirse al cristianismo y a organizarse en una iglesia cristiana bajo la dirección de los misioneros romanos, la cuestión de la relación de estas dos ramas de la iglesia, que representaban las dos razas de Inglaterra, vino a ocupar mucho la atención de los caudillos de ambas organizaciones.

Varias veces se hizo la prueba de unir las dos iglesias, pero siempre sin éxito. La iglesia romana hizo fracasar todas estas tentativas por la exigencia con que insistía sobre que ella sola tenía de-

recho en Inglaterra. Se dice que una ocasión, cuando se trataba de unirlas, los representantes celtas fueron instruídos antes de ir a la conferencia, para proceder a la fusión de las iglesias si ellos vieran que la iglesia romana reflejaba el espíritu de su Señor. Cuando llegaron al árbol donde iban a tener la conferencia, hallaron sentado al representante de la iglesia romana, quien al verlos acercarse, lejos de levantarse para saludarlos, se quedó como estaba, esperando que le hicieran homenaje. Al ver que no lo hicieron reclamó la falta de respeto a él, que como representante del papa, le correspondía. Después al tratar de la unión, el misionero romano insistía que la única manera de hacerla sería que la iglesia celta se entregara sin ninguna reserva a la romana, dejando todas sus prácticas y libertades particulares. No tanto las demandas como el espíritu en que se hicieron, disgustó a los representantes de la iglesia celta, y sus delegados recomendaron a sus correligionarios que no se hiciera ninguna paz con una iglesia tan alejada del espíritu de Cristo, como lo era la iglesia romana.

Si buscamos representante del verdadero cristianismo en este siglo, es difícil encontrar uno en la iglesia oriental, que estaba en lucha respecto al uso de las imágenes en las iglesias, y sumamente corrompida en sus prácticas y doctrinas. Tampoco hallaremos con facilidad un representante de la religión de Jesús en la iglesia romana, con su orgullo y soberbia. Pero en esta iglesia celta vemos a uno, la fragancia de cuyo carácter ha permanecido hasta el día de hoy, como una memoria refrescante en el desierto de aquellos tiempos; a uno quien como su Maestro, dejó sobre los siglos que le siguieron la impresión de un amor no fingido y una devoción a Dios, pura y sin mancha. Se llamaba Aidán. Había nacido en Irlanda.

En aquellos tiempos de anarquía general un caudillo anglo-sajón llamado Oswaldo había tenido que huir ante sus enemigos y se había refugiado en Irlanda con sus principales jefes. Eran aún paganos entonces, mas encontrando buena acogida entre los irlandeses y viviendo confiadamente entre ellos, oyeron el Evangelio de aquellos cristianos y fueron bautizados. Regresaron después de cierto tiempo a Inglaterra para seguir su lucha y esta vez les salió mejor su empresa y Oswaldo llegó a unir casi todo lo que hoy se conoce como la Gran Bretaña bajo su mando. Como era natural, deseaba implantar en su reino la misma forma de fe cristiana que él había recibido y con este objeto mandó pedir al obispo celta en Irlanda que mandara un misionero que trabajara en ese sentido. Y aquí mejor dejemos hablar al Venerable Bede, el historiador que nos cuenta todos los detalles que sabemos de la vida de Aidán. Dice así: "Cuando el Rey Oswaldo pidió a los celtas un obispo para administrar a él y a su nación la Palabra de la Fe, le mandaron primero otro hombre de una disposición más severa, quien después de algún tiempo de predicar a los ingleses sin ningún éxito, regresó a su hogar y en la asamblea de los ancianos dijo que no había podido hacer nada con aquellos a quienes había ido a enseñar, porque eran hombres muy brutos y bárbaros. El concilio entonces discutía qué había de hacer, deseando que la nación recibiera la salvación que había pedido, pero triste porque no querían recibir al predicador que había mandado. Entonces dijo Aidán al sacerdote que había regresado sin fruto: me parece, hermano, que has usado demasiada severidad en tus oyentes incultos, y que no has seguido la regla apostólica de darles la leche de la doctrina más fácil primero, hasta que siendo poco a poco instruídos por la Palabra de Dios, sean capaces de

recibir lo más perfecto, y de cumplir con los preceptos más altos del Señor''. Habiendo oído estas razones, todos los que estaban presentes empezaron a pensar en sus palabras, y desde luego decidieron que él era digno de ser obispo y que era el hombre más a propósito para instruir a los incrédulos e indoctos, porque tenía la virtud de la discreción que es la madre de todas las virtudes. Así es que le mandaron a predicar y con el tiempo sus otras virtudes fueron manifestadas, además de su discreción que se vió primero''.

El rey le dió una isla en la costa donde estableció un monasterio y de donde dirigía la obra de evangelización de Inglaterra. Al principio Aidán que hablaba la lengua de los celtas, no podía predicar el Evangelio con mucha claridad a los anglosajones, pero el rey tenía la costumbre de ayudarle, traduciendo al idioma de sus súbditos las palabras del predicador.

Lo único que sabemos de su vida lo conocemos por un miembro de la iglesia romana, el venerable Bede. que escribió un siglo después, y quien consideraba a Aidán como hereje, por observar la Pascua de la Resurrección en otro tiempo que la iglesia romana. Podemos pues, estar seguros que Aidán era un hombre extraordinario, cuando aún los que le miraban como hereje en aquel entonces dan testimonio de la santidad de su vida y de la plenitud del espíritu de Cristo que en él moraba. Dice Bede: ''Entre otras lecciones en la santidad de vida, Aidán dejó al clero un ejemplo saludable de abstinencia y de continencia; la recomendación más grande entre todos de la doctrina que predicaba fué el hecho que no enseñaba nada que no practicara en su vida y entre sus hermanos, porque ni buscaba ni amaba las cosas de este mundo, sino se complacía en distribuir luego

a los pobres a quienes encontraba, cualquiera cosa que le había sido regalada por los reyes o ricos de este mundo... Acostumbraba andar en los pueblos o en el campo siempre a pie, para poder hablar mejor así con todos, y si fuesen incrédulos, invitarles a recibir la fe; y si eran creyentes, fortalecerles en su fe. Su modo de vida era tal que todos los que vivían en su compañía, fueran sacerdotes o laicos, tenían que estudiar las Escrituras. Nunca por temor o respeto de personas callaba respecto a los pecados de los ricos, sino los reprendía severamente''. En otra parte dice así: ''No puedo aprobar la falta de sabiduría de Aidán en cuanto al tiempo cuando se debe celebrar la Pascua de la Resurrección de Cristo. Aborrezco al contrario este error como se puede ver en mi libro ''De Temporibus''. Mas como historiador imparcial me conviene relatar y alabar las cosas buenas de su vida para edificación de los lectores. En él se veía amor a la paz y a la caridad, continencia y humildad. Su mente era superior a la ira y a la avaricia. Desechaba el orgullo y la vanagloria. Era muy fiel en guardar y en enseñar los divinos mandamientos, como también en estudiar y orar. Usaba su autoridad sacerdotal para reprender a los orgullosos y poderosos, mostrando a la vez ternura en socorrer a los afligidos y defender a los pobres. En una palabra hasta donde he podido averiguar de aquellos que le conocieron, no sólo enseñaba todas aquellas cosas que encontró en los evangelios, y en los escritos de los apóstoles y profetas sino también hizo todo esfuerzo de practicarlos en sus acciones''.

El hecho de que semejantes palabras podían escribirse por un adversario teológico, muchos años después de la muerte de Aidán, muestra cómo un espíritu verdaderamente cristiano nunca se manifiesta de balde, y que no se pierde aún en los lugares más reti-

rados de la civilización ni entre la corrupción más evidente.

También el siglo séptimo del cristianismo tuvo sus cristianos.

SAN BONIFACIO

680 - 755

SIGLO VIII

BONIFACIO Y LA EVANGELIZACION DE ALEMANIA

Hemos notado en nuestro último capítulo el rápido crecimiento del mahometismo, que después de pocos años de existencia conquistó a Arabia, Siria, Persia y el Norte de Africa. Los mahometanos ejercían también toda la fuerza de que podían disponer contra Constantinopla, pero el imperio oriental cuya capital era dicha ciudad, aún resistía eficazmente los ataques de los soldados del profeta en el siglo que ahora describimos.

Hallando cerrada la entrada a Europa por el oriente, los mahometanos, sin embargo pudieron introducirse desde el Africa a España, y habiendo conquistado a este país, pasaron sobre los Pirineos a Francia. En el año 732 se libró la llamada batalla de Tours, entre los sarracenos (mahometanos) y los francos, quienes tenían por jefe a Carlos, nombrado después "Martel" (el martillo) por sus grandes y fuertes golpes contra el enemigo. Los mahometanos fueron definitivamente vencidos en esta batalla y tuvieron que dejar a Francia. Así fué que Carlos Martel y sus francos salvaron a Europa para el cristianismo.

Pero la iglesia cristiana continuaba en su carrera de corrupción. No aprendía la lección que el mahometismo debía haberle enseñado. Este siglo fué testigo de una fuerte controversia sobre el uso de las imágenes en las iglesias. Como hemos ya notado, la costumbre de adorar a las imágenes había sido exi-

gida originalmente por el pueblo al clero, pero debido a la resistetncia de este, se había propagado muy lentamente. Pero en el siglo que ahora estudiamos la costumbre era ya bastante generalizada. Sin embargo muchos cristianos sentían profundamente que esta práctica hubiera entrado a corromper la religión pura y espiritual de Jesús. Resolvieron salvar el cristianismo si fuera posible de este extravío y hallaron un adalid de su idea en el emperador León (716—741) quien en 726 mandó que todas las imágenes fueran puestas en alto, arriba del alcance de los fieles, a quienes prohibió el culto a ellas. Cuatro años después mandó quitar todas las imágenes de las iglesias y blanquear las paredes. Se formó un partido a favor de las imágenes, del cual Juan de Damasco se hizo jefe, pues vivía en un país mahometano y por esto fuera del alcance del emperador. Juan de Damasco afirmó que el uso de las imágenes no era contrario al segundo mandamiento después de la venida de Cristo. Dice que ya que Dios se había hecho hombre en Jesús, los hombres tenían derecho de hacer representaciones de la Deidad también. El papa romano, Gregorio II se unió al partido de los que querían el culto a las imágenes. En el año 754 un concilio de toda la iglesia se declaró en contra de este culto y lo prohibió. Pero en 780 el emperador Khazarus León murió dejando a un heredero que no había alcanzado su mayoría. Por esto el gobierno recayó sobre la reina Irene, viuda de Khazarus. Ella para quedar en el poder, hizo cegar a su hijo, el heredero del trono imperial, para que estando ciego, nunca pudiera encargarse del gobierno, siguiendo ella por esta razón de regente, mientras él viviera. Habiendo comenzado con este acto inhumano su reinado, el primer hecho notable que le siguió fué la orden de restaurar las imágenes a las iglesias. En 787 convocó un concilio que

se declaró en favor del culto a las imágenes. La controversia continuó sin embargo hasta el siguiente siglo.

La iglesia romana en esta época reclamaba para sí más y más, el derecho de mandar a las otras iglesias, pero no se separó definitivamente de las iglesias del oriente que no reconocieron los derechos que ella pretendía ejercer. La organización eclesiástica era aún bastante libre.

Se unieron al fin las dos iglesias de Inglaterra, la antigua celta, mencionada en el último capítulo y la romana. En el sínodo de Whitby celebrado en el año 664, estas dos ramas del cristianismo se amalgamaron en un solo cuerpo.

En el seno de esta iglesia unida, llena de celo misionero y fuerte en la conciencia de poder vencer el paganismo que aún quedaba a su alrededor, nació en el año 680 un niño que la historia conoce por el título de San Bonifacio. A la edad de 7 años fué entregado a los monjes de Exeter para ser educado por ellos, y joven aún dedicó su vida al servicio de Cristo, como él entendía este servicio. Entró en el monasterio de Nutscelle, tomando los votos de monje. Luego mostró aptitudes especiales y fué mandado en comisiones importantes tanto por orden de sus superiores en el monasterio, como también por el mismo rey del país.

Los cristianos de Inglaterra habían mandado misioneros a sus parientes en Alemania y seguían su actividad con interés y oración. Bonifacio al oír de los hechos de estos misioneros, no quería quedar más en Inglaterra donde la obra evangelizadora estaba casi completa, anhelando para sí una obra más heroica. Así en el año 715 pidió a su abad que le mandase como misionero a los paganos de Alemania. Varias dificultades se presentaron, pero en 718, cuando ya tenía 38 años Bonifacio, se fué al gran campo que hoy

se llama Alemania. Fué enviado como jefe de las varias misiones que ya habían sido establecidas y su celo y sabiduría transformaron a Alemania, en los 30 años de su obra misionera en una nación cristiana, a lo menos de nombre. La Alemania que César con todas sus legiones no había podido vencer, la conquistó Bonifacio sin otras armas que la Biblia que llevaba en su mano y el amor de Cristo que tenía en su corazón.

A su llegada encontró el país todavía bajo el poder del paganismo. Los habitantes celebraban aún sus ritos a los dioses Tor y Woden. De los creyentes que habían sido bautizados muchos habían vuelto a estas prácticas paganas. Bonifacio usaba de gran tacto y mucho amor para reclamar a estos su regreso a la fe cristiana, y también para convencer a los paganos que nunca habían dejado su antigua creencia, de la verdad que él anunciaba. Después de cinco años de esfuerzo pudo ver a los príncipes de Hesse y Turingia recibir el bautismo cristiano.

Pero el amor y las razones de Bonifacio no alcanzaron a convencer a todos. Siempre había muchos que necesitaban de algo más fuerte, para que se hicieran cristianos. Bonifacio no seguía el método de Clodoveo de convertir con la espada. El usaba una hacha.

La historia es así. Había en Geismar un gran roble que se tenía por sagrado por los adictos al dios Tor. En el año 724 Bonifacio dejó dicho a todos los paganos que el día de la Natividad de Jesús, él iba a botar este árbol y que les invitaba para asistir al acto.

Cuando él llegó al árbol acompañado de unos pocos cristianos, encontró una gran multitud de paganos que esperaban su llegada. Había un círculo de piedras alrededor del árbol y alrededor de este círculo

estaban sentados miles de adoradores de Tor convencidos de que su dios mataría al sacerdote cristiano que iba a profanar su santuario. Antes de hacer la prueba Bonifacio leyó a la multitud una carta del papa romano, en que decía que debían dejar sus falsos dioses y malas costumbres y seguir sólo al Dios que Bonifacio les iba a declarar. Habiendo acabado la lectura de la carta Bonifacio tomó una hacha y con un ayudante empezó a cortar el gran roble del dios Tor. Golpe tras golpe cae sobre el árbol, pero Tor no se venga. Al fin cuando la tarea se iba acabando un fuerte soplo de viento hizo caer el árbol con gran estruendo ante la muchedumbre que siempre lo había considerado de tal manera sagrado que ni siquiera se acercaba a él; y todos tenían que desengañarse de que su dios no había podido salvar su santuario. Luego uno de los concurrentes levantó un grito de que el Dios del extranjero era más fuerte que los dioses a quienes ellos adoraban, y que serían más cuerdos sirviendo al Dios de él y no más a los suyos. Los demás acordaron que así era y Bonifacio mandó a estos nuevos creyentes que hicieran una capilla cristiana de la madera que se sacara de este árbol de Tor.

Esta victoria sobre el dios Tor abrió muchas nuevas puertas a la predicación del Evangelio, y Bonifacio tuvo que mandar pedir nuevos obreros cristianos a Inglaterra, tanto hombres como mujeres para aprovechar las nuevas oportunidades. Estos no solamente enseñaron a los recién-convertidos la fe cristiana, sino también mejores métodos de agricultura, cuidado y curación de enfermos, y el arte de leer y escribir, ayudándoles así espiritualmente y también fundando en Alemania una más alta civilización que la hasta entonces conocida.

Bonifacio siempre creyó que la instrucción debía acompañar la predicación del Evangelio y de confor-

midad con esta convicción fundó varios institutos de enseñanza, entre ellos el de Fulda que alcanzó una reputación grande en los siglos siguientes, como el hogar de la filosofía y literatura alemanas.

Pero a Bonifacio no le gustaba tanto quedarse en la silla cómoda del profesor como andar por los bosques y montañas predicando el Evangelio, sin comodidad, con sólo un vestido rudo, sin otro consuelo que su Biblia y unos pocos compañeros animados por su mismo espíritu, comiendo en la cabaña de los pobres y contento si hallaba a algunos que prestaran oídos a la historia del amor de Dios hacia el mundo, al mandar a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en él creyere no se pierda más tenga vida eterna.

En sus treinta años de trabajo incesante bautizó a no menos de 100,000 convertidos. El papa de Roma lo hizo arzobispo de toda Alemania y fué honrado lo mismo por el pueblo alemán que por las autoridades eclesiásticas por su éxito en la causa de Cristo. Pero aunque Bonifacio siempre se consideró fiel hijo de la iglesia de Roma y aunque recibía del papa su arzobispado, no cerró sus ojos a la corrupción de la iglesia. Escribió al papa una vez diciéndole claramente que el obstáculo más grande para el progreso del Evangelio en Alemania, no era otra cosa que la corrupción que había entrado en el cristianismo mismo, y que los alemanes notaban en los cristianos romanos y hasta en su papa. Tal era la franqueza que un arzobispo pudo usar con el papa en aquel entonces.

Al ver Alemania evangelizada y que lo único que faltaba era la organización de los convertidos y su instrucción en la fe, y pensando que otros podían atender a estos deberes mejor que él, a pesar de su avanzada edad (tenía entonces 75 años) Bonifacio determinó irse a un nuevo campo de acción para terminar su vida predicando el Evangelio a los paganos.

Con unos pocos compañeros fué al distrito que hoy conocemos como Holanda, y al cual el cristianismo no había llegado aún. Empezó la obra de predicación y evangelización y después de unos meses muchos de los paganos habían creído al anciano misionero, quien iba a bautizar un buen número de ellos el domingo de Pentecostés del año 755.

Al levantarse el sol aquel día, Bonifacio y sus compañeros oyeron acercarse una multitud y pensando que eran los que venían para ser bautizados, salieron a encontrarlos. Pero lejos de encontrarse con hermanos en la fe vieron a una horda de salvajes con lanzas y hachas de guerra. Sus colegas querían hacer resistencia y salvar sus vidas si fuera posible, pero Bonifacio no lo permitió diciéndoles: "No vamos a devolver mal por mal. El día que hemos esperado tanto tiempo ha llegado, nuestra partida se acerca, fortalecedos en el Señor y él redimirá vuestras almas. No temáis a los que matan el cuerpo sólo, sino poned vuestra confianza en Dios, que luego os dará una recompensa eterna y la entrada en su reino celestial".

Cuando los misioneros habían sido muertos, los paganos saquearon su casa esperando encontrar gran tesoro de oro y plata. Lo que hallaron fué unas biblias y otros libros, pero ninguna otra cosa de valor. Algún tiempo después llegaron unos compañeros de Alemania y encontraron los cadáveres de Bonifacio y los demás aún sin sepultura y sus libros esparcidos por el bosque. Juntaron los libros y se llevaron el

cuerpo de Bonifacio a Fulda, (*) donde lo enterraron con toda honra. Bonifacio había sellado su testimonio con su misma vida. Más no puede ninguno.

(*) Los restos de San Bonifacio aún se guardan con todo cuidado en la Catedral de Fulda y entre los catolicorromanos alemanes de hoy se ha fundado una "Liga de San Bonifacio" que trabaja para convertir a los protestantes alemanes otra vez al romanismo. Parece que la liga no está alcanzando mucho éxito pues hace muchos años seis católicorromanos se hacen protestantes por cada protestante que se vuelve católico, én el territorio de Alemania.

ANSCARIO

801 - 865

SIGLO IX

ANSCARIO Y LA EVANGELIZACION DE ESCANDINAVIA

Nos hemos fijado en nuestro último capítulo en las luchas respecto al uso de las imágenes en las iglesias, que ocupó tanto la atención de los cristianos del siglo octavo y en el hecho de que esta cuestión no fué definitivamente decidida, sino que seguía agitando la cristiandad en el siglo a que nos dirigimos ahora.

El siglo octavo terminó, estando en el poder los que querían rendir culto a las imágenes. Pero después de la muerte de la infame Irene en el año 802, una reacción empezó en la Iglesia, tomando tal incremento, que el emperador León el Armenio, (813—820) dió orden otra vez de suprimir el uso de las imágenes, y poco después el emperador Teófilo, (829—842) prohibió terminantemente todo culto a ellas, ya fuera público o privado. Esta reforma no iba a durar mucho tiempo sin embargo, porque cuando murió este Emperador iconoclasta su viuda restauró la misma práctica de antes. El sínodo de Constantinopla reunido en 842, reafirmó las decisiones del séptimo Concilio Ecuménico, y estableció la fiesta de Ortodoxía en conmemoración del triunfo del culto a las imágenes.

La iglesia romana se había puesto al lado del partido que abogaba por este culto durante toda la controversia. Pero en este siglo la iglesia romana con todo su poder fué eclipsada por el gran imperio que se formaba en Europa Occidental por Carlos el Grande

(Carlomagno), nieto de Carlos Martell. En el primer año del siglo que estudiamos (800) este había sido coronado "Emperador de los Romanos" por el mismo papa, restableciendo así el Imperio Romano en el Occidente. Aunque Carlomagno murió en 814, su influencia se dejó sentir durante todo el siglo. Estableció un imperio que fué uno de los más grandes de que nos habla la historia. Unió en un mismo estado a sajones, lombardos, bávaros, húngaros, daneses eslavos y griegos. El gobierno central atendía los intereses de los pueblos hasta los últimos confines del imperio. Las artes se desarrollaban a grandes pasos. Los establecimientos de instrucción se multiplicaban por doquiera. Los hospitales, asilos y otras obras de beneficencia prestaban sus servicios en las distintas regiones del Imperio. Y sobre todo la seguridad personal y del tráfico estaban plenamente garantizados. Es de interés notar que Carlomagno y la iglesia gálica de que era patrón no había aceptado el decreto del séptimo Concilio Ecuménico, autorizando el culto a las imágenes. Esta iglesia decretó que si bien se podía ponerlas en las iglesias, bajo ninguna circunstancia podía rendírseles culto.

De este siglo noveno vienen los llamados Decretos Isodorienses. Estos pretenden ser respuestas a preguntas que se les hacían a los obispos de Roma, desde el tiempo de los apóstoles en adelante, y fueron publicados bajo el nombre de Teodoro de Sevilla. El verdadero autor no es conocido, pero es evidente que estos decretos no son verídicas respuestas dadas por los papas mencionados en ellos, por el lenguaje, la versión de la Biblia citada y otras muchas razones. Son falsificaciones hechas con el objeto de apoyar la doctrina de la supremacía del papa romano en la iglesia cristiana, la independencia de ésta del estado y la dignidad del clero.

También en este siglo pueden notarse las primeras señales de una separación definitiva y final entre la iglesia del occidente o romana y la iglesia oriental. Esta división provino en parte de la separación política, que existía entre los dos imperios, el del Oriente y el del Occidente, pero también fué el resultado de algunas diferencias menores en prácticas y creencias. Por ejemplo, la iglesia oriental reconocía 83 cánones apostólicos, mientras la iglesia romana sólo reconocía 50. La iglesia oriental ordenaba en el sacerdocio hombres casados, mientras la iglesia romana prohibía el casamiento de sus sacerdotes. La iglesia oriental no concedía a sus feligreses el comer sangre y cosas estranguladas, siguiendo el decreto del concilio de Jerusalén del siglo primero, mientras que la iglesia romana permitía estas cosas.

Pero lo que definitivamente separa las dos iglesias hasta el día de hoy es la cuestión de si el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, como la iglesia romana sostiene, o sólo del Padre, como enseña la iglesia oriental. La controversia sobre este punto seguía su curso, pero no fué posible llegar a un acuerdo, y se hizo la separación lanzándose anatemas y mutuas acusaciones de ser sismáticos.

Lo que hasta aquí hemos expuesto en nuestro estudio del siglo noveno muestra un cristianismo aún más degradado que antes. Mas el cuadro no debe ser sólo sombra. Hay pruebas de que el espíritu de Jesús estaba también potente en su influencia sobre aquellos que se dejaban guiar por él.

Este siglo se distingue por la gran actividad misionera desplegada por la Iglesia.

En él, Metodio llevó el Evangelio a Bulgaria y este país se convirtió al cristianismo. La Moravia también recibió el Evangelio y se hizo en su lengua una traducción de la Biblia.

Pero el misionero que nos llama la atención especialmente en esta época, es el apóstol de Escandinavia, Anscario. Este era de sangre sajona, y habiendo sido recogido muy joven por el monasterio de Corney, fué instruído por los monjes con otros jóvenes, como misionero para su propio pueblo, recién-convertido (por la fuerza) al cristianismo por Carlomagno. Desde luego se distinguió como un joven de entendimiento y de tacto.

En el año 822 el rey de Dinamarca, Haraldo Klog, se encontró en peligro de perder su reino por una revolución encabezada por otro que reclamaba el trono. Con la esperanza de ganar el territorio perdido y establecerse firmemente en su trono, este monarca profesó conversión al cristianismo y pidió la ayuda de Luis, hijo de Carlomagno, emperador de los francos. Este mismo emperador le sirvió como padrino cuando se bautizó con mucha pompa en el palacio de Ingelheim, hecho por el mismo Carlomagno. Juntamente con él se bautizaron su reina, su hijo y 400 vasallos suyos. Después de su bautismo, Haraldo regresó a su país con la ayuda del emperador, y así, fuera el motivo de su bautismo lo que fuera, abrió la puerta para que entrara el cristianismo en Dinamarca.

Anscario fué escogido por sus superiores como el más apto para la comisión de enseñar el cristianismo a los paganos dinamarqueses, y a pesar de los peligros, se mostró muy deseoso de empezar el trabajo. Había tenido una visión una vez, que él había sido recogido hasta la misma presencia del Eterno y oído una voz de gloria inefable que decía: "Véte y vuélvete a mí otra vez, coronado con martirio". Esta visión le daba ánimo para soportar cualquier peligro. Sólo hubo uno de sus compañeros que quiso acompa-

ñarlo y ningún criado que tuviese valor de servirle en su viaje.

El tiempo de preparación antes de la ida, lo empleaba Anscario en un estudio diligente de las Sagradas Escrituras, que fueron para él una fuente de vida.

Lejos de querer para sí el don de hacer milagros y hacerse un santo a los ojos del mundo, él acostumbraba decir: "Si yo me considerara digno de tal favor del Señor, yo le pediría que me concediera un sólo milagro, que por su gracia me hiciera un hombre bueno".

En el año 826, Anscario y su compañero se fueron a Dinamarca y trabajaron dos años, esforzándose en convertir a los dinamarqueses al cristianismo. Empezó su obra fundando una escuela, en la cual los jóvenes del país podían instruirse, para así llevar el Evangelio a los de su país. Pero después de dos años, el compeñero de Anscario se enfermó y Haraldo, odiado por su pueblo por haber profesado la religión cristiana fué arrojado de su trono.

Así Anscario no podía quedarse en el país con seguridad. Pero no regresó a su hogar, sino buscó un nuevo campo de actividad en Suecia. Aquí halló a muchos que, como esclavos o comerciantes en otros lugares, habían creído en el cristianismo, pero casi todos sin instrucción. Se quedó año y medio en Suecia, instruyendo a los que ya profesaban la religión cristiana y atrayendo a muchos nuevos convertidos. Escuelas fueron fundadas e iglesias levantadas en muchas partes del país en este corto tiempo. Después del año y medio referido Anscario fué nombrado arzobispo de Escandinavia con residencia en Ham-

burgo. (*). Dejando a un tal Gauzberto encargado de la obra establecida en Suecia, Anscario fué a su nuevo hogar y empezó otra vez a pensar en la evangelización de Dinamarca. Fundó una escuela en Hamburgo, y cuando no podía conseguir alumnos dinamarqueses de otra manera, redimió jóvenes esclavos para educarlos en el cristianismo y mandarlos después como misioneros a su país. Así pasaron unos catorce años sin que la obra en Dinamarca adelantara mucho. El rey era pagano y perseguía la iglesia cristiana de muchas maneras. Esta persecución fué tanta, que en el año 845 el rey dinamarqués con un ejército tomó Hamburgo, y quemó la escuela de Anscario juntamente con su biblioteca y demás posesiones, dejando enteramente devastado el territorio de alrededor. Así fué como los esfuerzos a los cuales había dedicado la mitad de su vida se redujeron a la nada en un momento. Se dice que cuando Anscario vió las ruinas de su escuela e iglesia, dijo reverentemente aquellas palabras que Job habló bajo circunstancias semejantes: "Dios ha dado y Dios ha quitado, sea el nombre de Dios bendito". Para hacer la calamidad más completa llegó luego la noticia de que Gauzberto había sido expulsado de Suecia por los paganos, y que su trabajo lo habían destruído en lo que les había sido posible. Pero a pesar de todas estas circunstancias desanimadoras, Anscario se dedicó a levantar otra vez las instituciones destruídas y continuaba anunciando el Evangelio como antes. Pasaron algunos años más, y al fin el corazón de Anscario fué lleno de alegría al conseguir permiso del rey Horik de Dinamarca (el mismo que había quemado su escuela), para predicar dentro

(*) Ya no quedan recuerdos de la estancia de Anscario en Hamburgo, mas una estatua suya en la Gnadensbriicke (puente de la gracia) proclama que el pueblo se enorgullece por haberlo tenido en un tiempo como vecino.

de sus dominios. Así fué como se inauguró una iglesia en Schleswig. Poco a poco nuevos convertidos entraron y fueron bautizados, y aunque durante muchos años después hubo persecución, el cristianismo siguió su desarrollo pacífico hasta que el paganismo fué desapareciendo completamente ante la religión de Cristo.

Mientras tanto Anscario no había olvidado a Suecia, y tan luego como pudo, mandó allá otro misionero. La propaganda cristiana fué tolerada solamente por la influencia del gobernador Herigaro, quien había creído en el Evangelio por Anscario, y cuando en el año 852 Herigaro murió, los sacerdotes paganos empezaron un gran avivamiento de la religión antigua. La crisis llamó a Anscario a Dinamarca y habiendo llegado en medio del entusiasmo del nuevo movimiento pagano, tuvo muchas dificultades en obtener una oportunidad de ser oído. Al fin arregló un banquete para el rey, y por sus regalos y su manera cortés. juntamente con recomendaciones del rey de Dinamarca, su antiguo perseguidor pero su amigo firme entonces, logró el consentimiento del rey Olaf para tolerar el cristianismo entre los límites de su país.

Así, cuando vino la hora de su muerte en 865. Anscario pudo ver ya hecho un buen principio en todos los países escandinavos.

Después de su muerte, su alumno Rimberto siguió su trabajo pero aún en su tiempo no se convirtió todo el país. Hasta dos siglos más tarde por medio del gran Canuto, quien oyó el Evangelio en Inglaterra cuando estaba allí conquistando el país, el cristianismo quedó firmemente establecido como religión oficial de Dinamarca. De la misma manera, poco a poco la religión de Cristo triunfaba en Noruega y Suecia y quedaba definitivamente establecida en el siglo XII.

Aunque luchaba contra muchos obstáculos, Anscario edificó muy bien. Su obra que no mostró grandes resultados durante su vida, ha permanecido, mientras que muchas que parecían más prósperas, han perecido. Queda así para siempre, como un ejemplo vivo para cada obrero cristiano que se vea en un campo duro, y su caridad, su consagración y su valor quedarán en la historia como muestra del más alto desarrollo del espíritu cristiano.

VLADIMIRO

1113 - 1126

SIGLO X

VLADIMIRO Y LA CONVERSION DE RUSIA

El Imperio que Carlomagno había fundado se desintegró después de su muerte, y en el siglo décimo Europa se encontraba dividida en multitud de fragmentos y en cada uno de esos había surgido un reyezuelo que sin más derecho que el de la fuerza se había erigido en jefe de los que por su debilidad, no podían defender su propia existencia. Este siglo marca pues el principio del feudalismo en Europa. El poder central había desaparecido por completo y con él las artes fueron olvidadas, pues aquella época no ha legado a la posteridad ningún monumento; la ciencia carecía de adeptos, hasta el grado que eran considerados como hechiceros los pocos que habían conservados algunos conocimientos científicos; los hospitales y casas de beneficencia del siglo anterior se habían convertido en fuertes de los grandes señores, y nadie pensaba en ayudar a su prójimo. Las epidemias invadieron Europa, y con ellas los bárbaros paganos de Dinamarca, de Hungría, etc., devastaron los países cristianos. Diezmada la gente por el hambre, las plagas y la guerra, los bosques brotaron en los campos que habían servido anteriormente para la siembra de granos, y los ciervos y los lobos llegaron a ser los únicos habitantes de algunas regiones que cien años antes habían sostenido a florecientes pueblos. Una especie de terror se había apoderado de las personas, que paralizaba toda iniciativa personal y colectiva, causando la decadencia de los estados.

Si este cuadro desolador se nos presenta bajo el

concepto político, podía creerse que a lo menos la Iglesia tuviera algo mejor. Pero no fué así. El caos religioso fué peor que el político. El papado se había convertido en un centro de inmoralidad, intrigas y crímenes. En el corto espacio de trece años (890—903) nueve diferentes individuos se apoderaron uno tras otro de la silla pontifical. En 903 Sergio, por primera vez en la historia, se apoderó del papado a viva fuerza. Con él empieza el período que se conoce en la historia eclesiástica con el nombre de la "Pornocracia" o reinado de rameras. En esta época una mujer de familia aristocrática pero de conducta depravada llamada Teodora, y sus dos hijas Teodora y Marozia, manejaron el papado durante más de medio siglo, poniendo y quitando los papas según su capricho. Después de unos diez años de gobierno, Teodora, que había dirigido el papado por medio de Sergio de quien era concubina, a la muerte de éste, logró que fuera declarado su sucesor otro favorito suyo, que se conoce en la historia con el nombre de Juan X. Este era un hombre enérgico quien organizó una expedición contra los sarracenos, pero después de catorce años de ser papa desagradó a Marozia, quien le echó a la cárcel para hacer papa a su propio hijo Juan XI, hijo espurio de ella con el papa Sergio, él mismo querido de su madre. Poco después un hermano de Juan XI, Juan XII logró arrojarlo de la silla de San Pedro, y se hizo papa a la edad de diecinueve años. Este papa fué un conjunto de todos los vicios humanos que pueden imaginarse reunidos en una sola persona. Era homicida, libertino hasta el extremo de convertir el palacio de su gobierno en un harén, incestuoso, sacrílego, y aumentaba a todos estos vicios la costumbre de libar en honor del Diablo, y de llamar a los dioses paganos en su ayuda, para que le depararan buena suerte en el juego. Murió al fin sin sa-

cramentos, ultimado por un esposo que le sorprendió en adulterio con su mujer. La inmoralidad, las intrigas y los crímenes siguieron su marcha para colocar a diferentes individuos en el papado, culminando en el siglo siguiente en el Papa Benedicto IX quien subió a su puesto, mediante las intrigas y trabajos de sus amigos, a la tierna edad de doce años. Aunque no era más que un niño cuando fué hecho papa. Benedicto no tardaba en manifestar en sí todos los vicios, aventajando a sus más depravados predecesores, y llegando a tal extremo que los habitantes de Roma le echaron del palacio y lo expulsaron del país; pero regresó al frente de un ejército y así quedó con las llaves de San Pedro nuevamente. Bajando el alto puesto de jefe del cristianismo al nivel de un negocio, lo ofreció a quien más diera por él, recibiendo de Gregorio VI el valor efectivo en que se había tratado, y renunciando sus derechos como papa en favor de éste. Después se arrepintió del trato y reclamó al comprador la devolución del papado alegando que como era institución divina, no podía venderse. De esta confusión resultaron tres papas ejercitando las funciones del Vicario de Cristo; el que había comprado el papado por su buen oro, el que lo había vendido y lo reclamaba otra vez y un tercero que el pueblo disgustado por esta desmoralización, había elegido. Al fin el emperador Enrique II intervino y desechando a todos los tres litigantes, puso otro de su gusto. Con un papa de 12 años no es de extrañarse que hubieran obispos como el de Rheims en este siglo, que al consagrarse no tenía más de cinco años de edad. Los obispados en general se consideraban como buenas fincas que producían pingües ganancias. Aún se llegó al caso de dar iglesias con sus rentas como dotes de casamiento. La depravación invadió también los monasterios, y muchos de estos no eran más que centros de

borrachera y libertinaje. Se llegó al grado que los mismos sacerdotes hicieran escarnio de la religión. Celebraron estos, a veces, una llamada "misa del burro" en que imitaban el rebuzno del asno, llenaban los incensarios de basura, entonaban cantos obscenos, y vestidos fantasticamente ofrecían homenaje a uno de sus compañeros con el nombre de "obispo de los tontos".

No es de extrañarse que la gente común viendo este estado de cosas en el Imperio y en la Iglesia, se dejara sumergir en la más abyecta superstición, que aumentaba con el gran número de calamidades, invasiones, pestes, malas cosechas, y otras desgracias que Europa sufrió en este siglo. Conforme iba pasando el siglo crecía el terror y la confusión, porque se creía que al llegar el año mil, el Diablo sería desatado, sobreviniendo el juicio final. Esta teoría se basaba en una intepretación del capítulo 20 del Apocalipsis que contaba los mil años a que se refiere este capítulo desde el nacimiento de Jesús. Esta interpretación llegó a constituírse en un axioma popular. Basados todos en esta creencia, pocos eran los intentos para salir de aquella parálisis. ¿Para qué edificar templos durables si estos habían de acabar entre pocos años? ¿Para qué escribir historias si el mundo iba a acabar y no iba haber quién las leyera?

En toda esta inmensa obscuridad no faltaban algunos puntos luminosos que constituyeran una esperanza para el porvenir. Habían no pocos de los que se llamaban cristianos, y entre ellos algunos sacerdotes y obispos, animados por un espíritu verdaderamente evangélico. En Alemania especialmente, tanto en el clero como en el pueblo, el cristianismo verdadero obraba como sólo él puede cuando se le da oportunidad. Aquí a pesar del terror general, se notaban algunos progresos positivos en la organización ecle-

siástica y en la vida y costumbres del pueblo. Odón de Cluny comenzó en esta época una completa reorganización de los monasterios, agrupando muchos que estaban diseminados, al rededor de un poder central directivo, y trabajando para mejorar la utilidad y moralidad de estos centros.

Si en el Occidente encontramos toda la confusión que acabamos de describir, en el Oriente por el contrario, el cristianismo se desarrollaba progresivamente, compensando por medio de la conversión de nuevos pueblos paganos, las pérdidas que había sufrido ante el mahometismo. El siglo décimo marca la conversión nominal de Rusia al cristianismo. En 945 Igor, el príncipe de Kiev, murió dejando un hijo, Sviatoslaf, que no había aún alcanzado su mayoría como heredero. La viuda Olga quedó como regente. Ella había oído hablar del cristianismo y estando en Constantinopla en 955, recibió más instrucción y fué bautizada. Olga trataba de convencer a su hijo, —que había llegado a la mayoría de edad y tomado la dirección del gobierno—, de la verdad cristiana. El rehusó prestar oídos a sus súplicas, afirmando que si él como rey aceptaba el cristianismo, sus soldados se burlarían de él y perdería el prestigio de que como rey tenía necesidad. Sin embargo dió libertad para que se hiciera propaganda cristiana y se formó durante su reinado una pequeña comunidad cristiana.

Cuando Sviatoslaf murió dejó el reino dividido entre sus tres hijos, Iaropolk, Oleg y Vladimiro. Estos no quedaron contentos con la división que había hecho su padre y se pusieron a pelear entre sí. Siguió un tiempo de guerra civil en que Iaropolk venció y mató a su hermano Oleg sólo para morir asesinado por Vladimiro, quien así quedó como único señor del reino. Era este el tipo del pagano ruso, apasionado, sangriento y cruel. Tenía a la vez cinco

princesas como esposas, además de unas ochocientas concubinas en los diferentes lugares de su reino. Pero el alma brutal de este bárbaro fué atribulada por dudas y aspiraciones religiosas.

No conociendo nada mejor, se dirigió primero a los dioses paganos. Mandó hacer nuevos santuarios y nuevas imágenes. Sacrificó a dos cristianos (*) ante sus ídolos.

Mas Vladimiro no encontró en el paganismo lo que su alma anhelaba y así dispuso mandar una comisión para estudiar las diferentes religiones conocidas entonces para ver si encontraba una mejor. Esta comisión dirigióse al mahometismo, al judaísmo, al catolicismo romano y al cristianismo oriental ortodoxo. Informó a Vladimiro que no podía recomendarle la religión de Islam (mahometismo) porque esta religión exigía la circuncisión y prohibía el vino tan querido de los rusos. "Es una religión sin gozo", le dijeron. El judaísmo no les parecía bien porque sus discípulos andaban por la tierra sin tener domicilio fijo. El catolicismo romano tampoco les pareció al compararle con la magnificencia del culto ortodoxo, que la comisión recomendó como la mejor religión que había encontrado y la que él debía adoptar, siendo que "su abuela (Olga) la más sabia de los mortales, no la hubiera adoptado a no ser que fuera la mejor". Impulsado por estos motivos no es extraño que Vladimiro consideraba el bautismo como cualquier otro bien que podía conquistar a fuerza de las armas. Juntó sus ejércitos y empezó una expedición contra Constantinopla, demandando de los emperadores Basil y Constantino que le dieran a su hermana Ana como esposa. Ellos temiendo al bárbaro ruso y pensando que sería

(*) Estos se llamaban Teodoro e Iván y han llegado a adorarse como santos en la Iglesia ortodoxa siendo protomártires de la obra cristiana en Rusia.

mucho mejor tenerlo por amigo que por enemigo, consintieron con la condición de que Vladimiro se dejara bautizar primero. Como esto fué precisamente lo que Vladimiro deseaba, mandó decir que le dieran sacerdotes para bautizarlo y hecha la ceremonia llevó a estos como cautivos, junto con la nueva esposa para su capital. Allí mandó dar azotes a sus ídolos y los echó al río. Hecho esto mandó a todos los habitantes de su ciudad, hombres y mujeres, maestros y esclavos, ancianos y niños a meterse al río también, mientras que los sacerdotes en la playa leyeron la ceremonia bautizmal. Así como un apóstol armado Vladimiro empezó la conversión de Rusia al cristianismo. Hecha la conversión nominal, Vladimiro no perseguía las prácticas antiguas, pero sí se ocupó en hacer el culto cristiano tan atractivo como podía.

Se nota un fenómeno extraño en este cruel bárbaro que había conquistado su bautismo a viva fuerza e hizo a su país cristiano por la espada. Conforme él iba estudiando y entendiendo la religión que había adoptado por motivos tan mezquinos, el espíritu de Cristo iba modificando su carácter. El pensó en conquistar a Cristo para sí, pero el fin fué que Cristo venció a Vladimiro. Reconoció el mal que había hecho en vivir con tantas mujeres, y fué fiel a la esposa que había traído de Constantinopla. Su amor por la guerra se extinguió. En lugar de salir a conquistar nuevos territorios a fuerza de sangre y sufrimientos indecibles para los habitantes de ellos, se dedicó a administrar la justicia en su propio país.

Fundó varias escuelas para enseñar a los niños de su reino a leer las Sagradas Escrituras traducidas a la lengua popular. Tenía sus dificultades para conseguir alumnos, puesto que los padres miraron en el arte de leer y escribir una nueva clase de magia y temían por sus niños. Sólo valiéndose de la fuerza

que ejercía como rey Vladimiro logró alumnos al principio.

Edificó muchas iglesias. En el lugar donde había sacrificado los dos cristianos al principio de su reinado, levantó un hermoso templo a la memoria de aquellos mártires. En el lugar donde el dios Perún había estado, hizo otra iglesia hermosa, y así buscaba la manera de dirigir la atención de su pueblo al cristianismo.

Trató de introducir las reformas correspondientes a su nueva fe en las leyes del país, a efecto de templar las costumbres bárbaras. Esto al principio dió por resultado un aumento en el número de delitos y crímenes. Pero a pesar de esto no quiso usar de la pena de muerte contra los malhechores. "Temo pecar" respondía a los que le aconsejaban que había de proceder con más energía contra los criminales. El que había sido cruel y taciturno se llenó de ternura cristiana y el pueblo puso a su rey el apodo de "el gozoso". Cuando murió en el año 1015 (se había convertido en 988) su cuerpo fué despedazado y se dejaron reliquias en todas las principales iglesias de su reino. Su reino fué dividido entre doce hijos y un sobrino.

Así fué cómo Rusia se hizo cristiana. El cristianismo que recibió fué bastante cambiado de la doctrina que enseñaba Jesús. El culto a las imágenes, la celebración de la misa, las vestiduras y demás pompas de los sacerdotes, habían suplantado la sencillez evangélica. Se modificó aún más por su síntesis con las antiguas creencias rusas. Pero esto no debe ocultarnos el hecho de que al fin llegó al pueblo ruso el conocimiento del Evangelio en las Sagradas Escrituras. El hecho de que Rusia recibió el cristianismo de Constantinopla y no de Roma, a lo menos le trajo este bien de darle al pueblo la Biblia en su propio

idioma, y de permitir la lectura a todo aquel que sabía leer. Y por supuesto muchos otros bienes sociales como la abolición de la poligamia, mayor unidad y justicia en la administración del Estado, etc., etc. vinieron a la Rusia con el cristianismo.

HILDEBRANDO

1013 - 1085

SIGLO XI

HILDEBRANDO, EL IDEAL PAPAL DE PODER TEMPORAL

La hora más negra de la noche se dice que es la próxima al amanecer. Así ha pasado más de una vez en la historia de los pueblos y de las instituciones, y así resultó en el siglo X, estudiado en nuestro último capítulo. La desorganización y la desesperación se desvanecieron en el siglo XI ante los adelantos positivos y una esperanza viva en el futuro de la sociedad. Sobre todo se nota un aprecio de valores morales que en el siglo anterior parecía imposible. El año 1000 llegó sin que se verificara el juicio esperado. Al verse equivocados los profetas, supusieron que los mil años debían de contarse desde la ascención de Jesús y no desde su nacimiento, y así fijaron el año 1035 como el año en que había de verificarse la venida del Señor y el juicio final. Pero el pueblo en general al mirar pasar el año 1000 sin que se realizara el esperado juicio, perdió el interés en el asunto y empezó a vivir con más confianza y hacer sus planes para el porvenir.

Lo que faltaba más que otra cosa en el siglo X era un carácter dominante que hubiera podido servir a los cristianos de guía en medio de aquellos tiempos atribulados. Esto tenía el siglo XI en la persona de Hildebrando (después conocido con el nombre de Gregorio VII), quien nació durante los primeros años del siglo en un pequeño pueblo de la Toscana, en Italia. Era de origen humilde, siendo su padre un simple

carpintero. Este, viendo las aptitudes para el trabajo intelectual que poseía su hijo, lo mandó a Roma a estudiar en el monasterio de la Colina Avertina. Terminados sus estudios en esta institución, Hildebrando determinó dedicarse a la vida monástica y fué recibido en el rico y afamado monasterio de Clugni. Siempre practicaba un ascetismo riguroso. Nunca comía carne. Se dice que una vez contó a un amigo que había dejado de comer aún los ejotes y cebollas, por el hecho de parecerle estos muy sabrosos: pues él consideraba que el tomar placer en la comida era un pecado que había que evitar.

Desde el principio Hildebrando mostró talentos especiales para la organización. Así fué que el monasterio le mandó a Roma a arreglar algunos asuntos del mismo ante el peor de los papas, el infame Benedicto IX. Cuando León IX (1045—1054) tomó el gobierno papal, llamó a Hildebrando a su lado para que le sirviera de consejero. Este papa lo hizo superior del monasterio de San Pablo Extramuros en Roma. Dicho monasterio estaba en una situación muy decaída cuando Hildebrando se encargó de él. Se usaba la capilla como un establo y los monjes celebraban sus orgías en compañía de mujeres rameras. Hildebrando con su energía característica, restauró la regla antigua y una disciplina severa.

León IX no tomó ninguna disposición de importancia durante su papado sin consultar con Hildebrando y cuando murió este papa el mismo Hildebrando fué quien nombró al que debía de ocupar su puesto. Varios papas sucesivamente debieron su elección a este "hacedor de papas" como llegaron a llamarle. Pero cuando en 1073 Alejandro II murió, tanto el pueblo como también el clero de Roma, insistieron en que Hildebrando mismo debía ejercer las funciones del Sumo Pontífice. Como nunca había sido ordenado tuvo que

hacerse sacerdote antes de hacerse papa, pero después de la tardanza que esta circunstancia causó, fué consagrado como Vicario de Cristo y guardián de las llaves de San Pedro. Los que le conocían en este tiempo lo describen como "un hombre religioso, de gran ciencia, dotado de prudencia, muy amante de la justicia, fuerte en la desgracia, sobrio en la prosperidad, casto, modesto y hospitalario, desde su niñez bien instruído y enseñado". Pero no dejaba de tener un temperamento soberbio, un genio vehemente y sutil, y una alma capaz de practicar el engaño cuando le parecía necesario. En fin, no hay título que le describa mejor que el de "San Satanás" que le dió un contemporáneo. Sin embargo creo que no erraremos en designar como la fuerza motriz de su vida una pasión de ver la justicia de Dios realizada en la tierra.

Desde luego se puso dos tareas principales como papa; la primera era de hacer la Iglesia suprema sobre todos los poderes seculares, y la segunda la de reformar la vida moral, especialmente la del clero. En lo que toca a esta última, puede llamarse el gran puritano de la Edad Media. Luchaba con gran vigor contra la práctica de la simonía tan común en aquel tiempo. También se oponía a que los obispos fueran nombrados por el poder civil, resultando de esta costumbre que estos obedecían más bien a sus jefes civiles que al jefe espiritual, el papa. Resistía los vicios que se practicaban en los conventos y monasterios y el concubinato en que vivía casi todo el clero. Se oponía, lástima es decirlo, con igual fuerza a que los sacerdotes se casaran legítimamente, uso que aún persistía en esta época a pesar de los decretos de varios de los papas en los siglos pasados.

A la luz de lo que sucedió después de la muerte de Hildebrando, es muy fácil criticar su ideal de dominar a toda la Europa por medio del papado. Pero

para apreciar este ideal justamente y para juzgar a su autor con imparcialidad, no debemos mirar tanto los malos resultados que a través de los siglos trajo consigo, sino entender cuáles fueron las circunstancias y motivos que dieron lugar a él. Europa estaba completamente desorganizada como vimos en nuestro último capítulo. Los pobres eran oprimidos: los jefes de los pueblos vivían del robo; era imposible viajar, comerciar o comunicarse con seguridad; la anarquía más completa reinaba. Había suma necesidad de un poder central para librar a los oprimidos, para poner freno a los abusos de los jefes feudales, para restaurar la seguridad personal y para servir como una corte suprema para adjudicar las diferencias entre los pueblos. Dada esta necesidad y estas pruebas tan claras de que los poderes seculares existentes no daban los frutos de la justicia y el bienestar, y dado un papado que por ser organización dominadora en todos los pueblos se prestaba a ejercer este poder central necesitado, y dado un Hildebrando con su convicción ferviente de que lo religioso tenía que dominar lo civil por ser Dios el Rey de todos los reyes, podemos entender por qué este deseaba un poder temporal para el obispo de Roma, con motivos sinceros y puros, pensando él que sólo así fuera Dios honrado dignamente, y que sólo así la justicia de Dios estaría establecida en la tierra. Su ideal de un mundo dominado por Dios fué el mismo ideal que los cristianos de todos los tiempos han tenido. Su equivocación fué la de confundir la causa de Dios con la del papa. La historia subsiguiente mostró que por ser el papa un hombre, podía abusar de su poder temporal como cualquier otro hombre y que así la soñada teocracia no pasaba de ser un sueño.

Por supuesto Hildebrando tenía que encontrar opositores muy fuertes contra su plan de hacer del papa

el jefe supremo de Europa. Los poderes civiles resistían enérgicamente cada esfuerzo para limitar sus privilegios. Ellos querían emplear a la Iglesia en apoyo de ellos mismos, y dar órdenes a los papas en lugar de recibirlas de ellos. Algunos, como el emperador de Alemania tenía la esperanza de unir a Europa bajo su propio dominio.

No solo tenía Hildebrando que hacer frente a esta oposición de los poderes civiles. También en la misma Iglesia se levantaron enemigos contra él. Cada obispo que había comprado su título, mientras temblaba ante Hildebrando, secretamente buscaba cómo arruinarlo. Cada monje libertino, cada sacerdote desenfrenado, le odiaba por haberse opuesto a su libertinaje anterior y le ponía obstáculos hasta donde le era posible. Los decretos de éste, ordenando reformas en la vida y costumbres de los monjes y del clero, fueron frecuentemente ocasión de motines. Muchas veces los que leyeron los decretos apenas escaparon con la vida y llegó el caso de que se quemara vivo a un sacerdote por defender las ideas de Hildebrando. Este no tenía ejércitos para realizar sus grandes ambiciones y en consecuencia estaba en muchos peligros de sus opositores dentro y fuera de la Iglesia. El que reclamaba autoridad sobre los emperadores y reyes, cuyo privilegio era besar sus pies, fué tomado preso y maltratado por unos ladrones de la misma Roma.

Por otra parte le ayudaban las supersticiones de su tiempo. La creencia en el "poder de las llaves" era muy viva. Todos pensaban que él podía mandar a sus almas al infierno si él quería. Este hecho unido a la energía y visión de Hildebrando, explica cómo él solo, sin ejércitos, podía establecer su poder sobre toda la Europa.

Entre todas las luchas que Hildebrando tenía que sostener la más novelesca fué la que tuvo con Enri-

que IV, Emperador de Alemania. Este al ver que el papa quería hacerse jefe de Europa, miraba en aquello una usurpación de la dignidad que él reclamaba para sí y llamó a un concilio de obispos, priores y nobles de todas partes de Europa que se reunió en Worms en 1075. Este concilio a instancias de Enrique declaró que Hildebrando era un monje apóstata que se había apoderado del papado contra la ley, que usaba de las artes de la magia, que introducía nuevas doctrinas en el Evangelio, etc., etc. La respuesta de Hildebrando fué un decreto destronando a Enrique, librando a su pueblo del voto de obediencia hacia él y llamando a los príncipes cristianos a unirse contra un emperador que no respetaba ni a Dios ni a sus representantes en la tierra. El resultado de este fué que Enrique se halló haciendo frente a una rebelión poderosa de sus mismos súbditos; una rebelión que tomaba incremento de tal modo que se vió en peligro de perder su dominio. No encontró otra cosa qué hacer que pedir perdón al papa. Restituído a su derecho por éste podía contar con el apoyo de su país. El viaje desde Alemania a Italia lo hizo Enrique en uno de los inviernos más fuertes de todo el siglo, acompañado solo por su esposa y un hijo con muy pocos criados, y estos sin armas. Todos iban a pie. Pasados que fueron los Alpes el Emperador se presentó delante del Castillo de Canossa, donde Hildebrando estaba entonces. Tres días Enrique tuvo que esperar en el patio entre la primera y la segunda muralla, descalzo en la nieve y sin comer nada hasta el anochecer. ¡A semejante humillación pudo Hildebrando reducir a sus enemigos! El día cuarto fué admitido a la presencia del papa, todavía descalzo y vestido de penitente. Echándose en tierra ante Hildebrando le pidió perdón. Las severas condiciones que le iba a poner Hildebrando para que recibiese su

reino de nuevo habían sido ya aceptadas por Enrique, y el papa procedió a darle la absolución y recibirle otra vez en el seno de la iglesia católica.

Cantaba el Salmo "ten piedad de mí oh Dios", y al terminar cada estrofa, le golpeaba al Emperador en el hombro con una vara que tenía en la mano. Entonces, después de hacer una oración, le absolvió, devolviéndole su reino y reincorporándole a la comunión de la Iglesia. En seguida hizo preparaciones para celebrar la Eucaristía y propuso a Enrique que tomaran los dos elementos del cuerpo del Señor, bajo la condición de que por medio de éste, el inocente en la pasada contienda fuera limpiado de los crímenes falsamente imputados contra él, mientras el culpable fuera muerto en el acto. Enrique tenía miedo; o su conciencia le acusaba de haber sido el culpable, o la superstición le hizo temer a Hildebrando como a un hechicero. Rehusó tomar la Eucaristía con el papa y por tanto, aunque salió de la presencia de éste absuelto y restituído como miembro de la Iglesia y como Emperador de Alemania, a los ojos del mundo parecía más degradado y culpable que nunca. La espada no se apartó de su casa y al fin murió haciendo frente a una rebelión encabezada por sus mismos hijos.

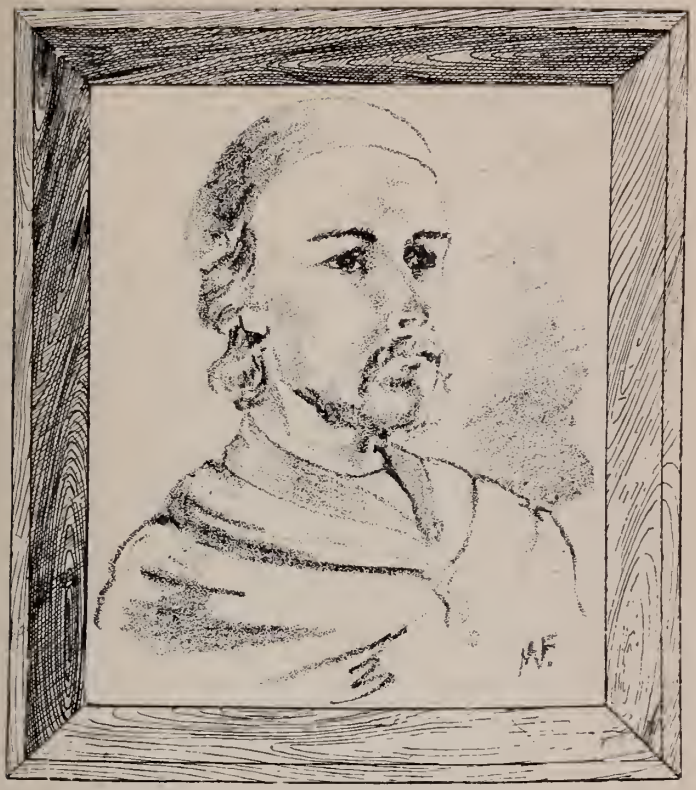
Sin embargo, antes de morir este emperador logró juntar otro concilio, reunido con el objeto de deponer a Hildebrando, y habiendo sido dado el decreto de deposición, Enrique entró en triunfo a Roma a la cabeza de sus ejércitos en 1083 y puso su candidato en el trono pontificial siendo este un individuo que se conoce con el nombre de Clemente. Hildebrando había tenido que huir ante los ejércitos del emperador a quien había humillado; sin embargo pudo juntar un ejército propio con el cual regresó, y habiendo vencido a las tropas del Emperador, los solda-

dos de Hildebrando saquearon y quemaron la ciudad de Roma, hecho que encendió la ira de los ciudadanos romanos contra él, de tal manera que no creyó prudente quedarse en este lugar, y se fué a Salerno con su ejército, donde murió en 1085. Sus últimas palabras fueron estas: "He amado la justicia y he odiado la iniquidad. Por esto muero desterrado".

Hildebrando no ejerció el poder papal más que doce años. Su vida había durado menos de sesenta. Pero en el relativamente corto tiempo que había manejado el papado, primero como consejero y después como el mismo papa, lo había librado de ser juguete de libertinos y lo había hecho el poder dominante de Europa. Después de él nunca se pidió la aprobación de ningún emperador para la elección de un papa. Después de él la única unión que se esperaba en Europa era la unión bajo el poder papal. Hildebrando fué para Europa en el siglo XI lo que Carlomagno había sido en el siglo VIII y lo que Napoleón fué en el siglo XIX.

Con todas sus faltas tenemos que reconocer en él a un cristiano que luchaba por el ideal de una teocracia en que Dios fuera honrado como jefe Supremo. Este ideal lo habían tenido los profetas del Antiguo Testamento. El mismo Jesús enseñaba que debíamos "amar al Señor, nuestro Dios, con todo el corazón y con toda el alma y con toda la fuerza"; en fin, que Dios debe tener el primer lugar en la vida. El que toma esta enseñanza en serio tiene que protestar cuando mira que Dios y su justicia son excluídos de los gobiernos de la tierra. Para el cristianismo, Dios ha de reinar no sólo en el alma individual, sino también en las relaciones sociales. Así mientras que reconocemos el error en que caía Hildebrando en su deseo de lograr este ideal, su ejemplo sin embargo nos inspira a perseguir el mismo fin.

BERNARDO DE CLARAVAL



1091 - 1153

SIGLO XII

BERNARDO DE CLARAVAL. EL PUNTO MAS ALTO DEL ROMANISMO

Los últimos cinco años del siglo XI fueron señalados por la primera cruzada contra los mahometanos. Desde el tiempo de Hildebrando se había concebido la idea de librar la Tierra Santa de los sarracenos que molestaban de muchos modos a los peregrinos cristianos que la visitaban. Hildebrando no había podido llevar su idea a cabo por las luchas que tenía que sostener en la reorganización y moralización de la Iglesia, pero un amigo suyo Urbano II unió a toda la Europa como en una gran avalancha que había de aplastar a los enemigos del cristianismo. Jerusalén cayó en manos de los cristianos en el último año del siglo. ¡Qué cambio tan maravilloso se nota desde el año 1048 que era testigo de la venta del papado por Benedicto, y cincuenta años más tarde cuando toda Europa con entusiasmo y fe se reunió a la bandera de la Iglesia, olvidando sus diferencias locales y sacrificando bienes y vidas por ella! Este cambio corresponde casi exclusivamente a la perseverancia, sagacidad y sobre todo a la fe de Hildebrando.

La Europa estaba para empezar la primera cruzada cuando nació Bernardo en el año 1091. Era el tercer hijo de una familia aristocrática de Borgoña. Sus padres eran personas piadosas, unidas en el propósito de criar a sus hijos en la fe cristiana y enseñarles a vivir conforme a la regla evangélica. Se dice del padre de Bernardo que como jefe feudal siem-

pre auxiliaba a los pobres y que prefirió tener pérdidas en sus intereses antes que parecer injusto. Aun muy joven Bernardo quedó huérfano de madre. Manifestó ésta en su lecho de muerte el gran deseo que tenía de que sus hijos se dedicaran al servicio de Dios, deseo que impresionó hondamente a Bernardo.

Sin embargo no dispuso dedicarse a la vida religiosa cuando ya como joven empezaba a pensar en la carrera que había de elegir. Vacilaba entre la vocación de caballero de armas y la científica, pues desde niño mostró aptitudes para la vida intelectual. Estaba aún indeciso cuando un día, yendo a caballo a reunirse con su padre y sus hermanos para el asalto de un castillo enemigo, sintió que su madre le apareció en el camino, reconviniéndole por no haberse dedicado al servicio de Dios. Se apeó ante una capilla al lado del camino y entrando oró al Sér Supremo pidiendo le recibiese, "derramando su corazón como agua en la presencia de Dios". Refiriendo lo ocurrido a sus hermanos después los instó para que todos juntos entraran en un monasterio y se dedicaran así a servir a Dios exclusivamente. Tal era su sinceridad y el ascendiente que tenía sobre los que le rodeaban que todos sus hermanos y varios otros jóvenes de entre sus amigos entraron como aspirantes en el Monasterio de Chatillon, donde permanecieron por unos tres meses mientras que se preparaban para su nueva vida y arreglaban sus negocios. Después de este tiempo y en número de más de treinta, hicieron sus votos en el monasterio de Citeaux. Este monasterio era uno de los más austeros. Bernardo quedó sólo un año en él. Cumplido éste y cuando no tenía más que 23 años de edad sus superiores lo escogieron para ser un prior de 12 monjes que con él fueron destinados a fundar un nuevo monasterio en el lugar salvaje e inculto de Claraval.

Aquí estableció Bernardo la institución que había de hacer famosa. Disputaron a la naturaleza palmo a palmo el terreno, construyendo su oratorio y su casa de habitación, y desmontando un pedazo de terreno para hacer las siembras que más necesitaban. Muy pronto aquellos lugares agrestes tomaron un aspecto pintoresco y culto por la presencia del monasterio, la fama del cual se extendió rápidamente por todas partes, y esta institución después de pocos años, vino a ser de una gran importancia en toda la Europa, habiendo sido la cuna de más de cien monasterios que se establecieron con monjes del centro primitivo.

Desde el principio, Bernardo observó e hizo observar a sus subordinados de manera estricta, la regla que él había adoptado, que era la de Benedicto Cisteniano, que mandaba la mayor sobriedad en el uso de alimentos y bebidas.

El monasterio de Bernardo llegó a convertirse en poco tiempo, en un gran centro de beneficencia y de instrucción. Allá acudían todos los pobres y necesitados de un auxilio y los enfermos que no tenían quien los curara, y éstos siempre encontraron amparo en el generoso corazón de Bernardo y sus monjes. Enseñaba a los campesinos mejores métodos de cultivo, haciendo progresar con esto la agricultura, y en lo que toca a ciencia y a literatura tenía ocupados siempre a varios monjes, tanto en el monasterio central como en los otros de su orden, haciendo copias de las Sagradas Escrituras y de los mejores modelos de los filósofos y poetas griegos y latinos.

Bernardo de Claraval como jefe de esta gran institución y más que ningún otro de su tiempo, luchó por mejorar la condición del pobre y del criminal, trabajando en el ánimo de los señores feudales para lograr mejor tratamiento de sus vasallos, y dando el ejemplo con pobres que tenía a su mando para

el cultivo de los terrenos del monasterio. Como ejemplo puede citarse lo siguiente: Un día Bernardo encontró en el camino a un conde que llevaba un ladrón para ajusticiarle en la horca y suplicó le perdonara la vida. Al no ceder el conde, Bernardo se depojó de su hábito de monje y lo puso al ladrón, quitando el lazo con que llevaban del cuello al condenado. El conde no queriendo deshonrar el hábito de los monjes, dejó que Bernardo llevara al reo al monasterio donde vivió más de treinta años, habiéndole reconocido como hermano.

Pero la importancia de Bernardo para su siglo y para el cristianismo en general no consiste solamente en su obra de organización y sus obras de caridad y misericordia. Como filósofo, como teólogo y como místico ha dejado una herencia imperecedera. Muchos miran en él un protestante anterior a la reforma de Lutero y no sin razón, pues participaba de muchas de las opiniones que han venido distinguiendo al protestantismo a través de los siglos. Sin negar otras fuentes de revelación él se atuvo exclusivamente a la de las Sagradas Escrituras. Sin negar tampoco la doctrina de la adoración de los santos, buscaba la unión mística con Dios mismo. Veía claramente el peligro que encierra el sistema papal. Escribió una vez al mismo papa: "Yo no temo para tí ningún veneno, ninguna espada, tanto como tu deseo de dominación. Yo no te ahorro regaños para ahorrarte castigo. Pedro cuyo representante eres tú, no supo nunca nada se ser llevado en procesión en un caballo blanco cargado de adornos y alhajas, de seda y de oro, rodeado de soldados ayudantes que cantan tus alabanzas. En esto te muestras más sucesor de Constantino que de Pedro. Debías concretarte a tu misión de evangelista y pastor". "Tú tienes a la verdad plenitud de poder, pero parece que no tanta justicia. ¿Eres

tú entonces más grande que tu Maestro, quien dijo: no vine a hacer mi voluntad propia?'' Otra cosa que une a Bernardo al protestantismo es su oposición al dogma de la inmaculada concepción de María. Se debe a su oposición el hecho de que este dogma fué declarado como tal hasta el siglo XIX. Bernardo arguía con mucha razón que si era necesario admitir la inmaculada concepción de María para asegurar la de Cristo, también tendrá que admitirse la inmaculada concepción de la madre de María y de todas sus ascendientes. La tolerancia que el protestantismo ha aprendido en el transcurso de su historia fué cosa que Bernardo predicaba constantemente. El sabía que el amor puede más que la fuerza. Quiso ganar prosélitos para la Iglesia, pero sólo por métodos persuasivos. Más de una vez interpuso su influencia con los príncipes y el populacho para evitar matanzas de los judíos vivientes en Europa, como también para que no mataran a los cismáticos de la época.

Si en lo expuesto Bernardo parece protestante, en otros conceptos está muy lejos de serlo. Su controversia con Abelardo y sus esfuerzos vehementes para que volvieran a la madre Iglesia romana todas las iglesias cismáticas que ya se habían formado en este siglo y que tenían los primeros visos del protestantismo, son pruebas suficientes de su amor por aquélla.

Uno de los acontecimientos de mayor importancia en la vida de Bernardo fué esa controversia con Abelardo. Este había tenido una carrera bastante variada mas aunque viejo y quebrantado de salud en el tiempo de su encuentro con Bernardo era el maestro de dialéctica más temido de Europa. Se le acusó de herejía en un concilio eclesiástico en Sens en el año 1141. Bernardo llevaba la palabra como acusador hablando con tanta convicción, claridad y amor, que el mismo Abelardo no quiso contestar y apeló a Roma

sin más trámites. La controversia con Abelardo puede entenderse como una entre el racionalismo y el misticismo, o entre la cabeza y el corazón. Abelardo quería someter todas las doctrinas religiosas a la razón. Bernardo aceptaba con humilde fe la revelación divina.

El siglo de Bernardo vió la formación de las primeras sectas que se separaron de la iglesia romana, a causa de la corrupción de la misma. Entre éstas la fundada por Pedro Waldo merece especial atención. Contaba cientos de miles de miembros en Francia, Alemania y Bohemia y era en todas sus prácticas y creencias evangélica y protestante. Bernardo simpatizaba con la pureza de vida y costumbres predicada por los separatistas, pero con todo su misticismo miraba en la Iglesia histórica y visible a la esposa de Cristo que debía llenar el mundo con su poder. Así trabajaba para que los separatistas volviesen a la iglesia romana. Claro es pues que Bernardo no puede considerarse protestante. Lo que nos interesa más no es clasificarlo sino notar cómo el espíritu de Jesús se manifiesta en él y por su medio influía a su siglo.

Es sabido como el reino establecido en la tierra santa por los ejércitos de la primera cruzada se debilitó al poco tiempo por estar lejos de su base y por rivalidades entre sus mismos miembros. No tenía cincuenta años aún cuando se encontró en la necesidad de ceder algunos de los territorios conquistados a los sarracenos. Esto causó un sentimiento de vergüenza en el alma ardiente de Bernardo y determinó hacer cuanto pudiera para fortalecer el reino cristiano en Palestina. Iba de ciudad en ciudad predicando una nueva cruzada, haciendo la reseña de los sufrimientos que los peregrinos cristianos soportaban entre los musulmanes y la gran necesidad de ayudar a los herma-

nos que estaban casi sitiados en Jerusalén. Decía que era un deber cristiano correr en ayuda de aquellos, y su elocuencia era tal, que muchas mujeres procuraban que sus esposos e hijos no le oyeran, temiendo ser olvidadas y que éstos tomarían las armas para alistarse en las filas de la cruzada, causa del entusiasmo que Bernardo hacía nacer en su corazón por la causa cristiana. Como muestra del poder de la elocuencia de Bernardo citaremos el caso del emperador de Alemania que al principio mostró muy poco interés en la cruzada, no queriendo imponer a su pueblo los grandes sacrificios de dinero y vidas que esta campaña requería. Sin embargo Bernardo logró predicar en una iglesia en presencia del Emperador, y se dirigió a él, pintando todas las bendiciones que Dios había dado a la persona y familia imperiales, indicando los honores, riquezas, poder, vastas posesiones e influencia con que el Creador había querido agraciarlos y entonces refiriéndose al juicio final, exclamó: "Qué contestarás cuando en el tribunal supremo Cristo te diga: ¡Oh hombre! ¿Qué no he podido hacer por tí que no haya hecho? y tú ¿no has querido hacer algún poco por mí?" En medio de este discurso Conrado, el Emperador, grandemente afectado por las palabras de Bernardo, comenzó a llorar y exclamó: "Yo reconozco las dádivas del favor divino y no me mostraré ingrato por ellas. El me ayuda y yo le serviré". Un grito de gozo del pueblo acogió estas palabras y Conrado, tomando de Bernardo la enseña de la cruzada salió del templo entre los vítores de sus súbditos.

Bernardo no se sintió llamado a acompañar la expedición personalmente y quedó en su monasterio una vez que la cruzada había empezado su marcha. No estando él para animarlos, los cruzados luego perdieron su entusiasmo y su celo, como suele suceder cuando un movimiento se debe a la visión y energía

de una sola persona y ésta se encuentra ausente. Apenas puestos en camino comenzaron a reñir entre sí y no llegó a Palestina sino una pequeña parte de los que con tal objeto salieron de Europa, y éstos lejos de ayudar a sus hermanos cristianos comenzaron a atacarlos, debilitando aún más la causa de la cristiandad, cosa que llenó de gran tristeza el alma de Bernardo.

Aunque la cruzada iniciada por éste fué un fracaso, legó sin embargo un gran bien a la posteridad en la orden de los Templarios, fundada por él. Estos caballeros se encargaban de defender de la barbarie de los turcos a los peregrinos que iban a la Tierra Santa.

El papa Honorio II murió en el año 1180. Antes de su muerte en una sesión familiar que hubo entre los cardenales, se había designado como el más apto para sucederle, al que después se llamó Inocente II. Pero cuando los cardenales se unieron en cónclave formal, la mayoría de votos fué a favor de Pedro Leonidas que ascendió al trono papal con el nombre de Anacleto II. Este individuo era nieto de un judío que por conveniencia más bien que por convicción se había convertido al cristianismo. Se acusaba a Anacleto de haber logrado su elección por medio de intrigas y soborno, y se formaron dos partidos entre los cardenales. Anacleto siendo el electo, quedó como papa, e Inocente fué a quejarse a los monarcas europeos. Cuando llegó a Francia el rey reunió un concilio para estudiar el caso y este concilio decidió dejar la resolución de este asunto difícil al arbitrio de Bernardo, prometiendo tanto el rey como también el concilio seguir su juicio. Bernardo opinó que Inocente debía ser el papa, guiado por el hecho de que Anacleto había usado medios poco cristianos para lograr su elección, y de que Inocente era más

animado por los ideales espirituales del cristianismo que su antagonista. Por esta decisión de Bernardo Francia reconoció a Inocente como papa, y con este apoyo Bernardo comenzó una campaña en favor de su amigo en todos los países europeos, que fué una serie no interrumpida de triunfos, hasta poner a Inocente en el solio papal.

A pesar de estas actividades que ligan el nombre de Bernardo indisolublemente a la historia de su siglo, no eran ellas el centro de su vida. Su anhelo constante fué por la tranquilidad del monasterio y la comunión íntima con su Dios. Todas las demás fases de su carácter no son más que el resultado de la espiritualidad de su alma. Bernardo es un buen ejemplo para desconcertar a los que piensan que el misticismo es estéril para la vida práctica. Otras personalidades contemporáneas de puros y elevados sentimientos, habían desesperado de este mundo y de la Iglesia a causa de la corrupción que reinaba por todos lados, y se refugiaron en un misticismo inactivo que se contentaba con la esperanza de un mundo de ultratumba, justo y feliz. Entre estos personajes estuvo Bernardo de Cluny, autor del conocido himno, "Jerusalén la excelsa". Nuestro Bernardo no fué así. Reconocía en la vida de comunión con Dios, la verdadera vida, pero este mismo misticismo le impulsaba a sufrir cualquier sacrificio y emprender cualquier empresa que fuera en provecho de la humanidad.

A la edad de 60 años en 1153 falleció en su propio monasterio. Su muerte prematura se debió al cansancio que le ocasionaron sus múltiples y esforzados trabajos en pro de la fe cristiana, en unión con las privaciones que su ascetismo le impuso. Fué llorado por todo el mundo cristiano, que vió en él reflejado con una claridad innegable el espíritu de su Maestro.

Los siglos XII y XIII quedan en la historia como

el punto más alto en el desarrollo del catolicismo romano. Son su edad de oro. El papado ejercía un poder supremo poniendo y quitando reyes, reuniendo a Europa contra los sarracenos y disponiendo las leyes que habían de regir en el mundo cristiano. En su mayoría los papas eran hombres de talento y juzgados por las normas de su tiempo eran buenos. Es la edad de sus principales teólogos. Anselmo todavía alcanzó el siglo XII. Tomás de Aquino era del siglo XIII. Es también la época del misticismo más puro manifestado en hombres como Bernardo y Francisco de Asís, de quien hablaremos en seguida.

SAN FRANCISCO DE ASIS

1182 - 1226

SIGLO XIII

FRANCISCO DE ASIS.—VOLVIENDO A JESUS.

Después de la muerte de Bernardo de Claraval se organizó la tercera cruzada para librar la Tierra Santa de los sarracenos. Esta también fracasó, dejando la Palestina en poder de los mahometanos. Los papas continuaban luchando con los emperadores alemanes. Viendo la confusión que había resultado del método seguido en la elección de los papas el Tercer Concilio Laterano, celebrado en 1179, dictó las reglas que se han seguido desde entonces, evitando así muchos de los abusos anteriores.

En el año 1189 y en el pueblo de Asís, región montañosa de la Italia central, nació Francisco Bernandone, conocido en la historia como Francisco de Asís. (*). Su padre era mercader ambulante que en pocos años reunió una fortuna considerable y llegó a ser uno de los principales de su pueblo. Su madre era una mujer muy devota, pero sin gran fuerza de carácter. Francisco era el único hijo de este matrimonio, y por la ausencia de su padre y la poca disciplina de su madre, creció a su capricho y voluntad, sin que hubiera ninguna persona que le pusiera obstáculos a sus desvíos. Llegando a la mocedad trató de ayudar a su padre en el negocio y mostró gran capacidad para el comercio: sin embargo la mayor parte de su tiempo lo pasaba entre sus amigos, vagan-

(*) La tradición ha hecho a Francisco nacer en un establo como su Señor. Se conserva la casa aún en que pasó su juventud y esta guarda su primitiva forma.

do y bebiendo. Tomó parte en una batalla de su pueblo con Perugia, cayó en manos del enemigo y pasó un año en la prisión. Saliendo de ésta, volvió á la vida antigua hasta que un día a causa de sus excesos alcohólicos cayó enfermo.

Por varias semanas estuvo entre la vida y la muerte, pero al fin pasó la crisis y entró en la convalescencia. Esta enfermedad sirvió para llamar la atención de Francisco a la seriedad de la vida y para mostrarle que los llamados placeres del mundo, lejos de dar un gozo verdadero a la vida, llevan a las personas que los prueban hasta el extremo de tener asco de sí mismas.

Ya restablecido Francisco trató de evitar la compañía de sus amigos libertinos de antes, prefiriendo pasear solo por el campo. En uno de sus paseos encontróse con el maestro de la escuela del pueblo, quien también amaba más la soledad del campo que las alegres reuniones. Fué este maestro de escuela el que primero dirigió el pensamiento de Francisco hacia Dios, y le habló de la paz del alma, que se encuentra en la contemplación de las cosas eternas.

Pero no era tan fácil desprenderse de sus amigos anteriores que constantemente le invitaban a reunirse con ellos, y al fin Francisco parecía ceder ante sus instancias y los invitó a un suntuoso banquete. Pero no se ponía alegre como antes y sus compañeros empezaron a reprocharle su tristeza, diciendo por vía de broma que sin duda estaba enamorado y pensaba casarse. Francisco contestó: "Sí, estoy resuelto a tomar esposa, pero es una esposa infinitamente más rica, más bella, y más pura de lo que vosotros os podéis imaginar". Había resuelto dedicarse al servicio de Dios.

Esta resolución la había tomado Francisco sin pensar en los detalles de cómo iba a servir a Dios.

Empezó por dar un socorro a cada mendigo que encontraba y por pasar mucho tiempo en oración en las diferentes iglesias y capillas que había en el pueblo de Asís. Cerca del hogar de Francisco había una pobre capilla con un cuadro de Jesús crucificado (*) muy expresivo que parecía decirle: "Todo esto sufrí por tí, ven a mí". Frecuentaba aquel lugar más que a los otros templos, pagando al sacerdote encargado para que cantara muchas misas y le leyera las Sagradas Escrituras. Un día mientras que escuchaba la lectura atentamente, oyó las palabras de Jesús recordadas en Mateo capítulo 10. "Id pues y predicad diciendo: ¡el reino de los cielos se ha acercado! Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, echad fuera demonios. De gracia recibisteis, dad de gracia. No os proveáis de oro, ni de plata, ni de cobre en vuestros cintos, ni de alforjas para el camino, ni de dos túnicas, ni de zapatos, ni de báculo, porque el trabajador es digno de su alimento". Estas palabras llegaron a Francisco como la voz del mismo Dios y luego trató de poner en práctica lo oído. Fué a un pueblo vecino, vendió su caballo y sus vestidos elegantes y regresando puso este dinero sobre el altar de la capilla en donde Dios le había hablado. La noticia de este hecho corrió por el pueblo y llegó a oídos del padre de Francisco que miraba en aquello una vergüenza para la familia, y fué iracundo a la capilla a pedir al sacerdote que le devolviera a su hijo y su dinero. Este devolvió el dinero al padre, pero Francisco se escondió, renunciando su herencia poco tiempo después y entrando al servicio de la iglesia. Su padre encolerizado de tener un hijo que hiciera cosas tan locas, a su modo de pensar, quiso desterrarle para

(*) Este cuadro aún se muestra a los peregrinos que visitan la Iglesia de Santa Clara en Asís. Fuera de su interés histórico no tiene nada extraordinario.

no oír su nombre más en el pueblo. Pero el obispo protegía a Francisco. Así es que su padre le acusó ante éste de haberle robado. Al oír esta acusación Francisco se quitó toda su ropa y haciendo un paquete de ella con las demás posesiones mundanales que había adquirido con el dinero que su padre le había dado le entregó todo diciendo que desde aquel momento no tenía otro padre que su Padre Celestial. Salido de la presencia de ellos desnudo como estaba, un viejo hortelano le dió una ruda y gastada túnica que fué su único vestido al comenzar su ministerio.

Trabajando con sus propias manos, principió a edificar algunas capillas arruinadas en el vecindario, recibiendo su sustento de los sacerdotes y campesinos que le querían ayudar. Este procedimiento tan extraño llamó mucho la atención del pueblo, y todos hablaban de él, unos en pro y otros en contra. Cierto hombre rico de Asís, que sufría remordimientos de conciencia, hondamente impresionado por la conducta de Francisco, le llamó a su casa un día para hablarle de su alma. Toda la noche conversaron y a la mañana siguiente este rico, convencido por Francisco de que la verdadera felicidad podía encontrarse sólo despojándose de sus posesiones materiales, llamó al pueblo a su casa y regaló todos sus bienes, primeramente a los mendigos y pobres, después a cualquiera que llegara. Entonces se vistió con una túnica pobre como la de Francisco y salio con éste a ganar su pan con los campesinos y a predicar el Evangelio. Otros individuos siguieron luego este ejemplo y Francisco les dió una regla para su vida, consistiendo de consejos sobre el trabajo manual, juntamente con las palabras de Jesús ya citadas, que habían engendrado en él la idea de seguir la vida de pobreza.

El papa Inocente III al principio no quería permitir este nuevo movimiento, mayormente porque el

año anterior el cuarto Concilio Laterano había prohibido la formación de nuevas órdenes monásticas. Pero cuando Francisco mismo fué a Roma y abogó por su causa, el papa comprendió que la nueva orden podía suplir precisamente lo que faltaba en la Iglesia, es decir el contacto con la gente pobre, con las masas de los pueblos; contacto que había sido perdido por las mismas riquezas del clero y su lujo de vida. Así no tardó en dar su aprobación al movimiento iniciado por Francisco.

Habiendo cumplido la segunda parte del mandamiento de Jesús que encomendaba despojarse de bienes mundanos, y armado con la aprobación del papa, Francisco empezó a cumplir la primera parte del mandamiento, la de predicar el Evangelio y sanar a los enfermos. Comenzando con Italia, emprendió una campaña evangelizadora que ocupó sus esfuerzos durante los años que aún le quedaban, y antes de su muerte vió extendida esta campaña por medio de sus discípulos hasta Alemania, Hungría, y aun a ciertos países mahometanos, como Siria y Marruecos.

Tanto en su predicación como en su modo de vida, Francisco y sus monjes siguieron el ejemplo de Cristo hasta llevarlo al ridículo. Se cuenta de Francisco por ejemplo, que una noche estaba hospedado en la torre de un castillo con relativa comodidad, cuando su conciencia empezó a acusarle de estar bien, y salió de la torre aquella noche que era obscura y tempestuosa, y en la nieve caminó a pie hasta encontrar una posada más humilde. Otra vez encontrándose con un hermano de su orden y preguntándole de dónde venía, el hermano le contestó que venía de la choza del mismo Francisco. Al oír esto Francisco quedó pensativo y entonces dijo: "Este mi discípulo puede decir por lo menos que yo tengo una choza que se llama mía, cuando el Divino Maestro dijo: "Las

zorras tienen sus cuevas y las aves del cielo sus nidos, mas el Hijo del Hombre no tiene donde recostar su cabeza''. Desde entonces no quiso tener ni siquiera una choza y dormía donde la noche le encontraba.

No hemos de pensar sin embargo que Francisco seguía el ejemplo de Cristo como una ley muerta a la cual tenía que conformarse. El espíritu de Cristo obraba en él una libertad de pensamiento y de acción verdaderamente maravillosa cuando consideramos la época en que vivía. Miraba en los animales y pájaros y aún en los cuerpos celestiales, hermanos suyos, criaturas del mismo Padre que había dado a él la vida. Hablaba con ellos como con sus amigos. Pero la comunión que más gozaba fué con Dios mismo y lo que contemplaba con más devoción era el cuadro de los sufrimientos del Salvador en la cruz, padeciendo con amor por el mundo. Muchas veces como el mismo Jesús, pasaba la noche en oración, experimentando un éxtasis que le privaba del conocimiento del mundo exterior. En uno de estos éxtasis vió un querubín que descendía desde lo alto de los cielos con una cruz en la mano y acompañado de una música dulcísima. Cuando salió de su éxtasis se encontró con que sus manos y pies y sobre su costado tenía unas cicatrices como los que el Señor tenía por su crucificación. No nos ocupamos en explicar cómo sucedió esto. El hecho está probado sin dejar lugar a dudas.

Si antes de este suceso el pueblo había mirado en Francisco un santo por su modo apostólico de vida, después vino a ser considerado como una verdadera reliquia viviente, capaz de estupendos milagros. Hasta sus uñas y sus cabellos recortados se usaban como amuletos para curar a los enfermos. Se cuenta que una mujer enferma sanó inmediatamente, con sólo haber arrollado sobre su cuerpo el freno del caballo de Francisco.

Siguieron las cruzadas en el tiempo de Francisco y él acompañaba una expedición, no con el objeto de pelear sino con el deseo si fuera posible de convertir a los musulmanes por medio de la razón y el amor. Varias veces antes de que entraran en combate los dos ejércitos, Francisco logró acercarse a los mahometanos y predicarles el Evangelio. Fué oído con todo respeto, pero no tuvo ningún fruto de conversiones. En este tiempo visitó Jerusalén y se estableció unos meses en Belén.

Juntamente con la orden de Francisco se había fundado la de los dominicanos. Estas dos órdenes monásticas se diferenciaban de las demás en el hecho de que mientras las otras huían del mundo, encerrándose entre unas paredes para buscar a Dios, estas se dedicaban a una actividad en medio del mundo. Su crecimiento fué rápido y muy pronto llegaron a ser los verdaderos guías espirituales de los pueblos europeos que cansados con la corrupción y egoísmo del clero regular, habían empezado a entrar en sectas como la de los catarenses, los albigenses y otras. Algunas de estas sectas predicaban el Evangelio en toda su pureza, otras lo habían mezclado con elementos extraños al cristianismo resultando un sistema más o menos como el del espiritismo en el día de hoy. Todas cedieron ante la actividad de los monjes de las órdenes de San Francisco y Santo Domingo, que por su manifiesta sinceridad, la sencillez de su predicación, y el ejemplo de una vida de pureza y sacrificio, ganaron la confianza de todos. El papa viendo cómo andaban las cosas quiso sustituír el clero regular por hermanos de estas órdenes y así ganar de nuevo la buena voluntad de las masas para la Iglesia. Tomó esta disposición mientras Francisco estaba en Belén. Al oírla Francisco regresó inmediatamente a Italia oponiéndose a semejante medida. El sabía que

en el momento en que sus discípulos escalaran los elevados puestos en las grandes iglesias, nacerían los celos, entraría la corrupción y serían odiados por las masas como era el clero regular. A pesar de la oposición de Francisco la disposición del papa se cumplió. Francisco tenía una extremada humildad. Aunque él centralizaba su doctrina en una comunión directa con Dios por medio de la meditación y la oración y aunque la doctrina católico-romana pone multitud de intermediarios entre Dios y los hombres, como son la virgen, los santos y los sacerdotes, Francisco nunca expresaba dudas sobre estos puntos ni se revelaba contra el papa, en quien miró hasta el fin de su vida al Vicario de Cristo. Al ver sus convicciones sagradas contrariadas por el papa no se separó de la Iglesia para fundar una organización separatista. Lo que hizo fué retirarse de dirigir su orden, puesto que ya no andaba conforme a sus convicciones.

Sólo dos años le quedaban de vida y éstos los empleó predicando de pueblo en pueblo por la Italia central. Sin residencia fija se hospedaba en las casas de las gentes piadosas o pernoctaba en cualquier punto del campo. En una ocasión perdió la vista temporalmente por espacio de unos quince días, siendo atormentado además por una multitud de ratas que había en el lugar donde se encontraba. Cuando recobró la vista, compuso un himno titulado "Al Sol", que es famoso en la historia. (*).

(*) Damos una traducción que el buen amigo Osmundo Arriola nos ha preparado, por parecernos que los conceptos nobles de Francisco están bien interpretados dentro del ritmo de esta poesía.

HIMNO AL SOL

(*De Francisco de Asís*)

Son para ti las alabanzas,
Omnipotente y buen Señor,
también es tuya toda gloria
y los honores tuyos son;

En seguida de haber escrito este himno, Francisco y algunos de sus discípulos fueron cantándolo de

---

y solo a Tí, Señor altísimo,
debemos todos el amor,
que hombre ninguno acaso es digno
de merecer tu bendición!

Te alaben todas las criaturas
con mi señor hermano sol,
que por él vemos tu luz bella
al dar el día su esplendor;
él es hermoso, y es radiante,
y con su gran fulguración
es él un símbolo divino
de tu bondad, alto Señor!

La hermana luna y las estrellas
alaben siempre al Padre Dios,
que bondadoso allá en el cielo
bellas y claras las formó;
por el hermano viento, sea
siempre alabado mi Señor,
y por el aire, y por la niebla,
y por el cielo y la estación
con la cual brinda a sus criaturas
vida y sostén bajo del sol!

La hermana agua se extasíe
con alabanzas al Señor,
por haberla hecho humilde y casta
y útil a toda la creación!
Por el hermano fuego, sea
siempre alabado el gran Señor,
que en él la noche se ilumina
y en su belleza se alegró!

Por nuestra hermana madre tierra
sea alabado el alto Dios:
nos sustenta ella, y nos sostiene,
y da los frutos, y la flor,
y la yerba. ¡Rendidle gracias
al Señor santo que nos dió
estas cosas, y sed humildes,
servidle todos con amor!...

Osmundo AREIOLA.

pueblo en pueblo, y tomaron el nombre de "Juglares del Señor". Como este canto no hacía ninguna alusión a la Iglesia ni a sus sacramentos, el Papa se enfadó muchísimo y dijo que era un canto herético; pero la gente siempre lo oía con mucho gusto, recibiéndo a Francisco y a sus hermanos con gran regocijo. De todas partes acudían a él para tocar sus manos y sus pies y así curarse, y tal era la fama que de milagroso tenía, que hasta sus huellas también se les suponía poder de obrar milagros. La vida tan severa que llevaba, debilitaba cada día más su cuerpo, y las diferentes poblaciones por donde pasaba, trabajaban por retenerlo en su seno, con la mira de que si moría, sepultarlo en su recinto, pues se consideraba una gran dicha el que una ciudad guardara el cadáver de un santo entre sus muros.

Francisco sin embargo, no quiso aceptar nunca las propuestas que le hacían para radicarse en determinada población, y entre una escolta de soldados que le dieron en uno de los puntos de tránsito, regresó a Asís, su pueblo natal, donde falleció el 3 de octubre de 1222, a la temprana edad de 46 años. (*).

Dos años después de su muerte fué canonizado por el Papa, pero sus discípulos que imitaron su gran ejemplo de vida apostólica fueron perseguidos y muertos. La regla de su orden fué cambiada en su esencia y finalidad por el Sumo Pontífice, con el fin de poder aprovechar los servicios de la orden en favor de la Iglesia Romana, y la historia de la vida de Francisco, aunque en realidad está llena de episodios interesantes y de gran valor moral, fué completamen-

(*) Sobre el sepulcro de Francisco se ha levantado un templo grandioso que se divisa desde lejos en el lado de la montaña en que se encuentra el pueblo de Asís. Contiene tres pisos y está adornado con hermosas pinturas que anuncian la vida entera del santo. Es objeto de visitas constantes de peregrinos y turistas.

te cambiada, añadiéndose elementos de superstición para apoyar mejor el sistema papal. Francisco que fué en su vida gran amigo y educador del pueblo, después de su muerte fué usado como medio de mantenerlo en la ignorancia y la superstición.

Vemos ahora que el método de Francisco de seguir a Jesús renunciando toda posesión material, no es un efectivo medio de ayudar a nuestros semejantes. Sin embargo no podemos menos que admirar la sinceridad con que se dedicó a cumplir el Evangelio en su vida y ver en él al cristiano "por excelencia" de su siglo.

JUAN WYCLIFFE

1320 - 1384

SIGLO XIV

JUAN WYCLIFFE.— PRINCIPIOS DE LA DECADENCIA DEL ROMANISMO

En el siglo de Francisco de Asís, bajo Inocente III, el papado había llegado a la más grande altura de su prestigio y poder. Pero después de la muerte de este papa, su influencia empezó a disminuir debido a luchas que se entablaron entre los obispos de Roma y los emperadores de Alemania y los reyes de Francia. Después de ochenta años de lucha, ascendió a la dignidad papal Bonifacio VIII (1294—1303) hombre enérgico que determinó reconquistar para la jerarquía romana el prestigio que había gozado en tiempos de Inocente III.

Felipe "el Hermoso" reinaba en Francia. Este rey había tomado para usos de su gobierno, varias propiedades de la Iglesia, hecho que dió lugar a reclamos por parte de Bonifacio. Felipe le contestó que en las cosas temporales todos los propietarios de terrenos situados en su reino, aún el mismo papa, tenían que estar sujetos a su autoridad. Entonces fué cuando Bonifacio lanzó al mundo su famosa bula, "Unam Sanctam" en la cual reclamaba que todos los cristianos estaban sujetos a su autoridad, tanto en lo temporal como en lo espiritual, y que nadie que se rebelare contra el papa aun en sus disposiciones políticas podría esperar la salvación. La contestación de Felipe a esta bula fué hacer la guerra al papa a quien venció e hizo su prisionero, muriendo Bonifacio en el cautiverio. Su sucesor Benedicto XI murió repenti-

namente, después de ejercer la autoridad papal por solo nueve meses. Felipe, valiéndose de este suceso, logró por medio de intrigas y sobornos, que se eligiera como papa a Clemente V persona de su agrado e instrumento dócil en sus manos. Para tener al papa más cerca y para que obedeciera mejor así sus indicaciones, Felipe dispuso que la corte papal se trasladara de Roma a Avignon, en Francia, donde quedó por setenta años. Durante esta "Cautividad babilónica" del papado (1305—1375), como se le ha llamado a este período en la historia, los papas sucesores de Clemente V no fueron sino instrumentos de los reyes de Francia.

Por este tiempo Inglaterra sostenía contra Francia la interminable guerra "de los cien años". Esta guerra contribuía a causar cierta fricción entre el gobierno de Inglaterra y el papado. En primer lugar el papa vendía los obispados y otros oficios eclesiásticos a extranjeros que explotaban a sus feligreses, en lugar de mirar por su interés espiritual. Muchos prelados recibían las rentas hasta de cuarenta o cincuenta parroquias, siendo establecidos como vicarios en todas ellas, pero por supuesto no visitando la mayor parte de ellas ni una vez al año. Desagradó al gobierno y al pueblo inglés tener a estos extranjeros, muchos de ellos de la nación a quien hacía la guerra, como directores religiosos. También mirando en el papa un instrumento de su enemigo el rey de Francia y pensando que cualquier apoyo al papa era un apoyo a su enemigo, dejaron de pagar la contribución acostumbrada. Agotados los recursos de la nación por los enormes gastos que tenía que hacer para sostener el ejército inglés que luchaba en el continente, el gobierno real determinó tomar una medida más radical, cual era imponer una contribución sobre los bienes de la Iglesia en Inglaterra, que en ese tiempo

abarcaban la tercera parte de los terrenos del reino. Se dice que las rentas de la jerarquía romana entonces eran el doble de lo que recibía el mismo gobierno. Para justificar al gobierno en este proceder, se contaba la siguiente parábola por este tiempo: Un buho desplumado para no morirse del frío, suplicó a los demás pájaros que le dieran plumas con que taparse, y estos compadecidos le regalaron más de lo que necesitaba. En esto vino un halcón que amenazaba raptar a los pájaros. Como estos habían dado tantas plumas al buho no podían volar para escaparse. Así pidieron al buho que se las devolviera. Este no quiso, alegando que ya eran de él. Entonces todos los pájaros cayeron sobre el infeliz y le quitaron todo el plumaje regalado, dejándolo más desnudo que antes. Con esta fábula se quería decir que la Iglesia había recibido mucho del pueblo de Inglaterra, y que por consiguiente debía cooperar para la defensa de la patria, en la hora de peligro para esta. Si no lo hacía de buena voluntad, tenía que esperar la misma suerte del buho.

El gobierno inglés no se hubiera atevido a hacer semejante demanda en aquellos tiempos, si no hubiera encontrado algún apoyo entre el mismo clero, y especialmente entre los doctores de Teología en las universidades. Uno que por la profundidad de su razonamiento y el vigor con que defendía sus opiniones se distinguía entre estos, fué Juan Wycliffe. Había nacido en 1320, siendo hijo de una familia de la aristocracia rural. Como no gozaba de muy buena salud, sus padres le dedicaron al servicio de la Iglesia, mandándole cuando tenía quince años a la Universidad de Oxford para comenzar sus estudios de Teología. Desde entonces su vida fué estrechamente ligada a la Universidad. Acabados sus estudios preliminares, continuó tomando los cursos más avanzados,

llegando al fin a distinguirse como uno de los más agudos de los escolásticos, y siendo reconocido como profesor. Aunque aceptó la dirección de una parroquia, nunca dejó de dar sus conferencias en la Universidad ni de seguir sus estudios.

Las universidades de la época gozaban de cierta libertad. Como ha sido siempre, así fué entonces; estos centros de enseñanza eran los lugares que más incitaban a pensar por sí mismo. Hemos mencionado el desarrollo del escolasticismo en los siglos XII y XIII con sus grandes luces: Anselmo, Abelardo y Tomás de Aquino. Más tarde se distinguieron Guillermo de Ocam y Marsigilio, personajes que encarnaban ideas altamente liberales. No obstante su oposición al dogma católico no fueron perseguidos; en parte porque eran profesores en las universidades y en parte porque podían vestir sus ideas liberales con el ropaje de una respetuosa ortodoxia. Wycliffe puede considerarse la última y una de las más grandes luces de este movimiento escolástico.

El, desde el principio había defendido el curso del gobierno inglés al tomar los bienes de la Iglesia, y tal vez por esto fué honrado con el nombramiento de capellán para el segundo hijo del Rey. Esto fué en el año 1366. En este mismo año el papa se valió de un monje para reclamar al Parlamento inglés las contribuciones que desde 1333 no se habían pagado. El Parlamento nombró a Wycliffe para que defendiera su negativa a este reclamo. Wycliffe aceptó. Viendo el peligro que corría en defender abiertamente la acción del Parlamento, pues le podía traer la excomunión, se valió de una hermosa estratagema. Dijo que había oído hablar a siete lores ingleses sobre la cuestión. El primer lord había dicho que Inglaterra no pagaba tributo a ninguno que no la conquistara con la espada. El segundo que el tributo se pagaba a quien

le correspondía y que no le tocaba al papa, pues él debía ser pobre como Cristo, quien había dejado los tributos para el César. El tercer lord sostenía que sólo se pagaba a quien hacía un servicio, que el papa no hacía ninguno a Inglaterra, y por consiguiente no podía esperar ninguna recompensación. El cuarto afirmaba que un rey no puede pagar tributo. Siendo el rey de Inglaterra señor de los bienes eclesiásticos, el papa debía pagar tributo a él y no al contrario. El quinto observó que el rey Juan había establecido la costumbre de pagar las contribuciones al papa para conseguir su propia absolución, acto inmoral que debía repudiarse. El sexto pensaba que era ridículo el reclamo del papa de disponer a su antojo de los bienes cristianos. El último dijo que para un contrato se necesitaba el consentimiento de las dos partes. El Rey y el Parlamento actual nunca habían convenido en pagar tributo al papa. Desde luego no se les podía exigir.

Bastó esta contestación para que el papa no siguiera exigiendo su tributo y ninguna tentativa se hizo contra Wycliffe. Seguía su vida de estudio, de profesor y de predicador gozando de alta estimación en la corte. Así pasaron unos ocho años. En 1374 recibió del rey la parroquia de Lutterworth que desempeñó hasta su muerte. También fué nombrado en ese año miembro de una comisión para conferenciar con representantes del papa. El objeto de esta conferencia fué el de ver si era posible remediar los abusos de mandar tantos extranjeros eclesiásticos a Inglaterra y de nombrar un solo prelado para percibir las rentas de muchos diferentes cargos. Esta conferencia se verificó en Brujas (Bélgica), pero no se arregló nada. Wycliffe regresó de ella constituído en enemigo acérrimo de la jerarquía romana. Empe-

zó a escribir y hablar contra ella, y también a hacer planes para una iglesia nacional inglesa.

Por supuesto los partidarios del romanismo empezaron a mirar en él un gran peligro para su sistema. En 1376 se mandaron quejas formales contra él a los obispos ingleses y al papa, y en el año 1377 fué llamado por el obispo de Londres a dar cuenta de su creencia. Apareció para defender sus convicciones. Su protector Juan, el segundo hijo del rey, estaba a su lado, e insistía que como doctor y anciano, Wycliffe debía estar sentado para su examinación. El obispo dijo que como acusado debía estar de pie. Empezó una disputa en que los ciudadanos de Londres que habían llegado para oír el examen, también se introdujeron, de modo que se hizo imposible seguir el juicio. En este año también el papa mandó cinco bulas contra Wycliffe que por tecnicismos vinieron a parar en nada. Continuó éste sus estudios y sus conferencias en la Universidad, su vida como vicario y su actividad como consejero del rey y del Parlamento en sus relaciones con el papa.

En 1378 se hizo otra tentativa de declararle hereje, pero mientras se hacía la examinación y él se sostuvo en sus opiniones, los ciudadanos de Londres interrumpieron otra vez y la madre del rey mandó decir que no siguiera el proceso. Este año de 1378 es de gran importancia en la vida de Wycliffe. En él la Iglesia romana se dividió: unos cardenales abogaban por Urbano VI como papa, y por Roma como la residencia de éste; otros por Clemente VII y por Avignon como su residencia, resultando así el "gran cisma" que duró más de cuarenta años en la iglesia romana. Este cisma acabó de destruír la fe de Wycliffe en esta iglesia. En el mismo año también Wycliffe acabó una tarea que se había impuesto en bien de su pueblo cual fué la traducción del Nuevo Testamento a

la lengua inglesa, y la institución de una compañía conocida como la de los "sacerdotes pobres" que iba de lugar en lugar enseñando la Biblia más o menos como los discípulos de Francisco.

Dos años más tarde hizo la traducción del Antiguo Testamento. Como no se había inventado la imprenta aún, la Biblia tenía que copiarse a mano, pero a pesar de este inconveniente, copias de ella se multiplicaban con rapidez. Por esta traducción y por sus numerosos tratados en inglés, atacando el Romanismo, y defendiendo el Evangelio, Wycliffe ha llegado a conocerse como el padre de la prosa inglesa. Sus "sacerdotes pobres" trabajaban con actividad. Muchos de ellos salieron de entre los estudiantes de la Universidad, que eran discípulos de Wycliffe, y se unieron con los artesanos y campesinos que mostraron aptitudes para la predicación. Parecía que su obra iba a dar por resultado la formación de una iglesia evangélica y protestante, en toda Inglaterra. Dondequiera el pueblo les oía con gusto. La necesidad de que hubiera predicadores como ellos que se dedicaran a la enseñanza de las verdades sencillas de la Biblia, se ve en el hecho de que un obispo inglés, viendo que sus sacerdotes nunca predicaban, les exigía que debían de dar no menos de cuatro sermones en el año! El ideal de Wycliffe en dar la Biblia al pueblo fué primeramente el de darles el conocimiento del Evangelio en su pureza, y la luz y consolación que éste trae consigo. Esperaba además una justicia más completa en las relaciones sociales como resultado de esta propaganda, pero no pensaba que ésta vendría por vía de revolución. Sus estrechas relaciones con los de la corte y muchos pasajes en sus escritos, prueban esto suficientemente. Sin embargo había quienes le acusaban de haber fomentado la famosa rebelión de los campesinos en 1381 cuando éstos incitados por las in-

justicias que habían sufrido de los dueños de las tierras, se levantaron en revolución. Wycliffe ha de haber simpatizado con su causa, pues era una causa justa, pero no por esto justificaba sus actos cuando mataron a todos los dueños de tierras y a todos los abogados y oficiales, pensando en su sencillez librarse de la opresión de esta manera.

Wycliffe había comenzado su oposición contra Roma como profesor de Teología, defendiendo con las mismas ideas filosóficas reconocidas por la "Santa Sede", el concurso del gobierno inglés en despojar a la Iglesia de sus bienes. Era una cuestión puramente política de interés para el círculo de los gobernantes principalmente. Pero con los años y el estudio y su experiencia práctica de lo que era la Iglesia, se iba alejando más y más de sus doctrinas hasta que negó la de la Transubstanciación. Hasta aquí no quisieron seguirle sus amigos de la corte. La Universidad deseaba protegerle pero no fué posible resistir a sus opositores. Así su Universidad tuvo que despedirlo. Con él se retiraron cuatro quintos de los estudiantes. El llamado "sínodo del terremoto" le declaró hereje y lo separó de la comunión de la Iglesia. Sus discípulos fueron encarcelados y su obra opuesta por los romanistas. Sin embargo él pudo retirarse a su parroquia en Lutterworth sin que le molestaran, donde murió y fué sepultado en paz el último día de 1384. Cuarenta y cuatro años después su cuerpo fué exhumado y quemado, pero su influencia continuaba. Su biblia quedó para el pueblo inglés. También su doctrina encontró discípulos después de su muerte. Fué Wycliffe quien inspiró a Hus en Bohemia, y así la Iglesia morava que aún existe y trabaja con celo apostólico, puede considerarse como legado al mundo del "doctor evangelicus" Juan Wycliffe, "estrella matutina de la Reforma".

GIROLAMO SAVONAROLA

1452 - 1498

SIGLO XV

SAVONAROLA: EL CRISTIANISMO Y EL RENACIMIENTO

El concilio de Constanza (1415—1418) que condenó la enseñanza de Wycliffe y decretó la muerte de su principal discípulo, Juan Huss, también logró poner fin al cisma en la iglesia romana, deponiendo a los dos papas rivales y nombrando a Martín V como aquel a quien todos los cristianos habían de obedecer. Este concilio exigió muchas reformas pero todo quedó más o menos como antes. La Iglesia seguía en su carrera de corrupción e impotencia. Pero a pesar de todo había verdadera piedad. De este siglo viene la "Imitación de Cristo" por Kempis, libro en que todos los cristianos han encontrado gran provecho espiritual.

El siglo que ahora describimos es uno de gran importancia en la historia. En él se inventó la "prensa de imprimir" y la "brújula" del marinero. En él se descubrió la América y en él (1453) Constantinopla cayó en poder de los turcos y el Imperio Oriental que había sobrevivido a las vicisitudes de los reinos durante más de mil años, terminó su existencia. Este imperio había heredado la cultura griega que había podido seguir su desarrollo sin sufrir los atrasos que la invasión de los bárbaros le habían causado en Italia. Pero al caer Constantinopla los filósofos y literatos no podían estar más con su antigua libertad y en su mayor parte emigraron a Italia, trayendo consigo sus bibliotecas y esparciendo la cul-

tura griega en los lugares donde llegaron a habitar. Esto resultó en un resurgimiento de los estudios clásicos y de la literatura griega en Italia. Las letras se separaron del eclesiasticismo con que habían estado unidas en la Edad Media. Se volvía a lo pagano con cierto gozo al encontrar que también los antiguos habían sido hombres de idénticos sentimientos. Los príncipes y aún la misma Iglesia apadrinaban la nueva erudición que vino a ser "de moda". Este movimiento se conoce como el "Renacimiento".

En el año 1452 nació Girolamo Savonarola. Era nieto del médico del príncipe de Ferrara en Italia. Creció en la atmósfera del Renacimiento, dedicándose muy joven el estudio de la filosofía. Pero siendo de una naturaleza muy sensible y rechazado en un amor juvenil, dirigió sus pensamientos a la religión y entró en un monasterio dominicano.

El período de 1464—1503 se reconoce en la historia como el de los "papas malvados" y con sobrada razón. La condición fué casi igual como en los siglos X y XI. Noticias de esta corrupción llegaron al joven Savonarola en su convento y su corazón ardía por remediarla. Después de unos años de vida tranquila pasados en meditación y oración en el monasterio, sus superiores dieron su consentimiento para que predicase.

Al principio sus sermones no tuvieron buen éxito. Hablaba en la terminología del escolasticismo sin que le entendieran sus oyentes. Pero no continuó así. Dejó la teología por la religión, y a Aristóteles por la Biblia. Lentamente creció en el poder de expresarse y de conmover a sus oyentes. A la edad de veintiocho años (1481) fué mandado por sus superiores a Florencia, donde ingresó al monasterio de San Mar-

cos, (*) centro famoso por sus antigüedades y el rigor de su disciplina.

Florencia entonces, aunque república de nombre, obedecía a Lorenzo de Médicis (el Magnífico) como a un dictador. Este usaba los fondos del Estado para sus extravagancias privadas, y vivía una vida depravada. Pero patrocinaba las artes y las letras y gozaba de cierta popularidad.

Al establecerse en el convento de San Marcos, Savonarola tomó encargo de instruir a los novicios. Su ardiente celo por la justicia de Dios influyó poderosamente en estos. Se sublevó contra la corrupción de los papas Sixto IV e Inocente VIII que hacían la guerra a los estados italianos para conquistar reinos para sus hijos y que habían hecho de la corte papal un punto de citas de rameras y libertinos. Savonarola no expresó solamente a sus alumnos la indignación que sentía. También en una convención de su orden en Reggio, habló con una claridad que asustó mucho a sus hermanos. En esta asamblea y en predicaciones que hizo en varios pueblos de Italia por ese tiempo, afirmó que la Iglesia iba a ser castigada y regenerada. Dondequiera fué saludado por inmensos auditorios y durante la cuaresma de 1419 sus predicaciones fueron trasladadas a la catedral de Florencia por ser la iglesia del convento demasiada pequeña para los que querían oírle.

Pero no se limitó a exponer la corrupción del clero sino también lanzó anatemas contra la tiranía de Lorenzo el Magnífico. Este esperando cambiar el ánimo del predicador por su presencia asistió a las

(*) El monasterio de San Marcos aún se conservan en buen estado en Florencia, aunque ahora está en poder del gobierno y no de los monjes. A más de muchos recuerdos de la vida de Savonarola el monasterio está adornado con pinturas del inimitable Fra Angélico, contiene la celda de San Antonino y otras cosas de interés.

predicaciones y mandó grandes cantidades de dinero al monasterio del cual Savonarola había sido nombrado jefe en esos días. El dinero fué recibido y distribuido a los pobres, y Lorenzo recibió una contestación que decía "un perro fiel no deja de ladrar en defensa de su maestro, porque le echan un hueso". Savonarola continuó sus predicaciones y profetizó en el púlpito y en presencia del mismo Lorenzo, que éste, el rey de Nápoles y el papa, iban a morir dentro de poco por sus pecados. Y en verdad al poco tiempo "el Magnífico" se encontraba moribundo. Como tantos de su tiempo Lorenzo, bajo la apariencia de cultura guardaba un alma supersticiosa. Al encontrarse cerca de la muerte llamó a un sacerdote y se confesó y recibió la absolución. Pero su alma seguía atormentada. Recordando la sinceridad de Savonarola, pensó que la absolución de éste le valdría más que la del sacerdote que le había absuelto, y lo mandó llamar. Lorenzo le explicó que tenía tres pecados que deseaba confesar: el haber saqueado el pueblo de Volterra, el haber robado fondos destinados como dotes de huérfanas, echándose así a cientos de niñas a la prostitución, y el haber tomado sangrientas represalias por una revolución levantada contra él. Savonarola le contestó que tres eran también las condiciones de su salvación. Primero "fe en la misericordia de Dios en Cristo". "La tengo" contestó Lorenzo. Segundo: dijo Savonarola, "devuelve tu dinero mal adquirido o encarga a tus hijos hacerlo". El Magnífico no esperaba condición tan dura, pero prometió cumplirla. "Y ahora" exclamó Savonarola levantándose sobre el moribundo "tienes que restaurar sus libertades al pueblo de Florencia". Lorenzo al oír esto volvió las espaldas sin dar respuesta y poco después murió rebelde hasta el fin. Tres meses después el papa Inocente VIII murió también. Por supuesto la muerte

de estos dos personajes inmediata a la profecía de Savonarola, elevó mucho su fama en la opinión popular.

Rodrigo Borgia compró el papado sin ninguna vergüenza a la muerte de Inocente, y ascendió a la dignidad de Vicario de Cristo bajo el nombre de Alejandro VI. Este llevó sus hechos vergonzosos al extremo de procrear con su propia hija Lucrecia. Poco después de la elección del nuevo papa, Savonarola tuvo una visión de una cruz negra que se levantaba de Roma y otra cruz de oro que se levantaba de Jerusalén; la primera era la cruz de la ira de Dios y la segunda era de la misericordia divina. El hecho de que contó esta visión al pueblo en una predicación desagradó a Pierro de Médicis, quien había quedado como gobernador de Florencia a la muerte de su padre, Lorenzo, y logró mandar a Savonarola a Bolonia donde continuó sus predicaciones.

Pero al poco tiempo estaba de nuevo en Florencia con una orden del papa haciendo del convento de San Marcos una congregación independiente y así fuera del dominio de Pierro. Establecido de nuevo como abad de su monasterio, predicó una serie de sermones sobre el Arca de Noé, profetizando la próxima venida de un conquistador que había de castigar a Italia. Al poco tiempo se cumplió esta profecía también con la venida de Carlos VIII, rey de Francia, para invadir los estados italianos.

Pierro de Médicis al oír esta noticia, fué inmediatamente al campamento del rey de Francia e hizo un tratado ignominioso de paz con éste, cediéndole todas las fortalezas más importantes de la república. El pueblo se llenó de indignación por este acto de cobardía y antes de que Pierro regresara se declaró la república libre de aquel tirano. Savonarola y otros embajadores del pueblo fueron a explicar esta acción al rey

de Francia y a hacer una paz con él por parte de la República florentina. Esta paz, una vez concluída, se constituyó en una especie de alianza que muchas veces estaba al punto de romperse, pero que Savonarola supo mantener firme durante algunos años. Savonarola tomó una parte principal en la formación del nuevo gobierno de Florencia, estableciendo una verdadera democracia de conformidad con la enseñanza cristiana. Su programa incluía cuatro divisiones: 1.—Predicar el temor de Dios y la reformación de las costumbres. 2.—Poner el bien público con preferencia sobre cualquier interés particular. 3.—Perdonar a todos los enemigos del gobierno anterior. 4.—Hacer que el pueblo entero eligiera sus magistrados y formara sus leyes. Savonarola pudo ver realizadas todas estas reformas sin verter una sola gota de sangre. El pueblo entero estaba conmovido de amor al bien y a la justicia por la elocuencia de este insigne predicador. Las mujeres dejaron sus joyas y vestidos lujosos; jóvenes que habían sido esclavos de nefandos vicios se transformaron en hombres piadosos; se oían himnos en las calles en lugar de los cantos obscenos de tiempos anteriores y se veían en las tiendas y plazas a las gentes en sus ratos desocupados, leyendo la Biblia o los sermones de Savonarola. Banqueros y comerciantes devolvieron sus ilícitas ganancias y todos asistían con frecuencia a las iglesias. Esta reforma de costumbres llegó a su colmo en los días de carnestolendas en 1497, cuando siguiendo los consejos de Savonarola, en lugar de las alegrías acostumbradas en este tiempo, se hizo un montón en la plaza central, de objetos de vanidad. Allí se juntaron máscaras, vestidos de carnaval, pelucas, postizos, libros obscenos, etc., y al canto de los himnos piadosos quemaron todo aquello.

Pero el nuevo gobierno tuvo sus dificultades. En

la misma Florencia, si bien es seguro que el pueblo en general (los piagnone) favorecía a Savonarola y a la república, siempre había un partido fuerte que deseaba el regreso de Pierro de Médicis (los bigi) y otro que resistía el puritanismo de Savonarola y que deseaba el libertinaje de antes bajo cualquier gobierno que fuera (los arrabbiati). También los príncipes de los demás estados italianos, viendo un peligro en la república para ellos mismos, trataban de regresar a Pierro de Médicis a su antiguo poder. El mismo papa tomó parte en estas conspiraciones valiéndose de su poder como superior de Savonarola para prohibir a éste seguir sus predicaciones, esperando que la república cayera si éste dejaba de hablar. Savonarola obedeció por un tiempo, dedicándose a escribir libros y tratados. Su obra literaria es considerable. Trata de filosofía, ramo en que no queda en nada atrás de los mejores filósofos de su época, de teología en que asienta la doctrina de la salvación por la fe, no por las buenas obras, y de la vida cristiana, basando ésta en la enseñanza de la Biblia más bien que en tradiciones y costumbres.

Entre sus libros debe mencionarse "El Triunfo de la Cruz", que presenta a su autor como evangélico y protestante sin lugar a duda.

A repetidos ruegos de los ciudadanos de Florencia, se consiguió el permiso del papa para que Savonarola predicase en la cuaresma de 1496, y el sumo pontífice pensando cohecharle, junto con el permiso le ofreció a Savonarola el birrete de cardenal. En lugar de aceptarlo Savonarola dirigió sus sermones en esta cuaresma directamente contra el papa y el sistema de penitencias de la iglesia romana, "Dios no quiere ayunos, sino que evitéis el pecado en vuestra vida. Huid de Roma porque Babilonia significa confusión y Roma ha confundido las Escrituras, confundido

la virtud con los vicios, confundido todo. Huid de Roma y venid al arrepentimiento''. Con estas y semejantes palabras exhortaba al pueblo. Su fama creció. De Alemania, Inglaterra y Francia llegaron cartas preguntando acerca de la nueva enseñanza. El mismo sultán de Turquía mandó traducir los sermones de Savonarola a su idioma.

El papa le mandó callar otra vez, pero en este tiempo la ''muerte negra'' hacía sus estragos en Florencia y las predicaciones de Savonarola parecían necesarias para tranquilizar el ánimo del pueblo. La mayor parte de los ciudadanos huyeron de la ciudad, pero Savonarola quedó predicando a los afligidos, cuidando a los enfermos y consolando a los moribundos. El papa no toleró más esta desobediencia, y lo excomulgó. Poco tiempo después el hijo mayor del papa fué muerto por un hermano suyo, a causa de amores que ambos tenían con su propia hermana Lucrecia. Por primera vez en su vida Alejandro VI pareció conmovido y arrepentido. Oyéndolo Savonarola, excomulgado como estaba, le escribió una carta llena de simpatía y buenos consejos. El papa le dió las gracias con mucha sinceridad, pero pasado el primer dolor volvió a su mal camino, y amenazó a Florencia con el interdicto, si no obligaba a Savonarola a callar. Los florentinos querían a Savonarola, pero el interdicto significaría la confiscación de los bienes de ellos repartidos por todo el mundo y la ruina del comercio de que vivía la ciudad. Por un tiempo las autoridades se mantuvieron firmes. Savonarola continuó sus predicaciones y escribía cartas a los emperadores y reyes de Europa incitándoles a llamar un concilio general para deponer al papa. Casi todas estas cartas cayeron en manos del mismo Alejandro VI y la situación se hizo más difícil cada día para Savonarola.

La crisis llegó cuando un monje franciscano desafió a Savonarola para las llamadas ordalías de fuego. Los ciudadanos de Florencia, mirando en estas un modo de salir de sus apuros, obligaron a Savonarola a aceptar. Se hizo un tunel de madera en la plaza, por el cual, una vez encendido, debía de pasar un monje del partido de Savonarola y un franciscano. El que pasara vivo por ese fuego debía de tener razón, y el pueblo debía seguir su partido. Por discusiones y pretextos de los dos lados nunca se encendió el túnel ni se llevaron a cabo las ordalías. Por la noche el pueblo exasperado y creyendo que Savonarola tenía la culpa como afirmaron sus enemigos, atacó el monasterio de San Marcos y metieron a Savonarola a la cárcel. Desacreditado y puesto en tormentos, su muerte fué decretada sin apariencia de justicia. El 23 de mayo de 1498 él y dos de sus discípulos fueron ahorcados y después quemados. Los piagnoni siguieron fieles a su memoria, a pesar de las persecuciones. Celebraban sus cultos en secreto y cada año en el aniversario de su muerte ponían flores por la noche en el lugar donde fué quemado, hasta 200 años después de aquel injusto martirio. (*).

Savonarola ocupa un lugar de suma importancia en la historia. En esa "edad de duda y de superstición, de helada indiferencia y de alta exaltación, cuando hombres incapaces de tirar de la espada para defender a su patria, sufrieron mil peligros para lograr un manuscrito antiguo, y creían en espíritus y en la influencia de los astros, mientras negaban la existencia de Dios", en esa época del Renacimiento que esperaba la reconstrucción de la sociedad confor-

(*) El lugar está señalado hoy por una placa de bronce, que representa la cara de Savonarola cubierta con su capucha de monje, y está incrustada entre las piedras de la plaza, donde los pies de millares de personas pasan encima cada día.

me el modelo del antiguo paganismo, él mostró que el mensaje de Jesús tiene algo más poderoso, algo infinitamente mejor para la sociedad y el individuo que lo más escogido del paganismo, y que el Renacimiento de literatura y filosofía ni debía, ni podía separarse de aquella rica y preciosa herencia que tenemos en el Evangelio del Crucificado.

Martín Lutero

1483 - 1546

SIGLO XVI

MARTIN LUTERO: LA REFORMA PROTESTANTE

Mientras Savonarola, en el centro del mundo civilizado, batallaba por la pureza de la moral y las creencias cristianas, crecía en las selvas teutónicas un niño que más tarde había de realizar el sueño de éste y llevar a cabo la obra colosal de la reforma del cristianismo. Se llamaba Martín Lutero. Nació en Eisleben, Alemania, en 1483 de padres de humilde condición, que sin embargo se empeñaron por la educación de su hijo. Acabados los estudios elementales en su pueblo, pasó un año en una escuela de Magdeburgo y después fué a Eisenach a un colegio de los franciscanos. La pobreza de sus padres lo obligaron a vivir como "estudiante pobre", es decir recibiendo albergue libre y pidiendo limosnas a los ricos. En Eisenach encontró protección en la familia Cotta, que se interesó por él hasta el punto de ofrecerle un hogar en su casa. (*).

En el año 1501, Lutero estaba listo para entrar en la Universidad de Erfurt, centro entonces de la vida intelectual de Alemania. Su padre había prosperado en su oficio de minero y resolvió hacer de Martín, su hijo, un abogado. Progresaba en sus estudios hasta el año de 1505, cuando repentinamente dejó la carrera de la abogacía para entrar en el monasterio de los

(*) Esta casa aún se guarda como en el tiempo de Lutero y el cuarto que ocupaba como joven estudiante sirve como depositario de varias cosas recordativas de la vida del reformador.

agustinos en Erfurt. (*). Hay varias leyendas que explican este cambio inesperado, pero lo único que sabemos de los escritos de Lutero mismo, es que ciertas "dudas" respecto al estado de su alma le impulsaron a tomar los votos monásticos. Estas dudas le atormentaban aún después de entrar en el convento. Se sentía pecador y anhelaba el perdón de Dios. No encontraba lo que su alma deseaba en las costumbres y prácticas monásticas, a pesar de cansar a sus superiores con sus continuas confesiones y de castigar su cuerpo con un ascetismo riguroso. Desengañado de estas cosas se dedicó a un estudio de las Sagradas Escrituras, una copia de las cuales había encontrado encadenada a un pilar de la biblioteca de la universidad. De estas y de las explicaciones de un anciano hermano del monasterio llegó a entender que el perdón de Dios no se alcanza por las penitencias y "buenas obras" sino simplemente por aceptar el perdón que su amor ha provisto.

Así, después de dos años de lucha, su alma encontró la paz que anhelaba.

Más o menos en el año 1510, sus superiores mandaron a Lutero a Roma, para desempeñar allí una comisión del convento. El había esperado encontrar en el Sumo Pontífice y su corte, modelos de vida cristiana, y quedó sorprendido y horrorizado al contemplar la corrupción que existía en los lugares que él creía verdaderamente santos. Sin embargo, consideró necesario seguir las costumbres de los peregrinos a Roma, y así, entre otras cosas, subió la "escalera santa" (que se cree transportada por manos de ángeles de Jerusalén a Roma) de rodillas y diciendo un pa-

(*) Este monasterio ha sido convertido en un Asilo de Huérfanos mas se conserva la celda que ocupaba Lutero con varios recuerdos de su estancia allá.

drenuestro en cada escalón. (*). Repentinamente recordó la declaración del profeta Habacuc, citado despues por el apóstol Pablo: "El justo vivirá por su fe" y le ocurrió que todas aquellas penitencias y todos esos rezos forzados, no valían absolutamente nada.

Sin embargo no pensó de sí sino como fiel hijo de la iglesia romana, y al regresar a su convento en 1512, recibió el título de Doctor de la Sagrada Escritura en su universidad de Erfurt, y aceptó el profesorado de teología en la recién fundada y pequeña Universidad de Wittenberg, (**). Al principio de su actividad como profesor, Lutero enseñaba la misma teología que había aprendido en Erfurt. La única diferencia entre él y los demás profesores, era de que él basaba los dogmas en la experiencia más bien que en los principios filosóficos o autoridad del papa o de la Iglesia. Pero poco a poco vino a entender que era imposible reconciliar sus principios con los de la teología antigua. Así pasaron cinco años.

En 1517 llegó cerca de Wittenberg, un fraile llamado Juan Tetzel recogiendo dinero para acabar la construcción de la iglesia de San Pedro en Roma, dando indulgencias en cambio, con autorizaeión del mismo papa y del arzobispo de Mainz. Tetzel afirma-

(*) Esta costumbre aún se observa en Roma, como el autor es testigo. Al llegar al último peldaño se encuentra el peregrino ante un cuarto donde están guardadas muchas reliquias, tal como una muela de San Juan Bautista, un trozo de la Santa Cruz etc., etc. y de que algún papa ha pronunciado las palabras "No hay lugar más santo que éste en el mundo".

(**) Desde entonces Wittenberg vino a ser el hogar de Lutero hasta el tiempo de su muerte, mereciendo por tanto el título que se da de "Ciudad de Lutero". Aquí se han juntado en un Museo Luterano muchos manuscritos importantes del Reformador, y se guardan sus habitaciones en su estado primitivo.

ba que cada vez que se oía sonar el dinero al caer en la caja de recaudación, se libraba un alma del purgatorio. El pueblo entendía que se compraba no solo el perdón de los pecados pasados sino aún el derecho de pecar durante unos días futuros, doctrina que soltó todos los lazos de la moralidad. Lutero conoció el desastroso efecto de la venta de las indulgencias por medio del confesionario e indignado escribió sus famosas 95 tesis, clavando lo escrito en las puertas de la iglesia del castillo de Wittenberg el día antes del "de Todos los Santos" para que fueran leídas por los que llegaran a la celebración de este día.

En estas tesis sostuvo que el papa no puede absolver sino de los castigos que él mismo hubiera impuesto, y que estos no se extienden más allá de la muerte; que la absolución del sacerdote se debe a los penitentes y que ni es indispensable que éste la dé. Mas valen las obras de piedad y de misericordia. Pregunta por qué el papa no libra a todas las almas de una vez del purgatorio, si es que de veras tiene este poder, movido de compasión por sus sufrimientos, en lugar de sacarlas poco a poco por dinero. Estas tesis luego precipitaron una gran discusión que aumentó en intensidad durante unos tres años. En este tiempo Lutero se alejaba paulatinamente del dogma católico-romano mientras su comprensión por las grandes verdades evangélicas se aclaraba cada vez más. Vino a reconocer como verdaderos cristianos a algunos como Wycliffe y Huss que la Iglesia había condenado por herejes y aún llegó al extremo de criticar severamente unas resoluciones de papas y concilios alegando que estos como humanos podían errar. Llegó a basarse en las Sagradas Escrituras y en la razón convincente como las únicas autoridades a quienes debía de reconocer el cristiano.

El papa después de permitir la discusión durante tres años, vió que no era posible convencer a Lutero y pensó hacerle callar por la fuerza una vez que no había logrado hacerlo con argumentos. En 1520 lanzó al mundo la bula de excomunión condenando 41 de las tesis de Lutero y ordenando a todos los magistrados que si no se retractaba dentro de sesenta días, que le prendieran y le entregaran a Roma.

Durante los tres años de discusión grandes masas del pueblo y muchos de los príncipes alemanes habían reconocido en Lutero a aquel que podía salvarles del yugo y de la corrupción de Roma. Así no tenía él por qué temer. Publicó un folleto contestando lo que él llamaba "la bula del Anticristo", y el 10 de Diciembre de 1520, en una plaza a la orilla del pueblo de Wittenberg, ante una asamblea compuesta de profesores de la universidad, estudiantes y otras muchas personas, quemó la bula con el libro de la ley canónica y otros escritos romanistas. (*).

Por este tiempo después de muchas negociaciones diplomáticas, fué aceptado como Emperador de Alemania, el Rey español, con el título de Carlos V. Era este un joven monarca enérgico y desapasionado y algunas veces en esta época bastante transigente en cosas religiosas. Al subir al trono imperial vió con alarma que una gran parte de sus súbditos habían aceptado la doctrina de Lutero y que el imperio estaba en graves dificultades con el papa como consecuencia. Con la esperanza de arreglar algo, intimó a Lutero que compareciese ante la Dieta de Worms, bajo su protección. Este obedeció y durante el viaje que hizo en un carro abierto de campesino, fué predicando en todos los pueblos que halló a su paso, siendo re-

(*) El lugar de esta quemazón está marcado con un roble sembrado para recordar el acontecimiento.

cibido por grandes muchedumbres que se llenaron de entusiasmo por su causa. La víspera de su llegada a Worms un canciller del príncipe Federico, su amigo, le recordó el fin trágico de Juan Huss quien también había confiado en la palabra de honor de un emperador y sin embargo había sido quemado vivo. A esto contestó Lutero: "Huss ha sido quemado pero no la verdad con él. Iré aunque se dirigiesen contra mí tantos demonios como tejas hay en los tejados".

Al llegar a Worms se presentó ante la Dieta, compuesta por el mismo Emperador y sus ministros, altos prelados, sacerdotes nobles y príncipes del imperio y doctores de las universidades. Le mostraron sus libros y le preguntaron si los reconocía como de su propiedad. A esta pregunta les contestó que sí. En seguida le leyeron algunos pasajes de estos mismos libros y le preguntaron si se retractaba de lo escrito. La presencia de tantas altas personalidades en la asamblea, hizo desfallecer un tanto el carácter enérgico de Lutero, quien al oír la tremenda pregunta que le hicieron, pidió un día de plazo para contestarla. Ese día lo pasó en oración en su cuarto pidiendo que Dios le diera poder para confesar su error, si había error en él, o para mantenerse firme, si lo que había dicho era verdad. Al comparecer nuevamente ante el tribunal al día siguiente y al repetírsele la pregunta, contestó que no se retractaba mientras que no se probase con argumentos basados en las Sagradas Escrituras o en rigurosa lógica, que sus doctrinas eran falsas. Al exigirse una respuesta final y categórica, acerca de su retractación, dijo que su conciencia no le permitía retractarse. "Aquí estoy, no puedo obrar de otra manera, ampárame Dios, Amén". Salió en seguida de la asamblea sin que fuese molestado y luego emprendió camino para Wittenberg bajo el mismo salvoconducto del Emperador, mientras que este

en consejo de ministros acordó ponerle bajo el bando del imperio. Mientras Lutero seguía su camino para Wittenberg se encontró con un escuadrón de caballeros que le apresaron y le llevaron al Wartburgo, castillo inexpugnable de la Turingia. (*). Estos eran unos de sus mismos partidarios que se valieron de ese acto para ponerlo en un lugar seguro. Allí pasó un año, tiempo que empleó en hacer una traducción del Nuevo Testamento al alemán.

Aún estando en el Wartburgo, Lutero tuvo noticias de unos desórdenes entre sus mismos partidarios, quienes en su celo por la Reforma habían empezado a romper imágenes y destruir altares. Al saber esto decidió salir del Wartburgo para ir a corregir estos desmanes y predicar una reforma más transigente. Manifestó su decisión a su ilustre huésped y éste le hizo ver lo arriesgado de su empresa, pues estando bajo el bando del imperio era deber de cada fiel súbdito del emperador matarlo. Lutero contestó que si cayera, sería con Cristo y que él preferiría caer con Cristo que estar de pie con César. La salida no le fué impedida y con pocas predicaciones logró calmar los ánimos de los iconoclastas.

El tiempo que siguió, lo empleó en escribir tratados en defensa de la fe evangélica. En menos de un año había escrito 183 folletos y obras religiosas.

Una de sus principales controversias fué contra Enrique VIII de Inglaterra, quien había escrito con-

(*) El Wartburgo es hoy una especie de museo de la cultura alemana. Conserva entre otras muchas cosas de interés el cuarto donde Lutero vivía durante este tiempo, conocido por la vidumbre bajo el nombre del caballero Jorge. En este cuarto lo más interesante son tal vez, las señales en la pared que marcan el choque del tintero de Lutero en ella. Lutero sentía que el diablo le estaba echando en cara su impotencia y según se dice le tiró su tintero, espantando así a Satanás y manchando la pared.

tra Lutero repitiendo las declaraciones de concilios y papas, sin ninguna solidez filosófica. Por esto él que después se separó de la iglesia romana, recibió del papa el título de "Defensor de la Fe". Lutero pulverizó todos sus argumentos y llegó al extremo de llamarle "un asno con corona".

Una lucha parecida sostuvo con Erasmo. Este era uno de los más notables hombres de su época por su ilustración. También deseaba la reforma de la Iglesia, pero no se atrevió a separarse de Roma. El papa le obligó a que atacara a Lutero, y lo hizo, dirigiéndose contra la doctrina luterana de la predestinación. Pero era más bien una controversia de personalismos en que Lutero echó en cara a Erasmo su falta de sinceridad y Erasmo trató a Lutero de grosero y fanático campesino.

Los príncipes alemanes fueron fieles a la Reforma y rehusaron entregar a Lutero al papa, como éste les exigía en 1522 y también en 1524. En el año 1525 Lutero contrajo matrimonio con Catarina von Bohra, quien había sido monja y con otras varias había escapado de su convento y llegado a pedir la protección del iniciador de la Reforma. Algunos historiadores aseguran que la separación de Lutero de la iglesia romana fué motivada por su deseo de casarse, deseo que no podía satisfacer como ministro de esta organización. Esta aseveración no puede ser más infundada. Hemos visto el desarrollo de circunstancias que causó su separación, culminando en su excomunión en 1520. No pensó en casarse sino hasta en el mismo año 1525 cuando la Reforma estaba bien establecida por una gran parte de Europa. Tomó esta resolución súbitamente, pensando que tal vez no iba a vivir mucho tiempo y que antes de morir deseaba dejar un ejemplo que hiciera patente que los pastores de la Iglesia no tienen ningún obstáculo pa-

ra fundar hogares honradamente. Este suceso, como era de suponerse, hizo aún más profundo el abismo que separaba la nueva Iglesia de Lutero de la antigua romana. Muchos afirmaban que de este matrimonio de un fraile hereje con una monja renegada tenía que nacer el Anticristo.

Así como los campesinos ingleses en tiempo de Wycliffe se insurreccionaron contra la nobleza, rebelión debida aunque indirectamente, al espíritu de libertad y de justicia que las doctrinas evangélicas habían sembrado en el pueblo, asimismo en tiempo de Lutero los campesinos alemanes se levantaron contra sus príncipes. El gran Reformador comprendió que si bien era cierto que aquel movimiento era justo, no podría engendrar más que la anarquía del país, y por esto, en bien del mismo pueblo, se puso del lado de los príncipes, lanzando sus predicaciones a los rebeldes para que respetaran a las autoridades constituídas, y a éstas para que hicieran justicia. Pero el poder de la palabra de Lutero podía evitar una guerra amarga entre los príncipes y sus súbditos en la cual estos al fin perdieron.

Desde el edicto de Worms (1521) hasta el año 1555, la política del imperio alemán estuvo en una gran incertidumbre. El Emperador Carlos V, mantuvo su residencia en España, y es muy natural que por esto no podía gobernar inteligentemente a un país tan lejano como lo era la nación teutónica. Aunque Carlos V es considerado como uno de los monarcas más católico-romanos de la historia, sin embargo la incertidumbre de su política respecto a la Iglesia llegó hasta el grado de apresar al mismo sumo pontífice, después de haber atacado a Roma por medio de un ejército que en su mayor parte se componía de luteranos.

En el año de 1529 se reunió en Espira una con-

ferencia con el objeto de arreglar los asuntos religiosos que tan profundamente afectaban el imperio, y en ella se dispuso que en todos los lugares donde ya se había establecido la doctrina evangélica se diera libertad para que continuara, pero que en las regiones donde no se había establecido, se prohibiera en lo absoluto la propaganda antirromanista. Los príncipes alemanes evangélicos protestaron contra esta disposición, y esta es la razón histórica por la cual se ha denominado "Protestantes" a todos los partidarios de la nueva iglesia.

La conferencia de Augsburgo en 1530, queriendo zanjar las dificultades que se habían suscitado entre ambos bandos religiosos, atizó más las desavenencias que habían entre ellos, dando lugar como resultado final, a una liga que se formó entre los príncipes protestantes contra la soberanía de Carlos V. A causa de esto comenzó una larga guerra entre este Emperador y la alianza de los príncipes referidos.

Además de Alemania, Holanda, Dinamarca, Noruega, Suecia e Inglaterra aceptaron la Reforma Evangélica iniciada por Lutero y la Liga Alemana procuró ensancharse en una Liga de las naciones protestantes. Para esto creyó necesario alcanzar la unidad doctrinal entre todos los partidarios de la Reforma. Desde dos años antes de que Lutero comenzara abiertamente su rebelión contra el poder de Roma, se había comenzado ya una reforma independiente en Suiza bajo la dirección de Zwinglio. Este movimiento no estaba en completo acuerdo con el que iba dirigido por Lutero, por tener algunas diferencias doctrinales, y por esto los príncipes interesados organizaron la conferencia de Marburgo entre Lutero y Zwinglio, como principales, juntamente con algunos de sus partidarios. El asunto más importante se refería a la doctrina de consubstanciación que defendía

Lutero. Según éste después de la bendición sacerdotal, había en el pan y el vino, además de sus propias substancias, efectivamente el cuerpo y la sangre de Cristo. Zwinglio no quiso aceptar esta doctrina, bajo ningún concepto, y aseguraba que la Santa Cena no era más que una comida simbólica y recordatoria del sacrificio de Cristo.

Así, todos los esfuerzos de los príncipes para asegurar la unidad confesional entre los partidarios de la Reforma, fracasaron, pero los protestantes no dejaron de pelear por sus derechos, junta y separadamente.

En el año 1546 murió Lutero. Los últimos años de su vida habían sido de cuidados y amarguras, pero su muerte fué la de un cristiano que como Pablo, había peleado la buena batalla, había guardado la fe y esperaba el galardón que el Señor, el Justo Juez, le daría en aquel día.

En el mismo año la guerra que estaba latente entre protestantes y católicos estalló en una realidad desconsoladora. Los protestantes perdieron primero y el Emperador dictó leyes provisionales que no gustaron ni a los unos ni a los otros; pero en 1552 los protestantes ganaron una campaña contra el Emperador, lo cual le obligó a convocar al fin la Dieta de Augsburgo en 1555, en la cual se hizo la paz por la famosa sentencia: "Cujus regio ejius religio", lo cual quiere decir que cada príncipe en el imperio alemán tenía que escoger entre el catolicismo y el protestantismo y que sus súbditos tenían que adoptar la religión de sus respectivos príncipes.

Mientras esto pasaba en Alemania, Calvino estaba sentando la base de la reforma del protestantismo que lleva su nombre, en Ginebra, ciudad que sirvió como centro para la propaganda reformista en la Europa latina.

La rebelión contra Roma, comenzada en Inglate-

rra en el reinado de Enrique VIII, vino a ser bajo Eduardo VI, su hijo, un movimiento abiertamente protestante en sus doctrinas y prácticas. En cuanto a Francia, la propaganda de la Reforma se desarrollaba a pesar de las persecuciones rigurosas de que era objeto. En Italia y en España, también habían aparecido unos destellos de la nueva luz, pero pronto fueron apagados por la Iglesia, antes de que alcanzaran grandes proporciones.

Así pues, Lutero tuvo la dicha de ver en vida a más de media Europa adhiriéndose a la Reforma de que él había sido tan importante y elocuente vocero y el éxito alcanzado para la restauración de la verdad evangélica se debe, después de Dios, a su valor, fe y perseverancia.

GUSTAVO ADOLFO

1594 - 1632

SIGLO XVII

GUSTAVO ADOLFO. EL CRISTIANO COMO GUERRERO

La Reforma protestante tuvo una influencia profunda sobre la misma iglesia romana. En primer lugar influyó en la purificación de sus costumbres, y la hizo definir con más claridad sus dogmas, cosa que sucedió en el Concilio Tridentino en los años 1542-1545, 1563-1564. Pero por otra parte, dió lugar a la formación de nuevas instituciones para la defensa de la fe católica. La Inquisición fué fortalecida, y entre las nuevas órdenes monásticas, se formó la llamada Compañía de Jesús o sean "los Jesuítas". Esta sociedad fué fundada con el objeto de convertir a los mahometanos a la fe cristiana, pero fué cambiada por el papa en un instrumento para contrarrestar la Reforma Evangélica en Europa. En Baviera tuvo éxito especial; y en otros países logró retardar o destruir el progreso de las ideas reformistas.

En el mismo año de la paz de Augsburgo, (1555) Carlos V renunció a su cetro para retirarse a un convento. Su hijo Felipe II quedó en el trono de España y de los Países Bajos, y luego empezó una cruel persecución en estos últimos países, tanto que todos los protestantes se rebelaron y después de medio siglo de guerra conquistaron la independencia de Holanda con la religión protestante reconocida por el Estado. En Francia la oposición al nuevo movimiento llegó a su apogeo la noche de la matanza de San Bartolomé en 1572, en la cual perecieron por lo menos

50,000 personas en el escaso término de 48 horas. Pero esto no acabó con los protestantes, sino al contrario, bajo el mando de Enrique de Navarra se rebelaron contra el rey de Francia, y formando un partido muy fuerte defendieron sus derechos. Enrique por razón de parentesco, fué coronado rey de Francia, y con el objeto de contentar al pueblo católico recibió la comunión de la iglesia romana; sin embargo, después, no pudiendo olvidar su primer amor por la religión evangélica, en el Edicto de Nantes (1598) garantizó los derechos civiles y religiosos de los protestantes. En Inglaterra, después de un corto tiempo de persecución bajo María (la Sangrienta), casada con el mismo Felipe II de España, la Reforma quedó implantada en el reinado de Isabel y sus sucesores. Carlos V no había podido poner a su hijo Felipe II como emperador alemán, quedando en vez de él Fernando I. La paz de Augsburgo no fué satisfactoria ni a los protestantes ni a los católicos, pero vivieron los dos bandos sobre esta base por espacio de unos cincuenta años.

Dirijamos ahora nuestra vista a Suecia, donde nació en el año de 1594, el héroe del protestantismo en el siglo XVII: Gustavo Adolfo.

Suecia había aceptado la Reforma luterana durante el reinado de Gustavo I, fundador de la dinastía de Vasa. Se dice que cuando aquel gran hombre estaba moribundo y no podía hablar, hizo señas de que quería escribir y empezó su último mensaje al pueblo con estas palabras: "Mejor morir cien veces que abandonar el Evangelio", entonces le faltaron las fuerzas, no pudo escribir más y cayó muerto.

Pero en 1567, cuando su hijo Juan subió al trono de Suecia, los Jesuítas empezaron a conquistar el país. Este rey se casó con una princesa católico-romana de Polonia. La reina insistió en que su hijo

Segismundo fuera educado en la fe católica, y este príncipe resultó ser, con el tiempo, rey de Polonia y a la vez, heredero del trono de Suecia. Los esfuerzos de los jesuítas de convertir a Juan y a Suecia al catolicismo, habían sido estériles, y ellos tenían ahora toda su esperanza puesta en su hijo, que iba a tomar el trono después de la muerte de Juan. El rey Juan murió al fin en 1590. Segismundo, su hijo, estaba entonces en Polonia y un tío de éste, hermano menor del rey Juan, que se llamaba Carlos, quedó de regente. Después de tres años, Segismundo vino a reclamar el trono. El pueblo temía a un rey católico y para asegurar su libertad en el Evangelio, hizo votos por medio de su Parlamento, para ayudar a Carlos en cualquier acción que fuera necesaria para mantener la confesión de Augsburgo. Pero Segismundo, siguiendo los métodos de los Jesuítas por quienes había sido educado, siendo luego instrumento de ellos, juró defender la religión evangélica como religión del pueblo de Suecia. Pero luego quebrantó su juramento, fundando escuelas católicas, nombrando gobernadores católicos, y hasta dió fondos del gobierno para edificar iglesias católicas donde el pueblo no quería otra religión que la evangélica.

Por fortuna regresó a Polonia después de un año de estar en Suecia y no pudo evitar que Carlos fuera nombrado otra vez regente. Pero nuevamente los jesuítas trabajaron en el ánimo de Segismundo, dando por resultado que hizo planes para regresar a Suecia con tropas polacas para imponer la religión católica a la fuerza. Cuando llevó su invasión a cabo, el pueblo al mando de Carlos, se rebeló, y habiendo ganado la campaña a Segismundo, hicieron prometer a éste mandar las tropas extranjeras a su patria y sostener la religión evangélica. Pero cuando vieron que no cumplía esta condición, al año siguiente el pueblo

lo depuso y en el año 1604 nombró a Carlos y a sus descendientes, con tal que fueran protestantes, como reyes de Suecia. Gustavo Adolfo era hijo de Carlos y tenía diez años cuando su padre fué coronado como rey.

Se le acostumbró desde muy joven a las cosas del Estado. Hablaba siete lenguas desde su niñez. Su padre le escribió un día: "Sobre todas las cosas teme a Dios, hijo mío, honra a tu padre y a tu madre, trata con ternura a tus hermanas, ama a los que me han servido fielmente, recompénsalos según sus méritos; muestra bondad hacia tus súbditos, castiga el mal, pon confianza en todos los hombres, pero enteramente, sólo en los que has venido a conocer bien".

En este tiempo empezó lo que se llama la Guerra de los Treinta Años. Su principio fué así: la ciudad libre de Donauworth en Baviera, había aceptado la Reforma oficialmente; el emperador Rodolfo exigía que los bienes de la Iglesia Católica quedaran a ésta y que no se prohibiera la práctica de la misma. Entonces un día del año 1606, los católicos salieron de su iglesia con una procesión, la cual los protestantes desorganizaron. Por esto el Emperador puso a la ciudad bajo el bando del Imperio y el rey de Baviera, Maximiliano, tomó la ciudad, anexándola a su reino y prohibiendo el culto evangélico. Previendo más dificultades, los protestantes formaron la "Unión Protestante" (1608), y los católicos siguieron su ejemplo con la "Liga Católica" el año siguiente.

El Emperador no queriendo guerra, pensó aplacar a los protestantes extendiendo materialmente sus derechos en Bohemia; pero después, en el reinado de Matías, éste quiso negar los mismos derechos dados por su hermano a los bohemios y rehusó el permiso para edificar un templo protestante. La Unión Protestante intervino entonces para garantizar los dere-

chos de los suyos en el año de 1618, ayudando a los bohemios a levantar una revolución contra su rey, a consecuencias de la cual fué depuesto este soberano, invitando los bohemios al elector Federico de la Palatina, que era uno de los más conspicuos personajes representantes del protestantismo, a tomar aquel alto puesto, cargo que aceptó con mucho gusto, pero contra el consejo de sus amigos.

Ya en el año de 1611, Carlos IX de Suecia había muerto y el joven príncipe Gustavo Adolfo, de diez y siete años, tomó sobre sí el cargo de dirigir el gobierno. Fué heredero de una guerra contra Dinamarca, la cual terminó con buen éxito para su país en el año de 1613, haciéndose una paz duradera, porque Gustavo ya no se vió en la necesidad de sacar la espada otra vez contra este rey de un país que también era protestante. Pero no pudo vivir en paz porque el año siguiente (1614) estalló una guerra contra Rusia, que le ocupó durante tres años y que condujo a una paz sumamente favorable para Suecia, pues Rusia le cedió las provincias de Ingria y Carelia.

La guerra entre los protestantes y católicos había ya comenzado en Alemania, pero el rey de Suecia no intervino por estar otra vez en guerra contra Polonia y también porque los protestantes de Alemania estaban defendiéndose con éxito.

La guerra de los Treinta Años puede definirse diciendo, que fué el último esfuerzo del catolicismo para esclavizar la Europa que estaba a medio libertar; pero el motivo de la lucha no era solamente por esto, pues juntamente con el móvil religioso había un móvil político. Fernando II quiso hacer el imperio alemán muy fuerte. Por esto algunos príncipes como Maximiliano de Baviera, que eran buenos católicos, dejaron a dicho emperador a veces sin ayuda, porque temían que su victoria no significaría tanto un éxito

para el catolicismo como nuevo poder para Fernando, poder que ellos no querían. Por esto se comprende también por qué Francia, siendo miembro de la Liga Católica, fué el instrumento que al fin aseguró la victoria de los protestantes. Como queda dicho, los protestantes ganaron al principio, pero en el año 1620 el elector Federico, rey de Bohemia, fué expulsado de Praga. Este como hemos dicho, era también Elector de la Palatina inferior o sea la parte de Alemania alrededor de Heidelberg, y de la Palatina superior cuya ciudad principal era Nuremberg, y por esta parte sus territorios estaban adyacentes al reino de Bohemia. Así pues Federico tenía bastantes recursos y aunque perdiendo, seguía la guerra solo, hasta el año 1625. Pero le iba de mal en peor; después de perder el reino de Bohemia, el Emperador le quitó la Palatina superior y los españoles poco a poco se fueron apoderando de la Palatina inferior. Así es que tres reinos hasta entonces protestantes cayeron en manos de los católicos, siendo víctimas del fanatismo de éstos y rehusándoseles el permiso de predicar libremente su religión. Todos los bienes eclesiásticos de los protestantes fueron confiscados y no podían celebrar sus cultos sino escondidos.

Al ver la cosa como estaba, progresando en favor de los católicos, Gustavo Adolfo hizo todos los esfuerzos para unir a los poderes protestantes, Dinamarca, Holanda, Inglaterra, los Electores de Sajonia y Brandenburgo con Francia, para quebrantar el poder de España y del Emperador.

Hubo mucha discusión entre los poderes protestantes, pero al fin Dinamarca, Inglaterra y Holanda entraron en la guerra para defender a los protestantes alemanes, sin querer aliarse con Gustavo Adolfo. Esto fué en el año 1625. El rey de Dinamarca comenzó la campaña bien, pero en dos años había perdido

todo ante el famoso general imperialista Tilly, quien, no contento con rechazar la ofensiva de su enemigo, tomó posesión del ducado de Schleswig-Holstein perteneciente al reino de Dinamarca.

También los estados de Mecklenburgo y Pomerania que profesaban la fe evangélica quedaron en poder de los católicos. Así, pues, con estos dos países, eran ya seis los estados protestantes que desde el principio de la guerra habían pasado al poder del enemigo.

Los católicos estaban de plácemes y mostraban sus intenciones más claramente, alentados con el éxito que hasta entonces habían obtenido y publicaron un tratado diciendo que la época del absolutismo había llegado y que había "que convertir a Europa a la fe católica a viva fuerza". Donde quiera que llegaban prohibían el culto evangélico, imponiendo sobre principados protestantes, príncipes y religión católicos contra el deseo de los habitantes. La situación era grave y toda la Europa protestante vió que Gustavo era el único que podía salvar su causa.

Gustavo Adolfo desde que fué invitado por los poderes protestantes, quiso aceptar el mando supremo del movimiento contra la Liga Católica y el Emperador; pero la opinión pública de su país que no veía más allá de los sucesos que se estaban desarrollando, no quería conceder su asentimiento para una intervención en favor de los correligionarios beligerantes, porque no creían amenazado a su país y su religión; pero Gustavo en un hermoso discurso que pronunció ante el Parlamento, hizo ver que era preferible por medio de un movimiento ofensivo llegar hasta el enemigo, antes que éste se anticipara a llevar la guerra hasta las playas de Suecia, pues era seguro que después de vencer a los demás beligerantes, la Liga Ca-

tólica procuraría destruir un país eminentemente protestante como era la Suecia.

Por este tiempo los ejércitos católicos estaban sitiando la ciudad protestante de Stralsund. Gustavo dirigió su primer golpe contra estos ejércitos sitiadores, librando la ciudad.

Desde el principio, su campaña fué una serie no interrumpida de triunfos y a donde quiera que llegaba, sus correligionarios oprimidos le saludaron como a su salvador. Aunque temerosos del engrandecimiento del poder de Gustavo, los príncipes protestantes le ayudaron, y así su ejército crecía continuamente.

A los católicos les entró gran miedo por aquellos triunfos y hasta oraron en su letanía a Dios para que les librara del "Diablo y de los Suecos". El ejército del Emperador había vivido del botín y del robo, y así tenía en su contra a la misma población católica. Gustavo al contrario dió órdenes explícitas contra tales tropelías y fusilaba a cualquier soldado que las infringía. Así ganaba la confianza de las mismas poblaciones católicas, cuyos cultos legítimos nunca prohibió.

Gustavo no pudo llegar a tiempo para salvar a la ciudad de Magdeburgo que los imperialistas estaban sitiando. Cayó desgraciadamente esta ciudad y fué destruida completamente por los romanistas; pero poco después sí logró entablar un combate con el general Tilly cerca de Leipzig.

Gustavo dió la voz de "Dios con nosotros", grito de combate que los alemanes todavía usan y la batalla se libró, ganándola gloriosamente Gustavo y sus protestantes aliados.

De allí continuó su marcha al sur tomando la fortaleza de Marienburgo donde los católicos habían depositado grandes cantidades de tesoros, pensando

que la fortaleza era inexpugnable por haber sido bendecida por la Virgen. Restauró la religión protestante dondequiera que había antes existido y confiscó los bienes de los jesuítas. De Leipzig pasó a Frankfurt del Mein, Augsburgo, Worms y Espira y de allí a Nuremberg, Donauworth y llegó a Munich.

Regresando a Nuremberg su buena suerte cambió y de repente se halló sitiado en dicha población. Su esfuerzo para librar la ciudad y quebrantar la fuerza del enemigo fué vano y al fin se resignó a retirarse; pero aunque el ejército imperialista era el victorioso, estaba tan debilitado por la lucha y el hambre que no pudo tomar la ciudad de Nuremberg. Una vez afuera, la confianza volvió al corazón de Gustavo. Volvió y salvó al pueblo de Nuremberg de los católicos, y la gratitud de los habitantes fué tan grande que se pusieron de rodillas ante él. "Ah", dijo Gustavo, "ahora me honran como si fuera Dios mismo y Dios seguramente me castigará por permitir tal adoración; sin embargo yo creo que El sabe que no me deleito con tales honores, y no permitirá que mi obra fracase, suceda lo que sucediere con mi persona, puesto que todo es por la gloria de su santo nombre".

En fin, cerca de Lützen, los ejércitos imperialistas y los de los protestantes, se encontraron cara a cara. Dos horas antes de amanecer, el rey mandó sonar los tambores. El ejército por regimientos oyó reverentemente la lectura de la Biblia y las oraciones de los capellanes y entonces entonaron el himno de Lutero: "Castillo fuerte es nuestro Dios", y otro de Gustavo: "No desmayes, pequeño rebaño". A continuación Gustavo, hablando a todos, dijo: "Adelante en el nombre de Dios; Jesús, Jesús, Jesús, ayúdanos a pelear hoy para la honra de tu nombre". Recién comenzada la batalla, Gustavo cayó herido mortal-

mente. (*). La caballería del enemigo le alcanzó y preguntándole su nombre, él respondió: "Yo soy el rey de Suecia que hoy sella la religión y libertad de Alemania con su sangre". El duque Bernardo de Weimar había sido designado por Gustavo para tomar el mando si él cayera.

Un general viendo a Gustavo muerto y la primera línea de infantería deshecha, dijo: "no hemos perdido la batalla hasta el punto de no poder retirarnos en buen orden". Bernardo le regañó diciéndole: "¡Retirada!, el tiempo para esto ya pasó, ahora la venganza". La batalla continuó todo el día con varias alternativas favorables a uno y otro bando, pero al anochecer los suecos hicieron un gran esfuerzo y derrotaron a los imperialistas completamente.

Aquella noche unos finlandeses del ejército de Gustavo, que se habían apoderado de su cadáver, arrebatándolo al enemigo en cuyas manos había caído, cubiertos con sus armaduras y a caballo, asistieron a la pequeña capilla de un pueblo cercano, oyendo al maestro de escuela leer el rito sencillo de entierro de los luteranos, y ¡la carrera de Gustavo había terminado!

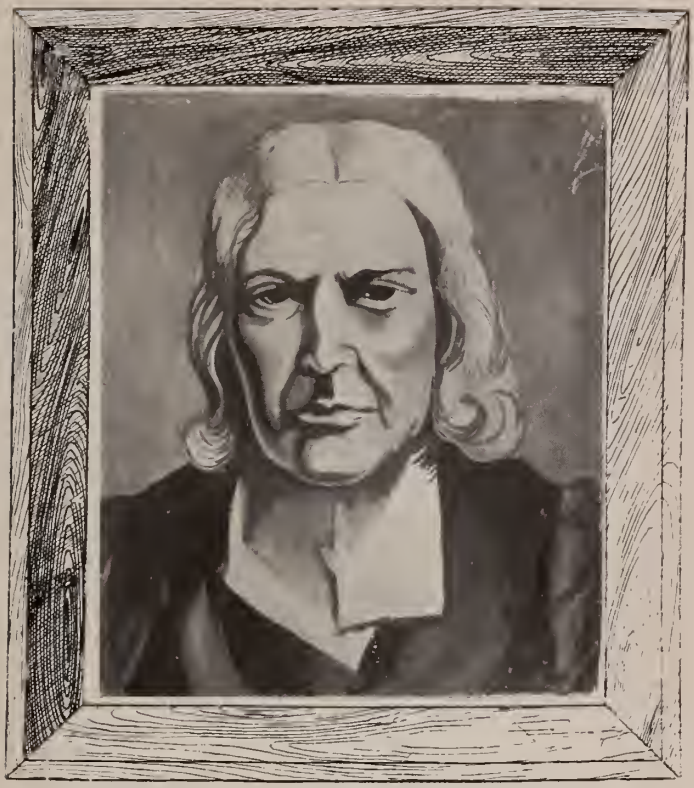
Es grande la diferencia entre Gustavo y aquel humilde Hijo del Hombre a quien se esforzaba en servir. El uno rey, el otro carpintero; el uno con grandes ejércitos que lo servían, el otro con doce discípulos, algunos traidores; aquel vengando a sus hermanos oprimidos, éste enseñando el amor al enemigo. Pero al fin, Gustavo se cuenta con razón entre los grandes cristianos de la historia.

(*) La batalla de Lützen se libró en un gran llano inmediato a la población y el lugar donde cayó Gustavo está marcado con una lápida conmemorativa. Hay una capilla pequeña en el mismo sitio donde se celebran cultos en idioma sueco de vez en cuando.

El, como su Maestro, conceptuó el bien de sus hermanos como de más importancia que su bien propio; él como su Maestro, murió por librar a la humanidad de la esclavitud y por darle la libertad gloriosa del Evangelio.

Después de la muerte de Gustavo en 1632, la Guerra de los Treinta Años continuó por espacio de dieciséis años más, pero las ventajas ganadas por Gustavo en pro de la causa de los protestantes no se perdieron, y al fin, con la ayuda de Francia, se hizo la Paz de Westfalia en 1648, que garantizó a los protestantes el libre ejercicio de su religión. Desde entonces no ha habido otra gran guerra religiosa. Pero si la libertad venció al fin a la tiranía, y la tolerancia al fanatismo, se debe más que a otro, a aquel gran hombre, que vió que el bien de su país estaba estrechamente ligado con la causa protestante de toda Europa, y que usó su gran talento no para engrandecer su propio reino en primer lugar, sino para librar a sus hermanos oprimidos, y para dar su vida en sacrificio por ellos. "Nadie tiene mayor amor que el que ponga su vida por sus amigos".

JUAN WESLEY



1703 - 1791

SIGLO XVIII

JUAN WESLEY: EL PIETISMO PROTESTANTE

Con la paz de Westfalia, los protestantes consiguieron la libertad de cultos que la tiranía de Roma pretendía quitarles, y así también la tranquilidad necesaria para desarrollar en toda su plenitud sus potencias latentes. Desde su principio el protestantismo ha encerrado dos tendencias que podemos designar como el Racionalismo y el Pietismo. En este siglo estas dos tendencias se desarrollaron. Los racionalistas procuraron someter a la razón todas las creencias religiosas. Sus efectos no son del todo malos en ninguna manera, pero tienden siempre a secar esas fuentes de vida espiritual de donde brotan la comunión con Dios y la fe firme y celosa en la persona y mensaje de Jesús. En lugar de acercarse a Dios por medio de Jesús los racionalistas suelen ocuparse de la filosofía y la ciencia hasta apartarse a veces enteramente de la vida y puntos de vista religiosos. El pietismo por otra parte da lugar al libre desarrollo de la fe en el hombre y enseña a conocer a Dios por experiencia directa. Muchas veces fomenta la estrechez y fanatismo, de manera que el hombre religioso está en la constante necesidad de vivificar su razón por su fe mientras que tiempla su fe por su razón. Estas dos tendencias que existen en toda religión llegaron a ponerse en abierta lucha en el protestantismo del siglo XVIII en todos los países en donde la Reforma había sido adoptada. El contraste fué más notable en Alemania pero es Inglaterra el país de que pensamos ocuparnos principalmente en este capítulo.

La separación de la Iglesia anglicana de la ro-

mana se debía más bien a la rebeldía de Enrique VIII contra el papa que a su deseo de remediar abusos eclesiásticos o alcanzar la pureza de la enseñanza evangélica. Así la Reforma inglesa carecía en gran parte del fervor espiritual que animaba a los protestantes de Europa continental. Pero en Escocia las predicaciones de Juan Knox entrañaban una reforma espiritual bien distinta del carácter político que revestía la Reforma inglesa. No faltaban también en el seno de la misma Iglesia anglicana, fieles testigos de la verdad evangélica, a los cuales señalaron con el nombre de puritanos. Estos fueron perseguidos por sus mismos hermanos protestantes de la Iglesia anglicana a causa de sus doctrinas independientes y la estricta moralidad que observaban. Tal fué la persecución que muchos emigraron al Nuevo Mundo estableciendo numerosas colonias que habían de formar el núcleo de la gran república norteamericana. Los reinos de Inglaterra y Escocia llegando a unirse bajo un solo soberano (Jacobo I, 1603) los anglicanos ritualistas pretendieron imponer a los escoceses presbiterianos, su liturgia y sus oraciones rezadas. Los escoceses se rebelaron abiertamente contra tal imposición, dando origen a una sangrienta guerra entre presbiterianos y anglicanos. Con la revolución encabezada por Oliverio Cromwell (1643) y que fué un triunfo para los puritanos, las luchas religiosas cesaron y se estableció una verdadera libertad de cultos. En el reinado de Carlos II que siguió el gobierno de Cromwell, se quitó el sostenimiento oficial a los pastores puritanos, pero por otra parte se facilitó la formación de las varias iglesias independientes que desde entonces han existido al lado de la iglesia anglicana oficial en Inglaterra.

Así es que el protestantismo se había establecido definitivamente en Inglaterra y había aprendido

a tolerar las diversas prácticas y creencias que en el mismo todavía existen, cuando nació Juan Wesley en el año 1703, siendo el décimoquinto hijo de Samuel Wesley, párroco anglicano del pueblo de Epworth. Su madre era una mujer de piedad no fingida y de mucha fuerza de carácter. Se cuenta de ella que estando su esposo ausente en Londres por algún tiempo, ella no estaba satisfecha con las predicaciones del ministro que le sustituía interinamente y se dedicó personalmente a enseñar a la familia los domingos por la tarde en su propio hogar. Al principio asistían a estas reuniones solamente los de la familia y la sirvienta. Pero ésta luego pidió permiso para que asistiesen sus padres; luego éstos para que asistiesen otros amigos y así sucesivamente, hasta que llegó a formarse un auditorio de más de doscientas personas. El pastor interino se quejó de esto y amenazó con acción judicial, pues una ley antigua prohibía semejantes reuniones conventículas. A pesar de esto la madre de Wesley las continuaba, sintiéndose llamada de Dios para servirle de esta manera. También su padre al tener noticia de lo ocurrido no quiso evitar estas reuniones. Considerado el tiempo, semejante valor y consagración de una madre de familia, muestra un carácter y piedad poco comunes. Tal era la madre, pues, que dirigía los pensamientos de Juan Wesley en su niñez.

A la edad de doce años Wesley pasó a una escuela preparatoria en Londres, y terminados los estudios en ésta, entró en la Universidad de Oxford para estudiar la teología, esperando seguir la carrera de un pastor anglicano al terminar sus estudios. Pero cuando llegó esta época sus profesores habían reconocido en él a un hombre de talentos especiales y le hicieron "fellow" de la Universidad, es decir le dieron una beca para seguir sus estudios a costo de la Univer-

sidad. Fué en este tiempo cuando se fundó el llamado "Santo Club" siendo Wesley mismo uno de los fundadores. Este Club consistía de algunos estudiantes de la Universidad que se unieron con el deseo de alcanzar mayor santidad de vida. Con este fin practicaban el ayuno, dormían en el suelo y se sometían a otras molestias por el estilo. También visitaban mucho a los enfermos y a los prisioneros no tanto con la idea de ayudar o consolarlos como porque creían que el sufrimiento que estas visitas les causaban, ayudaría para darles mayor santidad.

En esto de estar visitando a los enfermos, Juan Wesley conoció a Jorge Whitefield. Este había crecido en una taberna pero muy joven se había fugado de su casa. Yendo en busca de trabajo un día, tuvo ocasión de oír a un predicador anglicano y el discurso de éste le interesó de tal manera que quiso desde ese momento ser predicador y encaminó su vida al fin de realizar su deseo. Al fin logró entrar a la Universidad de Oxford donde a la vez que estudiaba, tenía que trabajar para ganar su sustento, sirviendo la mesa a otros estudiantes. Whitefield también fué recibido como miembro del Santo Club. Pero desde luego se notó que el nuevo socio no estaba del todo de acuerdo con los demás, puesto que Whitefield se opuso al ascetismo de sus compañeros diciendo que todo esto era inútil toda vez que Cristo había pagado una vez por todas la deuda del pecado, y que a cambio de esta vida introspectiva, y egoísta en su fondo, debía vivirse una vida que fuera fecunda en bienes para nuestros semejantes, anunciando el Evangelio de la Gracia.

Juan Wesley quedó en la Universidad de Oxford hasta cumplir los treinta años de edad. Por aquel entonces un lord inglés que estaba formando la colonia de Georgia en la América del Norte lo invitó para trabajar en su ministerio en dicha colonia, y mirando

en esta invitación un llamamiento del mismo Dios, Wesley aceptó el cargo y embarcó con dirección al Nuevo Mundo. Durante este viaje tuvo ocasión de conocer algunos creyentes de la iglesia morava que iban en la misma embarcación. Vió desde luego que una perfecta concordancia reinaba entre ellos y pudo observar que por ningún motivo se disgustaban entre sí. Vió también que en el peligro mostraban mucha sangre fría. Wesley admirado por esta vida de fe y confianza en Dios trató de averiguar su causa, pero como él no hablaba alemán ni ellos inglés no pudieron entenderse.

Al llegar a América, Wesley se puso a predicar una moral muy estricta. Los colonos de Georgia, aventureros en su mayor parte, sólo se reían de él, y no le hicieron caso. Viendo que sus esfuerzos eran inútiles con los blancos, Wesley trató de evangelizar a los pieles rojas indígenas. Pero no pudo aprender su idioma y se desanimó por lo que le decían por medio de intérpretes que ellos no querían ser cristianos puesto que habían visto que los blancos que profesaban esta religión pegaban a sus mujeres, se emborrachaban y hacían muchas otras cosas que su propia religión pagana les señalaba como malas.

Después de sólo dos años de vivir en América, con el espíritu decaído por el poco éxito de su labor misionera, Wesley decidió volver a su patria. Durante todo el viaje reflexionó sobre la inutilidad de sus esfuerzos y empezó a pensar que si no había podido convertir a ninguno tal vez la razón era que él mismo no se había convertido. Pasó la mayor parte del tiempo leyendo la Biblia y orando al Señor. Un día divisó en lontananza un barco que iba a América. Mucho tiempo después supo que en ese barco hacía la travesía al nuevo mundo su antiguo colega del Santo Club, Jorge Whitefield, quien en su misión ameri-

cana obtuvo un resultado bien distinto del de Wesley, pues multitudes se convirtieron por sus predicaciones.

Al llegar a Inglaterra Wesley contrajo relaciones de amistad con un alemán de la iglesia morava con quien tuvo muchas conversaciones sobre la salvación y vino a entender que muchos cristianos habían llegado a sentir el perdón de los pecados como experiencia viva, no como resultado de un ascetismo riguroso, sino como una gracia divina obrando en sus corazones. Un hermano de Juan Wesley, llamado Carlos, llegó a tener esta experiencia por aquel tiempo y unas semanas después, el mismo Juan mientras escuchaba en una reunión, una lectura de Lutero que trataba de la justificación por la pura gracia de Dios mediante la fe en la muerte expiatoria de Cristo, sintió que había nacido de nuevo y alcanzó el gozo y consuelo de saber que sus pecados habían sido perdonados por el Omnipotente.

Por supuesto al tener tal experiencia, Wesley empezó a hacer referencia a ella en sus predicaciones, aconsejando a sus oyentes que debían de desearla firmemente y orar a Dios que les concediese esta dicha también a ellos. Este mensaje no fué del agrado de los ministros anglicanos compañeros suyos quienes empezaron a prohibirle el uso de sus templos. Viendo sus esfuerzos frustrados otra vez, determinó conocer mejor el movimiento pietista de Alemania antes de seguir su ministerio en Inglaterra y se fué a visitar la colonia morava que se había establecido bajo los auspicios y en el territorio del conde Zinzendorf.

Zinzendorf y los hermanos moravos le recibieron con amor y él pudo ver que había una especie de vida comunal entre los cristianos de aquella colonia. Cada uno de los miembros de ella tenía su trabajo especial de acuerdo con los hermanos en la fe y con el objeto de servir a la comunidad en general; la confra-

ternidad más grande reinaba en todas sus relaciones; gozaban de una libertad perfecta en sus cultos pues cualquiera de ellos sin ser pastor graduado podía dirigirse a sus compañeros. Por otra parte observó el gran celo misionero que distinguía esta colonia que invertía todas sus ganancias en misiones que mandaba a todas partes del mundo. Demás está decir que Wesley quedó sumamente complacido por estas cosas y escribió a su hermano: "Dios me ha concedido al fin estar con una iglesia cuya conversación está en los cielos, en la cual mora la mente de Cristo y que anda como él anduvo".

Al regresar a Inglaterra, Wesley encontró la misma oposición antigua a que él predicara en las iglesias anglicanas. Pero otro campo de servicio cristiano se le presentó. Jorge Whitefield había regresado de América ardiendo con el deseo de anunciar el mensaje del Evangelio en Inglaterra como había hecho en el Nuevo Mundo. El, como Wesley, encontró muy pocas oportunidades de hablar en las iglesias anglicanas y decidió predicar al aire libre. Empezó este trabajo en el distrito minero de Bristol donde los obreros de las minas estaban casi olvidados por la iglesia oficial. La primera vez que predicó al aire libre asistieron 1000 oyentes, la segunda 2000 y antes de terminar su campaña evangelizadora había predicado a más de 20,000 personas de una vez.

No pudiendo Whitefield acudir a todos los lugares donde luego lo invitaron a predicar de esta manera, llamó a Juan Wesley en su ayuda para que quedara en el distrito de Bristol mientras que él acudía a otras partes. Así comenzó la gran campaña de predicación popular que llevaron a cabo estos dos personajes, y en la cual fueron ayudados después por muchos individuos de buena voluntad. Wesley continuó este método durante cincuenta años, dirigiendo la palabra por término medio de cuatro a seis veces diarias

y llegando a pronunciar 42,000 predicaciones antes que terminara su ministerio.

En tanta actividad debían de ocurrir incidentes interesantes. Se dice que una vez cuando predicaba cerca de una plaza de toros, soltaron uno de estos con el propósito de disolver la concurrencia. A pesar de la bulla causada por los brincos del animal entre los concurrentes, Wesley siguió su sermón. Cuando el toro llegó cerca de la mesa donde éste estaba, se paró y quedó como hipnotizado oyendo la voz del predicador. Otra vez un párroco de la iglesia anglicana mandó el coro de su iglesia para que cantara el Salmo 119, que como se sabe tiene 176 versos, en las inmediaciones del lugar donde había de predicar, esperando así ahogar la voz de Wesley. Otra vez cuando estaba de paso un domingo en su pueblo natal se esperaba que había de predicar en la iglesia y todo el pueblo se reunió. El vicario lejos de invitar a Wesley a predicar aprovechó la oportunidad para atacarle en el sermón. Los amigos de Wesley anunciaron a todos los que salían de la iglesia que a la tarde Wesley iba a predicar en el cementerio. Así fué. A la hora señalada se paró sobre el panteón de su padre y predicó más de una hora conquistando la atención y admiración de todos por su sinceridad y su elocuencia. Muchas veces le arrojaron frutos y huevos podridos, aguas fétidas y otras inmundicias. Pero siguió su obra con energía y firme convicción.

El cambio en las costumbres del pueblo, obrado por las predicaciones de Wesley y de Whitefield fué notable. Miles de borrachos abandonaron su vicio, mujeres chismosas pusieron freno a su lengua, y multitudes empezaron a guardar el día de descanso que antes lo habían profanado. El número de los convertidos creció rápidamente y pronto comenzaron a organizarse en congregaciones gobernadas por reglas

muy estrictas de conducta, prohibiéndose hasta el baile o la asistencia al teatro. Wesley no les dió sin embargo ningún nuevo credo o forma de doctrina, contentándose con estos preceptos para la vida práctica. Estas diversas congregaciones comenzaron a relacionarse recíprocamente y a comprar locales para sus cultos. Constituyeron el principio de la iglesia metodista, que tanto desarrollo ha tenido por el mundo entero en los tiempos modernos.

Penoso es recordar que el crecimiento de esta nueva iglesia no pudo consumarse sin disputas entre ella y los moravos. Estas eran sin embargo cuestiones secundarias de poca importancia. Más seria fué la controversia que estalló en el mismo seno de la iglesia metodista entre sus fundadores, Whitefield y Wesley. Whitefield sostenía que la salvación alcanzada una vez por la gracia no podía perderse, mientras que Wesley sostenía lo contrario. Además Whitefield sostenía que el hombre nunca puede alcanzar la perfección en esta vida, mientras que Wesley aseguraba que el creyente puede esperar en la existencia terrenal una "segunda gracia" por santificarse completamente ante los ojos de Dios. Estas controversias dieron lugar a que se separaran Whitefield y sus partidarios para fundar la iglesia metodista calvinista.

Conforme pasaban los años el nuevo movimiento que en su principio había atraído principalmente a la clase proletaria, llegó a contar en su número a personas de mayor distinción social y hasta algunos miembros de la alta nobleza de Inglaterra. Guiando el desarrollo de su iglesia y predicando constantemente Wesley alcanzó los 70 años que el Salmista señala al hombre, pero su vigor no decayó. El mismo nos cuenta que a los setenta años su vista y sus nervios eran mejores que a los treinta y que a los setenta y tres podía predicar mejor que a los veintitrés.

Llegó a ver sepultados a todos sus primitivos compañeros en la obra pero una nueva generación de jóvenes luchadores vino a sustituir a los viejos que habían bajado a la tumba. Entre ellos debemos mencionar a Rowland Hill y a Juan Newton, este último habiendo sido traficante en negros esclavos antes de convertirse.

A la edad de ochenta y un años Wesley aún trabajaba activamente, haciendo viajes a pie y en la nieve hasta de cuatro leguas, mientras predicaba cuatro o cinco veces diarias. A los ochenta y tres años fué a Holanda para dirigir una campaña evangelística. A los ochenta y seis años menciona que un día que sólo predicó dos veces lo tuvo como "un día de descanso". Pero al fin esta heróica divulgación del Evangelio tuvo el término natural y el 23 de febrero de 1791 cuando ya tenía 88 años Wesley predicó su último sermón. Al día siguiente cayó enfermo y pocos días después murió con una gran paz del alma y confiando plenamente en que su Maestro a quien había servido con tanta fidelidad le recibiría en el hogar celestial. Su último mensaje a sus hermanos fué éste: "No desfallezcáis, Dios está con nosotros". Así terminó su carrera el que supo más que ningún otro de su siglo llevar a los pecadores a Jesús, "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo".

JORGE WILLIAMS

1821 - 1905

SIGLO XIX

JORGE WILLIAMS—EL CRISTIANISMO LAICO

Ya hemos visto cómo el cristianismo en el siglo XVIII empezó a crecer de tal manera que rompió los lazos convencionales que le habían sido impuestos; cómo el artesano se levantó a testificar del amor de Dios en el lugar donde sólo el ministro había sido admitido antes; cómo se predicaba al aire libre y no sólo en el templo apartado para el culto, y cómo, sobre todo, el cristianismo vino a comprenderse como cosa de la experiencia personal, dirigiendo su mensaje no sólo a la cabeza sino también al corazón de los hombres.

Por supuesto este movimiento no tuvo resonancia en todas las iglesias protestantes ni mucho menos en las iglesias católicas, pero no cabe duda que es el fenómeno más digno de atención en ese siglo y que modificó hasta cierto punto el mensaje de todas las ramas de la iglesia cristiana.

El siglo XIX quedará en la historia como un siglo de desarrollo admirable en todas las fases de la vida humana. En el campo político la revolución norteamericana y la francesa, juntamente con las revoluciones de los países de las Américas del Centro y del Sur contra los tiranos, libraron a los habitantes de estas naciones de las cadenas opresoras, como la Reforma había librado el espíritu europeo de la superstición y del oscurantismo. Nuevas partes del mundo fueron abiertas al comercio; nuevas invenciones y modos de producción facilitaron la vida e hicieron posible el ganar grandes fortunas. El mundo fué librado de sus costumbres anticuadas; la tradición no fué

respetada más y la institución sin utilidad cayó en desuso. Los que veían en Jesús a su Maestro y Salvador tuvieron que enfrentarse con un mundo embriagado con los ideales de libertad y progreso unidos muchas veces con un materialismo craso y chocante.

Pero el cristianismo no se quedó atrás en este desarrollo. Si el comercio buscaba nuevos mercados en el Oriente y en el Africa, halló que los misioneros pio de este siglo con el primitivo objeto de instruir en cristianos habían llegado antes o juntamente con él; si la ciencia y la erudición hacían progresos, grandes organizaciones cristianas hicieron resonar a las universidades con un mensaje cristiano y llenaron los corazones de miles de personas instruídas en las letras y en las ciencias del deseo ardiente de usar sus conocimientos para la gloria de Dios y el bien de sus semejantes. Si los economistas y los sociólogos señalaron el camino para una organización más sana de la sociedad, hallaron a los cristianos trabajando en el mismo sentido y realizando éxitos en grande escala.

En el siglo anterior, las misiones apenas habían comenzado, pero desde el principio del siglo XIX, el ardor de la iglesia cristiana creció continuamente hasta que a su fin las misiones se encontraban en todo el mundo, gastándose anualmente en su manutención millones y millones de pesos oro.

Nuevas organizaciones vinieron en ayuda de la Iglesia. La primera que se debe mencionar es la Escuela Dominical, institución fundada muy a princi- la Biblia a los niños pobres el día domingo, y así evitarles las tentaciones de la calle en este día, pero que después tuvo un desarrollo inmenso en muchas otras direcciones.

Las sociedades de jóvenes como la llamada de Esfuerzo Cristiano, fueron fundadas en este siglo y dieron un gran empuje a la obra cristiana entre la juventud. La Iglesia Institucional, el Ejército de

Salvación, y muchas otras organizaciones fueron fundadas para llevar a los pobres el Evangelio, al mismo tiempo que se les ayudaban materialmente. Grandes organizaciones para combatir el alcoholismo, nacidas en la Iglesia, se levantaron a pelear contra este gran mal, mientras que avivamientos encabezados por hombres como Finney y Moody, hicieron crecer grandemente el número de los convertidos y celosos cristianos. Hay muchos hombres que se pueden considerar como representantes de este siglo, de los grandes evangelistas, de los valientes misioneros, de los eruditos teólogos, y de los eminentes filántropos, mas hemos escogido a Jorge Williams, como aquel en quien podemos ver reflejado como en un espejo las aspiraciones y esfuerzos del cristianismo de este tiempo. Lo hemos escogido como sujeto de este capítulo no por ser el más celoso, ni el más instruido ni de mayor influencia entre los cristianos del siglo diecinueve, sino por ser el verdadero "tipo" de la época.

Jorge Williams nació en una hacienda en el Occidente de Inglaterra, el 11 de octubre de 1821. Era el más joven de sus ocho hermanos. Fué bautizado y confirmado en la Iglesia anglicana, y después de unos pocos años de instrucción en la escuela del pueblo vecino, se dedicó a ayudar a sus padres y hermanos en los trabajos de la hacienda.

Pero la Providencia no lo había designado para la vida campesina. La crisis vino un día cuando estaba trayendo una carreta de rastrojo del campo para guardarlo en la caballeriza. Estaba él como soñando y no fijándose bien en lo que hacía, cuando la carreta se volcó resultando caballos, carreta, rastrojo y él mismo dentro de un foso.

Padre y hermanos decidieron desde luego que Jorge no tenía las cualidades necesarias para la vida campesina, y dispusieron castigarlo mandándolo a un pue-

blo para emprender la vida de negocios. Hallaron una colocación para él en una tienda de géneros en Bridgewater, unas diez leguas distante de su hogar. Vivía con su patrón que era hombre piadoso, y seguía la regla del establecimiento, asistiendo con los demás operarios a los cultos de una capilla congregacionalista de la cual era miembro el patrón.

Desde luego mostró grandes aptitudes para el negocio y por su carácter amable conquistó el cariño tanto del patrón como de los demás empleados. Poco a poco también su espíritu sufrió un cambio. El mismo nos dice que entró en Bridgewater como joven "indiferente, descuidado, impío, maldiciente" pero pocos años después, cuando salió de aquel empleo, era serio, sobrio y entusiasta por la obra cristiana.

En la capilla congregacionalista halló lo que no había sentido en la Iglesia anglicana: es decir la paz que viene por saber que sus pecados habían sido perdonados en Cristo. Fué recibido como miembro de esa iglesia y empezó desde luego a tomar una parte importante en la vida de la congregación. Era uno de los que ayudaban para la formación de un culto de oración y también enseñaba una clase en la escuela dominical. Además de la Biblia leyó los libros de Finney que se conocen bajo los títulos de "Disertaciones para Cristianos" y "Sobre los Avivamientos en la Religión". Estos libros le enseñaron a pensar que el deber principal de cada cristiano es el de atraer a otras almas a la salvación de que él goza. Así se ve que en toda su vida este "deseo para almas", vino a ser su principal pensamiento. Hablaba a todos los que encontraba de la salvación de sus almas, pero tal era su tacto y tino unidos a una sinceridad manifiesta, que nunca recibió una contestación ruda. Supo unir con la mayor perfección, el odio al pecado y el amor al pecador. A los diecinueve años acabó su aprendiza-

je en Bridgewater, y después de buscar empleo en varias partes fué recibido como empleado en un almacén de géneros de Londres, perteneciente al señor Hitchcock. Aquí vivía también en el establecimiento con otros ciento cuarenta empleados. Se dice que cuando él halló este empleo era casi imposible para un joven que viviese en esta casa observar las costumbres cristianas. Las horas de trabajo eran sumamente largas y los jóvenes se encontraban con las fuerzas tan agotadas al acabar el trabajo, que contra las reglas del establecimiento llevaban bebidas alcohólicas a los cuartos para ahogar su cansancio, o pasaban la noche en una cantina o alguna casa de mala fama. Jorge Williams había hecho votos de no tomar bebidas alcohólicas nunca y fué fiel a su voto. Acostumbrándose poco a poco al establecimiento de Hitchcock, hizo amistades con unos dos o tres de los jóvenes más serios y empezó a tener oración con ellos en sus ratos desocupados, mientras que el día domingo, siempre invitaba a que lo acompañaran al culto de alguna iglesia o capilla. Los cultos de oración entre los empleados del establecimiento que habían empezado con solo él y otro joven, crecían en número de asistentes y en interés hasta que a veces llegaron a juntarse treinta de los empleados en ellos. También se organizó una sociedad misionera que juntó dádivas para la ayuda de la causa misionera entre los paganos. Los jóvenes empezaron a orar para la conversión de sus compañeros y del patrón. Los otros se burlaban de ellos, pero éstos escogiendo al más enemigo de todos le invitaron para un banquete en su honor, cosa que le extrañó bastante, pero aceptó la invitación y juzgó a estos jóvenes piadosos, buenos compañeros. Dejó de burlarse y después de algún tiempo se convirtió también. Así todos los empleados uno por uno aceptaron a Cristo y también, al fin, el mismo patrón viendo los efectos de este movi-

miento sobre sus empleados, entró en una experiencia viva del amor de Dios. Después de tres años no había casi ningún inconverso en el establecimiento.

Naturalmente se suscitó entonces la cuestión de que si este movimiento había alcanzado tan buenos efectos en la casa de Hitchcock, ¿por qué no probarlo en otros almacenes? El resultado fué una organización: "La Asociación de Jóvenes Cristianos" que ha crecido desde entonces maravillosamente, y que abraza el mundo entero en su campo de actividad en el día de hoy. Poco a poco haciendo muchos esfuerzos, la organización crecía, y aunque Jorge Williams no tomó nunca una parte directa en su crecimiento, él fué siempre una fuerza principal para ayudarla.

Mientras tanto, no se olvidaba de los negocios. Sus aptitudes le alcanzaron promoción, hasta que fué recibido como socio en el establecimiento, relación que se hizo después más estrecha por su casamiento con la hija de Hitchcock. El almacén que antes había sido de ventas al por menor, se ensanchó, vendiéndose también al por mayor, y en el transcurso de los años Jorge Williams llegó a ser uno de los hombres más ricos de Inglaterra. Pero no olvidó nunca su amor por los jóvenes, a pesar de los cuidados del negocio y de su familia. El sabía que el hombre no puede servir a Dios y a Mammón a la vez. El servía a Dios e hizo que Mammón le sirviera también. Uno de sus principales deseos era hacer la vida de sus empleados más amena. Así, junto con otros patrones de Londres empezó un movimiento para cerrar los almacenes temprano, y para dar libre a los empleados la tarde del sábado. Puso el ejemplo en su establecimiento y logró ver el día en que esta benevolente disposición fué imitada por todo el pueblo de Londres. Hoy la "semana inglesa" iniciada por él, se observa en casi el mundo entero.

Recordando la dureza de la vida que había vivido como dependiente, hizo todo lo que pudo para mejorar la situación económica de sus empleados. Pero su interés principal era siempre el bien espiritual de ellos. Cuando un joven se le presentaba pidiendo empleo, le preguntaba qué parte del negocio conocía y luego si conocía a Cristo. Los tres puntos principales de su organización consistían en el contacto personal de joven con joven, la unidad en la oración y el estudio de la Biblia. Dicha asociación fué y es considerada como ayuda de todas las iglesias evangélicas; no es otra iglesia aparte, ni es otra organización dentro de ninguna de ellas, sino una asociación interdenominacional. Jorge Williams siempre miraba las cosas que unen a los cristianos más bien que las que los separan. Se cuenta que una vez estaba platicando con otros tres jóvenes en la calle, antes de ir al culto de su iglesia, cuando de repente, fijándose en que eran todos de distintas denominaciones, los abrazó exclamando: "bautista, metodista, anglicano, congregacionalista, pero uno en Cristo". Varias veces le vino a él el deseo de irse como misionero o de ordenarse como ministro de alguna Iglesia, pero comprendió al fin que podía servir a Dios mejor como sencillo laico y esto lo hizo hasta su muerte.

La asociación que él había formado crecía. Había empezado en un dormitorio ocupado por seis jóvenes, pero después de poco tiempo fué necesario alquilar un cuarto para el uso de los miembros. De aquí tuvieron que trasladarse a otro más grande y emplear un secretario que lo cuidara. Sala de lectura y anexos semejantes fueron añadidos con el tiempo, y el número de miembros crecía constantemente hasta llegar a mil en el espacio de cuatro años. En 1851 hubo una exposición universal en Londres, donde se hicieron esfuerzos especiales por dar folletos a todos

los visitantes e interesarlos en su obra. El resultado fué que la asociación se trasplantó a los Estados Unidos y otros países. Estando el mismo Jorge Williams en París por asuntos del negocio, vió que no había allí ninguna sociedad de esta naturaleza, y llamando a los pastores protestantes a reunión, les expuso la necesidad de ésta con tanta elocuencia, que hicieron el ensayo con éxito feliz. Cuando en 1863 murió su suegro, Jorge Williams fué electo Tesorero de la Asociación, cargo que Mr. Hitchcock había desempeñado hasta entonces.

Williams tenía la costumbre de pagar todos los déficits y así ayudó a la sociedad salvándola de muchas situaciones difíciles. Dió siempre desde la mitad hasta las dos terceras partes de lo que ganaba para la obra de propaganda cristiana en una forma u otra, pero a pesar de su generosidad, murió rico. Pasaron los años y sus hijos tomaron más y más sobre sí las responsabilidades del negocio, dejándole más libertad para los asuntos de la asociación. Entonces fué cuando hizo viajes a América y otros países donde la obra se había establecido, hablando, organizando, dando, y nunca quiso descansar. Su familia se quejaba de que cuando deseaba disfrutar de vacaciones, Jorge Williams siempre la llevaba a alguna parte donde no había asociación, para organizar una allá.

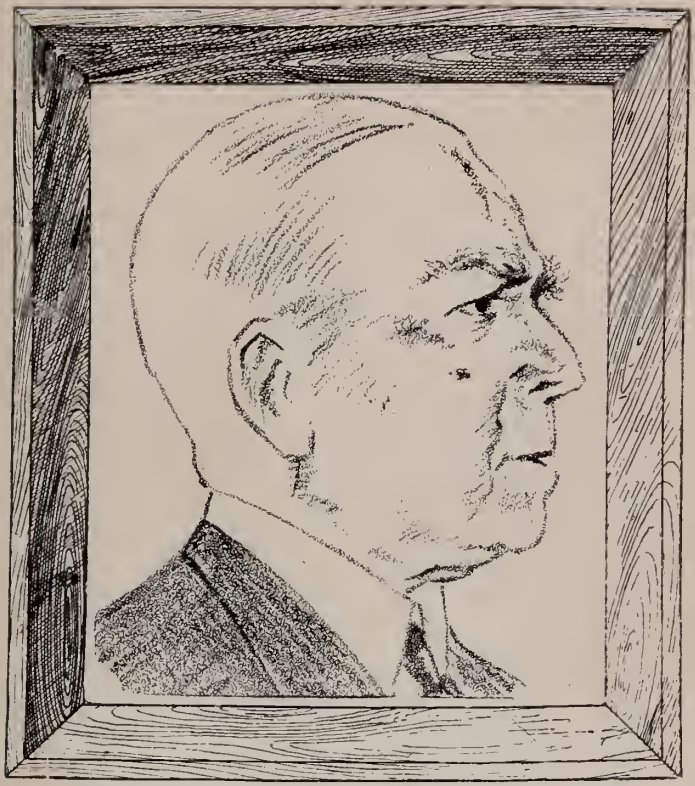
En 1894 la asociación celebró en Londres, jubileo por sus cincuenta años de vida. Miles de delegados llegaron de todas partes del mundo. Suecia, Holanda, Dinamarca, Alemania, Suiza, España, Italia, el Japón, los Estados Unidos, la América del Sur y otros países mandaron sus representantes. La reina Victoria ofreció a Jorge Williams la honra de hacerlo "Knight" o Caballero, que es la recompensa más alta que da el soberano inglés. Cuando Jorge Williams recibió la carta en que se le comunicaba esta disposición de la reina, ex-

clamó ante su secretario que estaba cerca: "¿Pues qué piensa usted de esto?" "Que es una honra bien merecida" contestó el secretario. "No, no", dijo Jorge Williams, "no es para mí, sino para la asociación; pertenece a nuestro Maestro, pongámosla a sus pies", y se arrodillaron a orar.

Cuando llegaron los delegados a la convención, hicieron una asamblea religiosa como nunca la había visto Londres hasta entonces. Jorge Williams fué el centro de todo, y la honra que recibió hubiera satisfecho a cualquier otro que no tuviera como él la vista fija no en los hombres, sino en su Maestro. La convención oyó los informes del progreso de la obra en todo el mundo: de Alemania con sus 61,000 miembros; de Holanda con sus 185 asociaciones, donde en cuatro años el número de sus miembros se había cuadruplicado; de los Estados Unidos donde la asociación había edificado grandes centros, con auditorios, salas de lectura y de juegos, gimnasios, etc., etc. y estaba sirviendo no solo a los empleados del comercio, sino también a los de los ferrocarriles, a los negros, al ejército y a la marina y sobre todo a los estudiantes de las universidades, de los cuales miles estaban yendo al servicio de Cristo en las misiones extranjeras. Este congreso es el apogeo de la vida de Jorge Williams. Vivió todavía once años celebrando jubileos como el del establecimiento de la asociación en América, etc., pero ya había pasado el vigor de su vida. En 1905 todavía pudo estar en una convención en París, donde fué llevado a la plataforma, pudiendo apenas pararse. Miles esperaban con atención su mensaje, pero parecía que no podía hablar. Al fin le volvió algo de su poder antiguo y dijo con ardor: "Jóvenes de Francia, os quiero decir que si queréis una vida feliz, útil y provechosa, dad vuestros corazones a Dios mientras que estáis jóvenes. Mi último testa-

mento para vosotros, y es un testamento precioso, es la Asociación de Jóvenes Cristianos. La dejo a vosotros, queridos jóvenes de todos los países, para continuarla y extenderla. Espero que gozaréis tanta felicidad en la obra como yo he gozado, pero con más éxito. Esto será una bendición para vuestras almas y para las almas de multitudes de otros''. Entonces la luz de su faz desapareció repentinamente y él fué llevado de entre la multitud completamente desmayado. Pocos meses después murió. Pero su obra continúa y continuará. Es el tipo del cristiano de su siglo, dijimos y lo repetimos. Fué un siglo en que los laicos hacían tanto como los ministros graduados: fué el siglo en que los jóvenes del campo fueron a las ciudades para hacerse ricos en pocos años; fué el siglo en que los ricos empezaron a poner sus riquezas a la disposición de la sociedad, y a servir a sus semejantes con ellas; fué el siglo en que el cristianismo se impuso la tarea de llevar el Evangelio a toda criatura, y a servir no solo al alma del hombre, sino también a su cuerpo, llevando a la organización social los principios cristianos y procurando coordinarla de tal modo que llamara a la expresión del bien que está en el hombre, y no del mal.

JOHN R. MOTT



1865

SIGLO XX

JUAN R. MOTT.—TENTATIVAS DE UNION CRISTIANA

En el pueblo judaico se hacía distinción entre los sacerdotes y los profetas. Los sacerdotes velaban por el cumplimiento de la Ley. Eran los custodios de la rica herencia del pasado. Los profetas por otra parte hablaban en el nombre del Dios vivo quien por boca de ellos dirigía su mensaje a las necesidades de su pueblo. Esta distinción entre el espíritu sacerdotal y el espíritu profético se nota también en la historia del cristianismo. Hemos visto en los capítulos anteriores algunos de los profetas cristianos, algunos de aquellos, quienes imbuídos del espíritu de Jesús, adaptaban su mensaje a las necesidades de su época, "no según la ley de un mandamiento carnal, sino conforme al poder de una vida perdurable". (Hebreos 7:16).

Pero los sacerdotes siempre andaban en pos de los profetas haciendo dogmas de sus dichos, y organizando en instituciones sus ideales. Esto tiene la ventaja de conservar para las nuevas generaciones el mensaje del profeta. Pero casi siempre tiene el inconveniente de ligar estas nuevas generaciones a ideales y costumbres o instituciones, que si bien eran necesarias y útiles en su tiempo llegan después solo a retardar el progreso verdadero. De manera que nuevos profetas tienen que levantarse, a quienes pasa lo mismo y así consecutivamente. Así es que las varias organizaciones que el cristianismo ha llamado a existencia en el transcurso de su desarrollo, aún hoy nos pue-

den enseñar la historia del mismo, quedando a la vista como unas cuantas capas superpuestas en el monte del desarrollo espiritual de la humanidad.

Las Iglesias orientales, la cóptica, la nestoriana y la ortodoxa están aún repitiendo el mensaje del cristianismo al siglo cuarto. Los profetas de este siglo han sido entronizados por los sacerdotes de estas iglesias, quienes se han hecho sordos a los profetas más recientes. (*). El espíritu profético pasó entonces a la iglesia romana. Agustín, Gregorio, Tomás de Aquino, Francisco de Asís; ¡he aquí sus profetas! Pero como las iglesias orientales cristalizaron el mensaje cristiano del siglo cuarto, así ha hecho también la iglesia romana con el mensaje cristiano de la Edad Media, llegando este proceso a su colmo en la declaración de la infalibilidad del papa en 1870. Las varias iglesias protestantes establecidas y protegidas por el Estado de Europa han seguido el mismo camino, cristalizando el mensaje de los grandes reformadores del siglo XVI y aún se nota igual tendencia en el Metodismo y las organizaciones laicas que después se han establecido.

De modo que el cristianismo en el día de hoy presenta el mensaje de Jesús en una variedad infinita de formas. Esto tiene cierta justificación en el hecho de que los hombres a quienes se dirige este mensaje están en muy distintos grados de civilización y necesariamente tienen que ser enseñados en términos que les sean comprensibles. Pero por otra parte estas distintas organizaciones heredadas del pasado tienden a gastar la fuerza de los cristianos en contro-

(*) Esta palabra no ha de tomarse al pie de la letra, pues ahora últimamente nueva vida parece brotar de algunas de estas comunidades cristianas antiguas quienes especialmente desde la primera Guerra Mundial van buscando comunión con los protestantes y aprendiendo mucho de sus hermanos occidentales.

versias y luchas entre ellos mismos y a impedir que el mensaje de Jesús se dirija libremente a las necesidades del siglo.

La lucha del cristianismo en este siglo se dirige contra la filosofía materialista, que se manifiesta por un lado en el campo político en un comunismo al estilo ruso que abiertamente y por parte del Estado hace la guerra a toda creencia en un Dios personal y no tolera la religión organizada a lo largo, y por otro lado en el campo intelectual difundiendo en las universidades y por la prensa en nombre de la "Ciencia" un desprecio a toda aclase de "creyentes" que son descritos como atrasados, seres inferiores que sólo infunden lástima. Y si esta lucha tiene el cristianismo que sostener "en casa" por decirlo así, tiene a la vez otro gran conflicto con otras religiones antiguas como el mahometismo y el budismo que hoy despiertan de su letargo de siglos, procurando impedir la marcha triunfante de la causa cristiana usando los mismos métodos de ésta para combatirla. Y tiene también el cristianismo que hacer frente a una cosecha de nuevas religiones en el presente siglo no menor que en siglos pasados.

Ante estos problemas urgentes de la actualidad, las diferencias que dividen a los cristianos parecen insignificantes y los caudillos más ilustrados de todas las iglesias están esforzándose para que la iglesia cristiana en todas sus ramas se una, si no bajo un solo gobierno, a lo menos con un solo propósito de presentar a Cristo y su Evangelio como la única esperanza del mundo. Las diferencias antiguas no se han olvidado, pero parecen de poca importancia ante la gran tarea común que se presenta a los discípulos del Crucificado en el día de hoy.

El que más que ningún otro de nuestro siglo, ha sabido dirigir la atención de todos los cristianos a

esta tarea y quien ha logrado unir los diferentes grupos de cristianos para el cumplimiento de ella es sin ninguna duda el señor Juan R. Mott. La siguiente caracterización tomada de un periódico reciente dará una idea de cómo sus contemporáneos lo ven. "Mott tiene la visión apasionada de un Francisco Xavier, el valor y la audacia de un Hildebrando y las cualidades de estadista eclesiástico de un Inocente III. El ha soñado lo que estos hombres soñaron y está realizando sus sueños. Su fe en la obra que hace es una infatuación santificada. Posee las cualidades imperiales en grado superlativo; visión constructiva determinación y atención al detalle. Es el mariscal del cristianismo beligerante en el día de hoy y casi cada sección de la iglesia cristiana acepta su dirección. Este poder de unificar y coordinar las fuerzas anteriormente desorganizadas y divididas entre sí, es único en su género. ¿A qué iglesia o denominación pertenece? Yo no lo sé aunque he conocido a Mott durante muchos años. A ninguno le da cuidado preguntar, puesto que cada uno sabe que es un hombre demasiado grande para quedar entre las limitaciones de una secta. No se puede elasificar a un hombre como éste, que no se ocupa de otra cosa sino de los fundamentales intelectuales, morales y espirituales".

Juan R. Mott nació en Livingston Manor, Estado de Nueva York, el 25 de Mayo de 1865. Aceptó a Cristo en una campaña evangelística de su pueblo y se hizo miembro de la iglesia, siendo aún niño.

Empezó su educación universitaria en una institución que pertenecía a la misma denominación que la iglesia de que era miembro, y que se encontraba en el estado de Iowa. Pero llegó el día cuando sus dudas intelectuales, y la coerción de su medio ambiente piadoso, le hicieron salir de este establecimiento. Así fué que se matriculó como estudiante en la Universi-

dad de Cornell, institución laica. En este tiempo se creía ateo y se jactaba de "no tener prejuicios" en cuestiones de moral.

Pero encontró que aunque había salido de las restricciones antiguas, su conciencia no le dejaba en paz y él que había huído de la vida cristiana, luego sintió necesidad de ella y empezó a asistir a las reuniones de la Asociación de Jóvenes Cristianos de los estudiantes de Cornell. Por este tiempo, un inglés, de nombre Studd, daba unas conferencias a los estudiantes. Mott tuvo varias conversaciones con el señor Studd quien le dirigió las siguientes palabras que llegaron a ser el eje y lema de su vida. ¿Buscas grandes cosas para ti mismo? No las busques. Busca primeramente el reino de Dios". Desde entonces Mott se dedicó al servicio de Dios.

En el año de 1886, Mott fué electo delegado de la Asociación de Jóvenes Cristianos de su universidad a una convención celebrada durante las vacaciones en Mount Hebron. El mensaje predominante de esta convención de estudiantes fué referente al deber de los cristianos de dar a todos los habitantes del globo la oportunidad de conocer el Evangelio de Jesús. Espontáneamente cien de los delegados dedicaron sus vidas a esta tarea y se formó el Movimiento de Estudiantes Voluntarios para las Misiones en el Exterior, movimiento que llegó a tener sus grupos en casi todas las universidades de Europa y América. Juan R. Mott fué uno de los fundadores de este movimiento y fué su Presidente desde 1888 hasta 1920. Como tal pudo interesar a miles de los hombres más inteligentes de las universidades de América y Europa en la causa misionera, ahora para ir como misioneros, ahora para sostener esta obra con sus dádivas. Esta organización ha reclutado misioneros de más de cincuenta diferentes denominaciones cristia-

nas y ha servido materialmente para levantar la causa misionera a un nivel más alto quitándole sus rasgos de sectarismo y haciéndole un servicio dado en el espíritu de Jesús mismo.

Acabados sus estudios académicos en Cornell esta universidad le graduó con los honores más altos que está en su poder dar y le ofreció costear sus estudios de filosofía en Europa durante otros dos años. El pensaba aceptar, pero le vino también una invitación de parte de la Asociación de Jóvenes Cristianos para encabezar la obra de ésta entre los estudiantes universitarios de Norte América. Dos veces rehusó esta invitación, pensando seguir sus estudios en Europa, mas como seguían invitándole decidió que su deber era consagrarse desde entonces al servicio cristiano y aceptó el cargo que le fué ofrecido, dedicándose a su nueva obra con un celo ejemplar. A los tres años de haber aceptado este cargo había visitado todas las partes del continente norteamericano, desde Nueva Escocia hasta California, llegando a ser uno de los oradores más aceptables para los estudiantes y un verdadero experto en lo tocante a la vida estudiantil.

Después de 9 años de actividad constante entre los estudiantes norteamericanos, Mott ayudó a formar la Federación Universal de Estudiantes Cristianos y desde luego fué escogido para encabezar esta nueva Federación, cargo que desempeñó hasta 1920. El trabajo que le fué encomendado por la Federación Universal de Estudiantes Cristianos amplió su campo de acción para incluir el mundo entero y le llevó a visitar los centros de enseñanza superior de todos los países. En la China y en el Japón miles de estudiantes se convirtieron al cristanismo por los mensajes de Mott. En Inglaterra, Alemania y Escandinavia su nombre fué bien conocido por cada estudiante universitario. Su ministerio alcanzó a Rusia, América

del Sur, India, Africa, Australia. Dondequiera que habían estudiantes, no tardaba Mott en llegar.

Pero su obra no ha sido, ni es, solamente para los estudiantes. En el año de 1910 todos los cuerpos eclesiásticos del protestantismo desde el anglicano de "la Alta Iglesia" a quien sólo le falta reconocer al papa para ser romanista, hasta el cuáquero desprovisto de toda jerarquía eclesiástica y hasta sin sacramentos, se unieron en la famosa conferencia de Edinburgo, en Escocia para considerar los problemas más urgentes con respecto a las misiones para los pueblos no cristianos. Fué Mott quien logró unir en un solo cuerpo a cristianos de tan diversas razas y creencias. Fué Mott quien presidió dicha conferencia con una admirable firmeza templada en el entendimiento de los hombres. Esta conferencia determinó entre otras cosas nombrar un comité que había de hacer arreglos entre las diferentes iglesias respecto al campo de acción en sus misiones al exterior. Como era natural Mott fué escogido para encabezar este comité. Uno podía considerarle el papa de los protestantes si no fuera que semejante título da un poder de mando que nunca le ha sido dado y que nunca reclamaría para sí, pues ninguna iglesia estaba obligada a observar las decisiones del comité que él encabezaba. Reconociendo que él entendía mejor que ningún otro los problemas y necesidades del mundo no cristiano, los cristianos de todas las iglesias voluntariamente se han prestado a cooperar con él en la realización de su programa de evangelizar el mundo entero durante esta presente generación. Un hombre de sus cualidades y conocimientos no deja de tener muchas oportunidades para adelantarse en esferas bien distintas de la religiosa. Así le ha pasado a Mott. Cuando Woodrow Wilson fué electo presidente de los Estados Unidos en 1912, pensó que Mott, más que ningún otro,

reunía los conocimientos, el altruísmo y la visión necesarios para interpretar a la naciente República China las miras benévolas de la democracia americana y ofreció hacerle embajador en ella. Mott consideró la oferta y oró pidiendo la dirección divina. Al fin decidió que el aceptar tal puesto necesariamente cortaría su libertad de anunciar el Evangelio y prefirió ser embajador de Cristo a ser embajador de los Estados Unidos de Norteamérica ante la nación más populosa del mundo. Después aceptó dos cargos temporales bajo la administración de Wilson, primero como miembro del comité de americanos y mexicanos encargado de arreglar las dificultades entre estos países y después como miembro de la comisión americana mandada en ayuda de los rusos cuando principiaron a establecer su república. Pero estos cargos no apartaron a Mott de su tarea principal que reconoce como la de predicar el Evangelio de Jesús a toda criatura.

De interés especial para los de habla castellana fué su dirección de la Conferencia de Panamá en 1916 y la de Montevideo en 1925, conferencias en que se trató de la obra cristiana en la América Latina, como varias conferencias regionales en 1940. Todas estas conferencias significaron grandes adelantos para la obra evangélica en nuestros países.

Durante los primeros años de la primera guerra mundial, Mott continuaba sus relaciones amistosas con todos los beligerantes y visitaba a los estudiantes de Inglaterra y Alemania, Rusia y Austria, Francia y Turquía como había hecho antes, luchando para conservar algo de la buena voluntad que había reinado entre éstos antes del conflicto. Su tarea se hizo más difícil cada día como era de esperarse y con la entrada de los Estados Unidos a la guerra en 1917, le fué imposible continuar.

Pero se abrió para él un nuevo campo de acción

entre los soldados. La Asociación de Jóvenes Cristianos desde el principio de la guerra mandó a sus secretarios a establecer centros detrás de las trincheras donde los soldados podían descansar, escribir cartas y oír el mensaje del Evangelio, hasta que les tocaba regresar a la lucha. Viendo que por medio de estos centros los soldados se apartaban de las tentaciones que solo podían debilitar su eficacia, los gobiernos prestaron su apoyo a esta obra; aún el gobierno francés generalmente conocido como opuesto a todo movimiento religioso, pidió que se estableciera para sus soldados. Mott fué encomendado con este trabajo cuya magnitud se puede entender cuando se recuerda que bajo su dirección se juntó en ofrendas voluntarias para esta obra no menos de $260.000,000.00 oro americano. En reconocimiento de sus servicios en este ramo el Gobierno de Francia le hizo Caballero de la Legión de Honor y el de los Estados Unidos le concedió una medalla por servicios distinguidos.

Acabada la primera guerra mundial la tendencia de nuestro siglo hacia la unidad se manifestó en la organización de la Liga de las Naciones, patrocinada por aquel gran cristiano Woodrow Wilson, y en numerosas conferencias internacionales de las iglesias entre sí. La Conferencia de Edinburgo, que Mott logró reunir ha servido de modelo para muchas otras.

Entre ellas debemos hacer mención de la Conferencia de Estocolmo, llamada por el rey de Suecia en conmemoración de haberse cumplido 1600 años desde el Concilio de Nicea (véase pág. 50 de este libro). En 1925 se reunió en la capital de Suecia representantes de todos los grupos cristianos, incluyéndose esta vez las iglesias orientales u ortodoxas, poniéndose por tarea principal definir las tareas sociales del cristianismo. El único grupo cristiano de importancia que no participó en esta conferencia fué la Iglesia Católica Romana, que a pesar de las enseñanzas de Jesús y del

espíritu del siglo, persiste en llamarse la única iglesia cristiana verdadera.

Otra conferencia de importancia reunióse en Lausan, Suiza bajo el título de Conferencia Mundial de Fe y Orden que procuró un acercamiento de las diferentes iglesias cristianas en cuanto a la doctrina y organización.

También debemos hacer mención del gran congreso que se reunió en Jerusalén, durante la semana santa de 1928. En éste tuvieron representación las nuevas iglesias fundadas como consecuencia de la obra misionera en Asia, Africa y América del Sur al lado de las iglesias más antiguas. Este congreso se propuso definir nuevamente la tarea del cristianismo ante la vida del mundo de entonces. Juan R. Mott fué electo presidente de este congreso y a pesar de las canas que coronaban su cabeza, presidió con su acostumbrado vigor e imparcialidad. De este congreso formóse un concilio misionero internacional en que tienen representación cincuenta y un países y que Mott está llamado a dirigir como presidente.

Estos esfuerzos han culminado en la organización de un concilio mundial de iglesias cristianas inmediatamente después de la segunda guerra mundial que al escribir las presentes líneas (1950) empieza a dar sus primeros pasos. En todos estos movimientos Mott ha tenido y tiene una parte determinante. Aun en el presente año escribe y predica. Ultimamente definió la tarea del cristianismo hoy día como la aplicación de la revelación divina y la experiencia de veinte siglos a la vida de nuestro mundo actual.

Aquí dejamos a Mott y aquí se acaba nuestra tarea, pues hemos trazado a través de los siglos la influencia de Jesús y su Evangelio hasta el día en que escribimos. No somos profetas para pronosticar el futuro, pero después de mirar el pasado, podemos afir-

mar sin peligro de equivocarnos, que no ha habido época de la historia del mundo en que el cristianismo ha ejercido tanta influencia como en el día de hoy. Cuando oímos decir que el cristianismo ha fracasado porque ha permitido la guerra vemos en este mismo dicho el crecimiento de los ideales evangélicos, puesto que en siglos pasados a muy pocos les ocurrió pensar que le tocaba al cristianismo evitar las guerras. El llamado racionalismo del día de hoy a veces asusta al convencido cristiano como también las numerosas sectas que continuamente nacen y vuelven a morir. La libertad de que goza el mundo hoy en materia de religión ha dado lugar a la expresión de mucho que antes no se decía en voz alta. Pero la historia nos enseña que el racionalismo siempre muere ante la fe (*) y que el espíritu de Jesús siempre rompe los diques del sectarismo para manifestarse en nuevo poder. El racionalismo y las sectas no son cosa de hoy ni de ayer. Siempre han existido y el cristianismo verdadero siempre los ha vencido, y nunca más que en el día de hoy cuando millares de los más ilustrados aceptan humildemente a Jesús como maestro y cuando los mismos gobiernos, sean cuales fueren los verdaderos motivos de sus acciones se encuentran siempre en la necesidad de hablar el lenguaje cristiano y aceptar los principios enseñados por Jesús como vigentes para su vida procurando incorporarlos en la organización de las Naciones Unidas. Todo esto y mucho más nos hace pensar que hasta ahora Jesús empieza a mostrar su poder y al fin llegará el día en que se cumpla la profecía del mismo cuando dijo: "Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo". (Juan 12:32).

(*) El hecho de que dentro de los mismos círculos universitarios de la República Argentina, haya salido un libro del temple de "El Cristo Invisible" de Ricardo Rojas viene a confirmar las palabras escritas hace veinticinco años.

INDICE

Abelardo, 125, 126, 146.
Adolfo (Gustavo), 174 y Sig.
Agripa, 22.
Agustín (Téologo) 57 y Sig.
Agustín (Misionero) 74.
Aidán, 82 y Sig.
Alarico, 67.
Alejandría, (Biblioteca de) 80.
Alejandro "El Grande", 38.
Alejandro (Obispo de Alejandría), 49, 50.
Alejandro (Obispo de Jerusalén), 41, 42.
Alejandro II (Papa), 114.
Alejandro VI (Papa), 155, 158.
Alejandro Severo 45.
Alipio, 61.
Albigenses, 137.
Ambrosio, 60.
América, (Descubrimiento de), 151.
Ana, 108.
Anacleto, II (Papa), 128.
Anglicana, (Iglesia), 185, 191, 197, 198, 201, 211.
Anglos, 74.
Anscario 98 y Sig.
Anselmo, 43, 130, 146.
Apocalipsis, 30, 106.
Apologistas, 28, 33.
Apóstoles, 26.
Aquino, (Tomás de), 146.
Areópago, 20, 28.
Aristóteles, 132.
Arrabbiati, 157.
Arrio, 50, 51.
Asociación de Jóvenes Cristianos, 200 y Sig.
Ascetismo, 40, 54, 60.
Atanasio, 47, 49, 60.
Atila, 67.
Augsburgo, 174, 175.
Baile, 193.
Bartolomé (Matanza de San), 173.
Basil, 108.
Bede (Venerable), 83, 84.
Belisario, 71.
Benedicto IX, (Papa), 105, 114.
Benedicto XI, (Papa), 143.
Bernabé, 17, 18, 19.
Bernardo de Claraval, 121 y Sig.
Bernardo de Cluny, 129.
Bernardo de Weimar, 182.
Berta, 74.
Biblia, (de los Setenta), 44.
Bigi, 157.
Bohra (Catarina von) 168.
Bonifacio (Misionero), 87 y Sig.
Bonifacio VIII (Papa, 143.
Borgia, (Lucrecia), 155.
Budismo, 207.
Buho, (Parábola del), 145.
Calcedonia (Concilio de), 69.

Calvino, (Juan), 171.
Campesinos, (Guerra de los), 169.
Canon, 30.
Canuto, 101.
Carlomagno, 96 y Sig.
Carlos II (Rey), 186.
Carlos VIII (Rey), 155.
Carlos IX (Rey), 175, 177.
Carlos V, (Emperador), 165, 169, 170, 173.
Catacumbas, 32.
Catarenses, 137.
Cautividad Babilónica, 144.
Celibato del Clero, 65.
Cena (Santa), 26, 69.
César, 90.
Cesarea, (Concilio de), 53.
Cien Años, (Guerra de los), 144.
Ciencia, 207.
Cipriano, 45.
Clemente de Alejandría, 39.
Clemente (Papa), 119.
Clemente V (Papa), 144.
Clemente VII (Papa), 148.
Clodoveo, 70.
Club Santo, 188, 189.
Colosenses (Carta a los), 23.
Cómodo, (Emperador), 38.
Conrado (Emperador), 127.
Constancio, (Emperador), 53.
Constantino, (Emperador), 49, 53.
Constantinopla (Sínodo de), 95.
Constanza (Concilio de), 151.
Cóptica, (Iglesia), 206.
Corintios (Carta a los), 21.
Cornell (Univesidad de) 209, 210.
Cotta, (Familia), 161.
Cristo, (Naturaleza de), 31, 69.
Cronwell (Oliverio), 186.
Cruzadas, 121 y Sig.
China (República de) 212.
Decio, 45.
Demetrio, 41, 42, 43.
Deza, (Máximo), 49.
Diocleciano, 47, 48.
Disciplina, 37.
Domingo, (Observancia del), 26, 50, 192, 199.
Dominicanos, 137.
Donatismo, 63.
Edimburgo, (Conferencia de), 213.
Eduardo VI (Rey), 172.
Efesios, (Carta a los), 23.
Ejército de Salvación, 196.
Enrique III, (Emperador), 105.
Enrique IV, (Rey), 117, 119.
Enrique VIII, (Rey), 167, 172.
Enrique de Navarra, 174.
Epicuro, 27.
Epifanía, (Fiesta de), 69.
Erasmo, 168.
Escala Santa, 162.
Escuela Dominical, 196.
Esfuerzo Cristiano, 196.
Espira (Conferencia de), 169.
Espiritismo, 43.
Esteban, 15.
Estocolmo (Congreso de), 213.
Estoicos, 27.
Eunuco, 41.
Eusebio, 47.
Fausto, 59.
Federación Universal de Estudiantes Cristianos, 210.
Federico de la Palatina, 177, 178.
Felipe "El Hermoso", 143.
Felipe II, (Rey), 173.
Felipe II, (Papa), 71.
Fernando I, (Emperador), 174.
Fernando II, (Emperador), 177.
Feudalismo, 103.

Filipenses, (Carta a los), 22.
Filipo, (Emperador), 45.
Finney, 197, 198.
Francisco de Asís, 131, 143 y Sig.
Franciscanos, 137, 138.
Frumentio, 52.
Gálatas (Carta a los), 21.
Galeno, 48.
Gálica (Iglesia), 96.
Gamaliel, 15.
Gauzberto, 100.
Gladiadores, 68.
Gnósticos, 29.
Godos, 67.
71 y Sig.
Gregorio II, (Papa), 88.
Gregorio VI, (Papa), 105.
Gregorio VII,
Véase Hildebrando.
Guerra Mundial, (Primera). 212, 213.
Guillermo de Ocam, 146.
Gustavo I, (Rey), 174.
Haraldo Klog, 98.
Hebreos, (Carta a los), 28. 30.
Helenismo, 29.
Herigaro, 101.
Héxapla, 44.
Hildebrando, 113 y Sig.
Hill, Rowland, 194.
Hitchcock, 199, 200.
Honorio II, (Papa), 128.
Horik de Dinamarca, 100.
Hortensius, 58.
Huss, Juan, 151, 164.
Iaropolk, 107.
Iglesia Institucional, 196.
Iglesia y Estado, 73, 115, 117.
Ignacio, 28.
Igor, 107.
Imágenes, (Culto a las), 88, 89, 95, 96.
Imprenta, 151.
Inocente II, (Papa), 128.
Inocente III, (Papa), 134, 143.
Inocente VIII, (Papa), 153, 154.
Inquisición, 173.
Instrucción Religiosa, 109.
Irene, 88, 95.
Irineo, 28.
Isidorenses, (Decretos), 96.
Isis, 44.
Ivan, 108.
Jacobo I, (Rey), 186.
Jerusalén, (Concilio de), 19, 20, 90.
Jerusalén, (Congreso de), 214.
Jesuitas, 173.
Juan, (Evangelio de), 28.
Juan, (Epístolas), 30.
Juan, (Apóstol), 14.
Juan, (de Damasco), 88.
Juan X, (Papa), 104.
Juan XI, (Papa), 104.
Juan XII, (Papa), 104.
Juan (de Suecia) 174, 175.
Judaísmo 25, 78, 108, 125.
Judas, (Carta de), 25.
Juliano "El Apóstata", 54, 55.
Justiniano, 71.
Justino (Mártir), 27 y Sig.
Kaaba, 78.
Kempis, (Tomás de), 151.
Kent, 74.
Khazarus, (León), 88.
Knox, Juan, 186.
Korán, 79, 80.
Laterano, (Tercer Concilio), 131.
Laterano, (Cuarto Concilio), 135.
Lausán, (Conferencia de) 214.
León, (El Armenio), 95.
León, (Emperador), 88.
León I, (Papa), 69, 70.
León IX, (Papa), 114.
Leonidas, 35, 39.
Leonidas, Pedro, 128.

Liciano, (Emperador), 49.
Liga Católica, 176.
Liga de las Naciones, 213.
Logos, 31.
Lorenzo "El Magnífico", 153, 154.
Lucas, (Evangelio de), 30.
Luciano, 27.
Luis, (Emperador), 98.
Lutero, Martín, 11, 161 y Sig.
Mahoma, 77, 79, 81.
Mammón, 200.
Maniqueos, 58, 59.
Marción, 29, 30, 31.
Marco Aurelio, (Emperador), 33.
Marcos, 18.
María, 65, 69, 77, 125.
María, "La Sangrienta", 174.
Marmo, 44.
Marozia, 104.
Marsigilio, 146.
Martel (Carlos), 87.
Martín V, (Papa), 151.
Marx, Carlos, 9.
Matías, (Emperador), 176.
Maximiliano, (Emperador), 176, 177.
Médicis, (Pierro de), 155.
Metodio, 97.
Metodista, (Iglesia), 193, 206.
Misa, 69.
Misiones, 13, 73, 74, 89, 196.
Misiones, (Concilio Internacional de) 214.
Misticismo, 126, 129.
Moisés, (Ley de) 19, 21.
Monasticismo, 60, 76.
Mónica, 57.
Montanistas, 38.
Montevideo, (Conferencia de), 202.
Moody, 197.
Morava, (Iglesia), 150, 189.
Mott, Juan R., 8, 208 y Sig.
Nantes, (Edicto de), 174.
Navidad, (Fiesta de), 69.
Nestoriana, (Iglesia), 80, 206.
Newton, Juan, 194.
Nicea, (Concilio de), 50, 213.
Nicea, (Credo de), 51.
Obispo Universal, 65, 73.
Ocam, Guillermo de, 146.
Odón de Cluny, 107.
Oduacre, 67.
Olaf, 101.
Oleg, 107.
Olga, 107.
Ordalías de fuego, 158.
Organización, (de la Iglesia), 41, 70.
Orígenes, 39 y Sig.
Ortodoxa, (Iglesia), 206.
Ortodoxía, (Fiesta de), 95.
Oswaldo, 83.
Pablo, 14 y Sig.
Paganismo, 26.
Panamá, (Conferencia de), 212.
Papas malvados, 152.
Parlamento, 146.
Paton, (Juan G.), 7.
Patricio, 57.
Pedro, (Apóstol), 14, 17.
Pedro, (II Carta), 30.
Pedro Waldo, 126.
Pelagianismo, 63.
Pelagio II, (Papa), 72.
Persecución, 14, 17, 23, 32, 34, 45, 48, 49, 50, 51.
Persecución, (Neroniana), 23, 25.
Perún, 110.
Petileano, 63.
Piagnoni, 159.
Pietismo, 185.
Policarpo, 28.
Pornocracia, 104.
Predicación, 75, 149.
Presbiterianismo, 186.

Prisca, 47.
Protestantismo, 124, 125, 171, 180.
Racionalismo, 126, 185, 207, 215.
Reforma, 195.
Gregorio I, "El Grande", 67,
Renacimiento, 152, 160.
Resurrección, (Pascua de), 69, 81, 85.
Revolución, (Francesa), 195.
Revolución, (Americana), 195.
Rimberto, 101.
Rodolfo, (Emperador), 176, 177.
Roble de Geismar, 90.
Roma, (Primacía de), 70.
Romana, (Iglesia), 206.
Romanos, (Carta a los), 21, 60.
Saccas, Amnio, 26.
Santiago, (Carta de), 30.
Sanedrín, 15.
Savonarola, Girolamo, 152 y Sig.
Segunda Venida, 38.
Séptimo Severo, (Emperador), 39.
Sergio, 104.
Segismundo, 175.
Simonía, 115.
Sixto IV, (Papa), 155, 158.
Sol, (Himno al), 138.
Studd, 209.
Sviatoslaf, 107.
Taylor, Hudson, 7.
Templarios, 128.
Teoctisto, 41, 42.
Teodora, 104.
Teodoro, (Mártir), 108.
Teodoro, (Decreto de), 55.
Teodoro de Sevilla, 96.
Teófilo, (Emperador), 95.
Tertuliano, 28
Terremoto, (Sínodo del), 150.
Tesis (95), 164.
Tetzel, Juan, 163.
Tilly, 179.
Timoteo, (Carta a), 23, 30.
Tiro, (Concilio de), 53.
Tito, (Carta a), 23, 30.
Tito, (Emperador), 25.
Tonsura, 81.
Tor, 74, 90, 91.
Tours, (Batalla de), 87.
Transubstanciación, 139.
Transmigración, (de almas), 43.
Treinta Años, (Guerra de), 176.
Tridentino, (Concilio), 173.
Trinidad, 50, 54, 77.
"Unam Sanctam", (Bula), 143.
Unión Protestante, 176.
Urbano II, (Papa), 121.
Urbano IV, (Papa), 148.
Valeria, 47.
Valerio, (de Hipona), 48.
Vándalos, 68.
Victoria, (Reina), 202.
Vladimiro, 107 y Sig.
Voluntarios, (Estudiantes), 209.
Wesley, Carlos, 190.
Wesley, Juan, 187 y Sig.
Wesley, Samuel, 187.
Westfalia, (Paz de), 183.
Whitby, (Sínodo de) 89.
Whitefield, Jorge, 188 y Sig.
Wycliffe, Juan, 145.
Williams, Jorge, 7, 197 y Sig.
Wilson, Woodrow 212.
Woden, 74, 90.
Worms, (Dieta de), 165, 166.
Worms, (Concilio de) 118.
Worms, (Edicto de), 167.
Zinzerdof, (Conde), 190.
Zoroastro, 40.
Zwinglio, 170, 171.

Se terminó de imprimir el día 31 de mayo de 1951, en la Impresora "El Fénix", S. A., Héroes No. 83, México, D. F.

Princeton Theological Seminary Libraries
1 1012 01199 0787